

UN CASO DE LA INSPECTORA ESCUDERO

EL LADRÓN DE SILENCIOS



LUIS DAVID PEREZ

El ladrón de silencios

De los textos;
© 2023, Luis David Pérez
ISNI: 0000 0004 7424 8930

<http://www.luisdavidperez.com/elladrondesilencios>

El ladrón de silencios es una obra de ficción. Los acontecimientos y personajes referidos en esta novela son imaginarios, y cualquier parecido con situaciones o personas reales es casual e inintencionado. Asimismo, las instituciones o lugares reales mencionados en la novela están destinados a ambientar la ficción.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Disfruta una mayor experiencia compartiendo tus impresiones con otros lectores.

[Únete al grupo de lectores de Luis David Pérez en Facebook](#)

¿Quieres formar parte de mi Club de lectores VIP?
Llévate un libro gratis y no te pierdas novedades y promociones.

[Ser miembro del Club](#)

Antes de embarcarse en un viaje de venganza, cave dos tumbas.

Confucio

20 de agosto de 2015

19:47. Playa de Muchavista. El Campello.

En pocos minutos la orilla queda desierta. La tarde se desvanece tras una densa nube, y en la extensión de la arena apenas permanece un grupo rezagado de jóvenes. Entre risas y bromas, juegan a lanzarse las toallas como si estuvieran en un combate.

Dirigen sus pasos hacia la pasarela de madera que serpentea hasta el paseo marítimo. En ese instante, el bromista del grupo golpea la pelota que sale despedida al aire, y el viento, juguetón, la distancia varios metros.

El chico da zancadas para alcanzarla, pero se detiene en seco; algo no le encaja. Una risa nerviosa aparece en su rostro al divisar la única sombrilla que existe enraizada en la arena. Justo a los pies de esta, yace una figura humana con la frente apoyada sobre un charco de sangre.

19:50. Estación de tren de Alicante.

Un vendedor ambulante ofrece abanicos a todo aquel que accede a la estación. La humedad pesa en el aire y, en la sombra de la marquesina, una adolescente clama haber sido robada por un carterista. Entre sollozos, atrae la atención de varias personas, que se acercan para ayudarla. Muestra un plano de la ciudad y ruega que le indiquen dónde encontrar la comisaría más cercana.

Sentada en un discreto escalón, Marta Escudero no pierde detalle. Ha visto la misma escena tantas veces que ya no la perturba. Consulta la hora en su teléfono: el tren que espera está a punto de llegar. Se incorpora de un salto. Antes de cruzar el umbral de la puerta, se lleva los dedos a los labios y emite un silbido ensordecedor que llama la atención de todos los presentes, incluida la joven, que en realidad se dedica al negocio del hurto.

—Oye, guapa —le dice Marta con la placa de policía en alto—. Si no es inconveniente, abre el bolso y devuelve las carteras que acabas de robar.

Miradas de desconcierto se entrelazan mientras los lamentos fingidos de la aludida se desvanecen. Inclina el bolso hacia el suelo, del que caen tres carteras y dos monederos. Con la cabeza gacha, desciende los escalones a la carrera y huye de la estación a bordo de la moto de su cómplice, que, bajo una palmera, esperaba para escapar con el botín.

Ha pasado mucho tiempo desde que Marta dejó de patrullar, pero no lo suficiente como para perder la aguda observación que la llevó a destacar en el cuerpo de Policía. Sin embargo, ya no persigue carteristas ni pequeños delincuentes; eso es cosa del pasado.

Recorre la imponente marquesina de la terminal de Alicante. Un flujo de personas con maletas caminan en dirección contraria. El panel de horarios anuncia que el tren procedente de Madrid ha llegado con cinco minutos de adelanto. Marta acelera el paso, inquieta por llegar al control de llegadas. Piensa en el reencuentro y en si la reacción será fría.

—¿Qué haces ahí?

Marta reconocería esa voz entre mil. Al girarse, se encuentra con un rostro marcado por las cicatrices de la tristeza. La viajera da un paso y la abraza.

—¡Cuánto tiempo! —reacciona Marta, inmóvil.

—Feliz cumpleaños, hermana.

El abrazo se prolonga por varios segundos. Marta tensa la mandíbula y cierra los ojos con fuerza, tratando de contener la mezcla de alegría y resentimiento que aflora en su interior. Vive bajo una coraza protectora que ha construido con el paso de los años. Se siente segura, o al menos la tranquiliza creer que el hecho de retener los sentimientos la hace más fuerte; es parte de su profesión.

—¿Cómo te ha ido? —pregunta finalmente.

—Increíble, viajar en AVE ha sido como un abrir y cerrar de ojos.

—¿Solo llevas esa mochila?

—Sí. Decidí tirar todas mis cosas y comenzar de cero.

De camino al aparcamiento, las hermanas guardan silencio. La carga de reproches pendientes es tan grande que ambas optan por retenerlos para no empañar el reencuentro.

Cuatro años de diferencia y dos mundos contrapuestos las separan. Lara es la mayor de ellas y viste una bermuda rosa desgastada junto a una camisola que podría encontrarse en una tienda de antigüedades. Su caminar es tosco y carga todo su peso sobre su costado derecho. Le cuesta mantener el ritmo que impone su hermana Marta, quien, por el contrario, cuida su imagen sin caer en la obsesión. Sale a correr tres días por semana y, de vez en cuando, se adentra en las tiendas de moda de la avenida Maisonnave.

Marta observa a su hermana descender las escaleras que conducen al aparcamiento. Un par de zuecos con las puntas abiertas dejan ver sus uñas descuidadas.

—¿No te hacen daño esos zapatos? —pregunta Marta.

—Hasta ahora, no me han dado problemas. Llevaba cinco años sin ponérmelos...

—Ya tendremos tiempo de ir de compras.

Marta se detiene ante una moto Guzzi V7 Stone, una versión moderna de la clásica que la Policía de Los Ángeles conducía en los años sesenta. Extrae dos cascos del compartimento de almacenaje.

—No me digas que vamos en moto.

—¿Y qué vehículo conducirías si vivieras en una ciudad con trescientos veinte días de sol al año? —Lara reflexiona sobre la pregunta de su hermana—. Pensaba llevar tus maletas en un taxi, pero viendo que vas tan ligera de equipaje, podemos ir juntas en moto.

En ese momento, el teléfono de Marta suena. Ella suspira y niega con la cabeza. Espera un instante a que la llamada se apague por sí sola, pero al final contesta.

—Comisario, ¡qué sorpresa!

—Escudero, ¿cómo va el día? Lamento interrumpir tu cumpleaños. Estoy en la playa de El Campello. No te molestaría si no estuviera seguro de que debes ver esto. Todavía no han retirado el cuerpo.

Marta aleja el teléfono de su boca para evitar que su jefe escuche el suspiro que escapa de sus labios. Mientras considera la respuesta, observa a Lara.

—Envíame la ubicación. Estaré allí en quince minutos.

En la mirada de Marta aparece una sombra de culpa. Guarda el teléfono en el bolsillo y se coloca el casco.

—Vamos a casa. Tengo un asunto urgente, pero no tardaré en regresar —informa a su hermana mientras le ajusta la correa del casco.

20:35. Playa de Muchavista. El Campello.

Un cordón policial delimita el acceso a la playa. A pesar de las ráfagas de viento, decenas de curiosos se aglomeran en el paseo. Varios agentes de la Policía Nacional y de la Guardia Civil conversan con miembros de Cruz Roja. Sus gestos señalan hacia el paseo, donde la prensa se prepara con trípodes y cámaras.

En cuestión de segundos, la confusión se convierte en alboroto cuando se filtra la noticia de que un hombre ha aparecido muerto en la playa. Los rumores sugieren que la víctima ha sido degollada. Una vecina de la zona, presa de los nervios, entra en tal estado de agitación, que cae desplomada al suelo. Los técnicos que aguardan junto a una ambulancia acuden a asistirle.

El bullicio es interrumpido por el claxon de una moto que se aproxima a la rampa de acceso. Marta ha dejado a su hermana en casa, tras prometerle que regresará pronto para salir a cenar y celebrar el reencuentro. Antes de quitarse el casco, escanea el entorno con una mirada rápida; la memoria fotográfica es uno de sus mayores dones, y cada detalle que se aparta de lo habitual se guarda en su banco de datos mental.

Apenas pone el pie en la arena, distingue al comisario Albízar. Él la anima a acercarse a la lona que delimita el área del incidente. Varios proyectores iluminan el cuerpo del fallecido, que permanece en la misma posición en la que los jóvenes lo encontraron. La sombrilla, que había sido arrastrada por una ráfaga de viento, está ahora recogida en un lateral.

—Inspectora Escudero, gracias por venir —saluda el comisario Arturo Albízar, un hombre sexagenario, de buen humor y vestimenta impecable de traje y corbata—. Permíteme presentarte al teniente Benito Llorens y al sargento Tomás Verdú, de la Guardia Civil de El Campello.

—¿Qué ha sucedido? —Marta estrecha la mano de ambos mientras el sargento toma la palabra.

—Hace una hora, esos chavales de allá —dice señalando a los jóvenes sentados cerca del chiringuito— encontraron el cuerpo. La playa se había vaciado y les llamó la atención que el hombre estuviera recostado mientras la sombrilla daba bandazos debido al viento. Recibimos el aviso y nos topamos con esta escena.

—Degollado —apunta el comisario—. Le han rajado el cuello.

—¿Hay más testigos?

—No, por ahora.

—¿Quién es él? —Marta pregunta al comisario sin apartar la vista del lugar del crimen.

—Tomamos sus huellas, pero no coinciden con nuestros registros. No lleva cartera ni teléfono. Solo tenemos lo que ves: un hombre en bañador tendido en la arena. No tiene reloj, cadenas, ni anillos... Nada en absoluto.

—Perdón, comisario —interviene el sargento—, en el bolsillo del bañador hemos encontrado dos entradas al parque acuático de Benidorm.

—¿De qué fecha? —pregunta ella.

—De ayer a las dos de la tarde.

El comisario fija la mirada en Marta, apoya la mano en su brazo y le dice:

—Pero hay un detalle interesante: una entrada es de adulto y la otra junior.

—¿Qué supones?

—Es muy probable que ayer estuviera en el recinto acompañando a un menor. Los tickets no presentan desgaste, es decir, que no se han mojado. Hoy, por lo visto, tampoco se ha bañado.

Marta se aproxima al cuerpo. Es un hombre de constitución delgada, metro setenta y cinco de altura y unos setenta kilos de peso. Aún no ha visto su rostro, pero por el cabello canoso y el tono de piel, estima que debe tener cincuenta y tantos años.

—¿Le han dado la vuelta?

—Todavía no.

—¿No han visto su cara?

—El juez acaba de llegar. Le he pedido que esperara unos minutos para que estuvieras presente.

El comisario Albízar habla con el juez, quien autoriza el levantamiento del cadáver.

Un agente fotografía cada movimiento. Los destellos de la cámara inquietan a la multitud, que espera con ansia más detalles de lo sucedido. Muy cerca, los periodistas se preparan para ofrecer la primicia en los informativos de las nueve.

Se requieren cuatro personas para voltear al fallecido. Una vez en la camilla, su rostro aparece cubierto por una mezcla de sangre, cabello y arena que lo hace irreconocible.

Marta observa con atención el suelo, en busca de pistas. De repente, una imagen se le presenta en la memoria, sin saber por qué. Ha notado algo extraño en el brazo que han bajado.

—¡Un momento! Vuelva a levantar ese brazo —ordena al técnico que limpia la arena del lado izquierdo del cuerpo—. Fíjense en esto. —Señala dos letras tatuadas en la muñeca izquierda.

—«Au» —suspira el comisario, que también se ha acercado—. Podrían ser las iniciales de la víctima o de alguien cercano. Por favor, hagan fotos del tatuaje.

Marta se aproxima al rostro del fallecido y, como había intuido cuando lo vio de espaldas, calcula que estaba cerca de cumplir sesenta años.

—Cejas perfiladas, piel hidratada, dentadura blanca...

—También tiene una verruga junto a la nariz.

—Y una sombra de las gafas de sol. Fíjate en la marca de la muñeca, le han quitado el reloj.

—Y también el anillo —agrega el comisario.

Marta toma su teléfono y captura un par de fotografías del rostro del fallecido. El comisario la observa con interés, confiando en su perspicacia para resolver crímenes.

—¿Qué piensas?

—Creo que este hombre no es un cualquiera —opina ella, bajo una fina lluvia que comienza a caer—. Vámonos.

El comisario emprende el camino junto a la inspectora y enciende un cigarrillo.

A pocos metros, ella se detiene. Dedicar una mirada cómplice a los compañeros de la Guardia Civil.

—Llorens y Verdú, ¿verdad?

Ellos asienten.

—Mientras averiguamos quién era ese hombre, me gustaría que imprimieran un retrato y preguntaran por los hoteles cercanos.

—Quizás sería conveniente ampliar la búsqueda a Benidorm —sugiere el comisario.

—Si estuviera hospedado en Benidorm, dudo que hubiera venido a bañarse a esta playa... Además, hay ciento cuarenta hoteles en Benidorm; no queremos causar alarma social sin razón.

De momento, no compartan las imágenes con los medios de comunicación.

—Nos ponemos en ello, inspectora.

El teléfono de Marta lleva un rato vibrando, pero está tan concentrada en el caso que no le presta atención. El comisario aprovecha que están a solas para preguntarle su hipótesis.

—Podría tratarse de un ajuste de cuentas.

—¿En pleno día y en una playa concurrida?

—El corte en el cuello es limpio, rápido y fácil de disimular. No me cuadra la idea de un asesino solitario, aunque si fuese alguien experimentado, no tendría problema en atacar por la espalda sin levantar sospechas.

—Si no te conociera, diría que te aventuras demasiado pronto.

—Tú preguntas y yo respondo. Son solo suposiciones. Lo que me intriga es la entrada juvenil al parque acuático. Todo se complica si hay un menor involucrado. Tenemos que revisar las imágenes de las cámaras de seguridad del parque, así como las de las calles en un radio de dos kilómetros. ¿Podemos contar con Teo y Silvia?

—Esperan mi llamada. Les diré que regresen a la oficina y se pongan manos a la obra.

—Además, ordena que remuevan la arena alrededor del cadáver; tal vez encontremos alguna pista.

—¿Algo más?

—Comisario, vas a perdonarme, pero tengo que irme. Acaba de llegar mi hermana y no sé si sabes lo delicada que es la situación, además...

—Además, hoy es tu cumpleaños. Anda, ve con ella, te mantendré al corriente.

Marta tiene cuatro llamadas perdidas de su hermana. Dirige la vista al margen superior de la pantalla para comprobar la hora; son las diez menos veinte. Detrás del teléfono, a lo lejos y por encima de los edificios, nota un movimiento que no le pasa desapercibido.

—¿Eso de ahí es humo? —Señala hacia el letrero en lo alto del edificio: «Apartahotel El Séptimo Cielo».

21:45. Apartahotel El Séptimo Cielo. El Campello.

Marta confía en su instinto, y este le dice que un asesinato y un incendio en tan poco espacio de tiempo quizás no sea obra del azar. Corre hacia el residencial donde una cortina de humo se eleva desde una de las ventanas. En el vestíbulo del edificio, un joven de veinte años, atlético y vestido con ropa deportiva, coordina de forma apresurada a los vecinos a través del telefonillo.

—Soy policía —se presenta Marta—, ¿qué ha ocurrido?

—Escuchamos una explosión en el sexto B, el humo está saliendo por debajo de la puerta.

—¿Hay alguien dentro?

—No lo sabemos. Los vecinos han llamado a Emergencias.

La inspectora duda. En las inmediaciones no hay presencia de ningún cuerpo de seguridad, así que decide averiguar por sí misma si alguien corre peligro en el apartamento incendiado.

—¿Hay extintores en el edificio?

—No tengo ni idea.

Marta se adentra en el edificio y se cruza con una pareja de ancianos que baja los escalones con lentitud.

—¡Espera! —grita el joven a Marta—. Don Ramiro, ¿sabe si hay extintores en el edificio?

El hombre se detiene y suspira mientras recuerda.

—Sí, hay uno en el cuarto de las bombas de agua.

—¡Ven conmigo! —le pide el joven a Marta—. El cuarto está aquí, al volver. ¡Mierda! Está cerrado con llave.

—Aparta —ordena ella, que toma carrerilla y la abre de una patada.

—¡Ahí está! —señala él, y Marta carga el extintor al hombro.

—Guíame a la sexta planta.

Ambos corren escaleras arriba, cediendo el paso a los vecinos rezagados.

—¿Quién vive allí? —pregunta Marta.

—El apartamento lo alquilan a veraneantes. Yo vivo dos plantas más arriba. Supongo que habrá algún madrileño. Ya estamos llegando.

Marta se detiene en el rellano de la sexta planta y examina el pasillo. El humo proviene del lado derecho. El olor a quemado llega a sus fosas nasales, y da unos pasos hacia el lado opuesto del pasillo para protegerse. La humareda sigue su ascenso por las escaleras hacia los niveles superiores.

Detrás de ella, un hombre camina a toda prisa con una niña que llora en sus brazos.

—¡Espere un momento! —grita Marta antes de que desaparezcan de su vista—. Soy policía. Necesito entrar en su apartamento.

El hombre extiende su mano y muestra un llavero. Marta lo recoge con la mirada puesta en la niña de melena rubia.

—Es el sexto E.

Sin perder tiempo, Marta entra en el apartamento y corre al baño, donde empapa varias toallas bajo el grifo. Luego regresa al pasillo, ata una de las toallas alrededor de su cabeza y sostiene las

otras junto al extintor.

—¿Estás loca? ¿Vas a entrar sola ahí?

—Voy a asegurarme de que no haya nadie. Solo estaré dentro unos segundos. No te muevas de aquí —señala al tramo de pasillo que comunica con las escaleras—, y bajo ninguna circunstancia entres, ¿entendido?

Marta corre hacia la puerta del sexto B. Al igual que en el cuarto de las bombas de agua, fuerza la cerradura, esta vez con la base del extintor. Necesita tres intentos para abrir el pasador.

Empuja la puerta con precaución y enseguida se ve envuelta por la nube de humo que se precipita por el pasillo, como un tubo de escape. Avanza agachada hacia el interior del apartamento. La distribución es similar a la del sexto E que acaba de visitar. El fuego consume la cocina y el salón. El sofá arde, al igual que la cortina y el televisor. Marta se desplaza hasta el dormitorio, donde las llamas aún no han alcanzado la cama.

El oxígeno no llena sus pulmones. Sabe que su tiempo es limitado. Examina el baño lleno de humo y confirma que no hay nadie en la vivienda. Vacía el contenido del extintor en el dormitorio y el resto del salón. Tiene síntomas de desvanecerse de un momento a otro y se acuesta en el suelo, boca abajo, donde toma una bocanada de aire antes de regresar. Desde allí, su mirada se cruza con un objeto que hay bajo el mueble del salón. Repta hasta él e introduce el brazo: es un maletín.

Está segura de que nada quedará servible cuando los bomberos sofoquen el incendio. El maletín acabará calcinado y quién sabe si los dueños guardan documentos importantes en el interior, así que decide llevárselo.

Se incorpora para abandonar el apartamento con las últimas fuerzas que le quedan. Al llegar al umbral de la puerta, nota que cerca hay una bolsa de deporte. Al igual que acaba de hacer con el maletín, la agarra del asa y la arrastra consigo por el pasillo.

El joven, nervioso, corre hacia Marta, que tose y se golpea contra la pared, cubierta de polvo negro. Él la abraza por el hombro y la ayuda a regresar al apartamento sexto E.

—¿Cómo estás?

Los ojos de Marta vagan desorientados. Intenta incorporarse, pero cae golpeándose la cabeza contra el suelo. Ni los esfuerzos alentadores del chaval ni la llegada del comisario logran revivirla. Sin embargo, Marta reúne sus últimas fuerzas para pronunciar unas palabras:

—El maletín y la mochila.

21 de agosto de 2015

9:55. Joyería Canella. Alicante.

La avenida Alfonso El Sabio presenta el tráfico habitual de un viernes cualquiera, con vehículos que circulan desde la Plaza de los Luceros hasta el Mercado Central. Hoteles, comercios, oficinas, bancos... El trasiego de personas es incesante. Bajo el semáforo, un payaso se gana unas monedas con sus malabares, y en la puerta del banco, cobijado en la sombra, un vendedor de lotería ofrece boletos a cada persona que accede a la sucursal.

En la esquina opuesta se encuentran los estudios territoriales de Radio Televisión Española, que ocupan el entresuelo. Justo debajo, el local comercial alberga uno de los establecimientos más populares de la ciudad, la joyería Canella. Las persianas todavía están bajadas y, como cada día, se levantarán a las diez en punto. Desde la puerta, una mujer grita a la muchacha que sale de la farmacia, al otro lado de la calle. La llama por su nombre, Eva. Está intentando cruzar la avenida, pero le es imposible porque un río de vehículos circulan con el semáforo en verde.

Otra mujer, más mayor que la anterior, se frena en la joyería, y espera a que la persiana se levante. La madre de Eva le dice que ella está allí mucho antes, pero la recién llegada no está de acuerdo y ambas comienzan a discutir. Un hombre que pasea a sus perros se detiene a poner paz. En pocos segundos, ambas mujeres alzan la voz recriminándose problemas del pasado.

Eva las alcanza y estira del brazo de su madre. Las persianas de la joyería se levantan de forma automática y las mujeres se miran de reojo para ver quién se sale con la suya. Mientras tanto, la dependienta camina en el interior, llavero en mano.

Muy cerca de ellas, en el paso de peatones, un autobús gira desde la calle Ángel Lozano hacia la derecha para detenerse frente a la joyería, en la avenida.

Dos motos de gran cilindrada se detienen detrás del autobús. Ajenas al sonido del derrape, las mujeres siguen a lo suyo; se empujan hombro con hombro por ver quién entra primera a la joyería. La dependienta abre la puerta, que casi se le viene encima cuando las mujeres tratan de acceder sin consideración, entre insultos. A sus espaldas, Eva estira del bolso de su madre y mira avergonzada a las personas que desde la acera las observan perplejas, sin entender qué sucede.

La escena se congela en el tiempo tras escuchar una voz gritar al viento:

—¡Al suelo!

Todo el mundo queda inmóvil al ver a dos hombres vestidos de negro y con la cabeza oculta por cascos integrales con viseras opacas y oscuras. Las miradas se concentran en los fusiles de asalto que sostienen entre las manos.

—¡He dicho que al suelo!

Eva empuja a su madre al interior de la tienda y estira del brazo de la dependienta. Todas caen sobre la otra mujer mientras la puerta de la joyería se va cerrando.

Los extraños empuñan las armas y apuntan hacia los cristales que protegen los expositores. Disparan sin discreción haciendo añicos las cristalerías.

Presa del pánico, la gente huye y emite alaridos descontrolados. Los conductores de los vehículos avanzan lo más rápido que pueden con la cabeza agachada y accionando el claxon para advertir de la situación.

La alarma del comercio queda eclipsada bajo el ruido ensordecedor de la munición que impacta contra el letrero y transforma la palabra Canella en un mero recuerdo.

En las motos esperan dos personas que vigilan el entorno con una pistola en una mano, mientras con la otra abren gas con el motor a punto para huir.

En menos de veinte segundos, los atacantes sueltan el gatillo y suben a las motos. Abandonan el lugar a la carrera hacia el norte, por la avenida Jaime II.

10:15. Hospital General Universitario. Alicante.

La actividad ha sido frenética en las oficinas de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Allí se reciben y analizan las informaciones relativas a criminalidad. Desde hace unos meses, la inspectora Marta Escudero dirige la unidad. Cuenta con el apoyo de Teo Serralba, especialista en ciberdelincuencia, y de Silvia Llamazares, subinspectora y, a día de hoy, mejor amiga de Marta.

La inspectora ha pasado la noche en una habitación del hospital, en observación. Pese a retomar el conocimiento a la llegada a Urgencias, los médicos decidieron ingresarla para monitorizar sus constantes. Ella se resistió, pero un sedante la relajó y ahora acaba de despertar con ganas de retomar el trabajo.

—Buenos días, ¿cuándo podré marcharme?

—Menuda energía —dice la enfermera—, los pacientes suelen preguntar por el desayuno y por su estado de salud.

Marta se lleva las manos a los ojos, le viene el recuerdo del apartamento envuelto en llamas, el humo, el maletín, Rubén, el comisario...

—Tiene usted razón, pero ¿puede decirme cuándo podré marcharme? —repite la pregunta y deja claro que se encuentra bien y solo piensa en poner el pie en la calle.

—Ustedes los policías están hechos de otra pasta. Tendrá que esperar la visita del médico. Voy a ponerle la primera en la lista, pero le advierto que no pasará antes de las once. Si quiere matar el tiempo, ahí le he dejado una bandeja con el desayuno. Puedo calentarle la leche, a estas alturas debe estar fría.

—¿Dónde está mi teléfono?

—En el armario tiene sus objetos personales. La ropa está en una bolsa verde, aunque no sé si logrará quitarle el olor a humo.

La enfermera sonríe y abandona el dormitorio. Marta enciende el teléfono. Suenan varias notificaciones y recuerda que dejó colgada a su hermana. Había reservado mesa en un restaurante donde iban a cenar y se lamenta por la oportunidad perdida. Hay nueve llamadas de su hermana y otras tantas de sus compañeros. No tiene tiempo a devolverlas porque la puerta se abre y aparece su amiga y compañera Silvia con una planta envuelta en papel transparente.

—Felicidades, con un día de retraso.

—Ya ves cómo acabó... —bromea Marta—. No imaginas la resaca que llevo encima.

—Sé que no eres amiga de ir de copas, pero entre eso o inmolarse hay un trecho.

Marta se muerde el labio inferior, acaba de tomar conciencia de la locura que hizo.

Silvia deja la planta sobre la mesa auxiliar y se sienta en un lateral de la cama.

—Te he traído ropa y tienes la moto aparcada frente a la puerta principal.

—Muchas gracias. No imaginas las ganas que tengo de salir de aquí.

—Estás zumbada. ¿Cómo se te ocurre meterte en un piso en llamas? El comisario va a abrirte la cabeza. Me he adelantado para advertirte. —Se aproxima a Marta y le aparta un mechón de pelo de la frente—. Eres una inconsciente. ¿A qué se debe esa conducta temeraria? Casi mueres asfixiada.

—Venga, Silvia, deja de darme el sermón. Me vi confiada y tiré adelante. No me habría perdonado que alguien se calcinara ahí arriba mientras yo me quedaba de brazos cruzados.

—No te van a dar ninguna medalla. Casi la palmas para nada.

—¿Para nada? ¿Qué me dices del maletín y la mochila?

—No estoy aquí para ponerte al día del caso.

—Silvia, no me jodas. No se te da nada bien el papel de amiga protectora. Anda, cierra la puerta y canta de una vez.

—El maletín estaba vacío. Los de científica están buscando huellas.

—¿Se sabe quién es el hombre de la playa?

—Un tal Marc Gilabert, francés.

—¿Turista?

—En un principio, sí, aunque no hay nadie registrado con ese nombre en ningún hotel de la zona.

—¿Y el apartamento?

—Llevaba tres días alquilado a nombre de una persona que denunció la desaparición de su cartera unos días atrás en Sevilla.

—¿Creéis que la víctima se hospedaba en el apartamento?

—Hemos pedido informes a la gendarmería francesa y a la Europol. Antes de mediodía tendremos respuestas.

—¿Y qué me cuentas de la mochila?

Silvia se incorpora y llena un vaso con agua.

—Toma, bebe y baja las revoluciones, que vas a mil por hora.

—Ya me conoces.

—¡Y tanto!

—Al grano, Silvia.

—En la mochila había mudas que coinciden con la talla de la víctima. Y lo más preocupante: ropa de niña.

Marta da un puñetazo al colchón. No puede evitar ponerse de mal humor cuando un niño está en peligro.

—¡Me cago en todo! ¿No tenéis nada más?

—En el bolsillo de un pantalón estaba el ticket de un restaurante llamado Venta Quemada, en la autovía A-92, a camino entre Granada y Murcia. Hace cuatro días comió allí.

—¿Hay imágenes?

—Teo está con ello, lleva toda la noche pegado a las pantallas. Cuando llegues a la oficina te pondrá al día.

—¿Se encontró algo más en la playa?

—Nada. Esta mañana varias patrullas van a preguntar a los bañistas de la zona si reconocen al hombre o pueden aportar información. No sé si te diste cuenta, a pocos metros de la rampa de acceso había un chiringuito. —Marta asiente—. El camarero le aseguró al comisario que aquel hombre estuvo allí por la tarde, se tomó una cerveza y compró un helado a una niña.

De repente, Marta parece encajar la ropa encontrada en la mochila con la víctima de la playa y la entrada en juego de una niña. No articula palabra hasta pasados unos segundos. Una imagen le bombardea las sienes.

—¿Has dicho una niña?

—Sí.

—¿De qué edad?

—Cinco o seis años.

—¿Rubia?

—¿Cómo lo sabes?

—¡Mierda! —reacciona Marta, que se incorpora con inquietud. Mueve las manos, como si hilara los pensamientos.

—¿Qué pasa, Marta?

La inspectora regresa a la altura de Silvia, mueve la cara de lado a lado negando la evidencia.

—Soy una incompetente. Eso es lo que pasa.

—Cálmate, toma un trago.

—Cómo se me pudo pasar...

—¿El qué?

—La niña, ¡joder! Ayer me crucé en la escalera con un hombre que me dio la llave del apartamento donde me encontrasteis. Cargaba con una niña en brazos, de pelo rubio y por lo que le pesaba, coincide más o menos con la edad. La pequeña lloraba, tenías que ver su mirada... ¡Estaba acojonada!

—¿Crees que es ella?

—Rápido, dame mi móvil, hay que avisar a Albizar.

—Déjalo, que ya me encargo yo. Recuerda que estás ingresada en el hospital. Vuelve a la cama si no quieres que el doctor te encuentre alterada y pida tu traslado a la planta de Salud Mental —bromea Silvia para rebajar la preocupación de Marta.

—Soy una inútil —admite y se tumba boca abajo en el colchón.

—No te culpes. En esos momentos de tensión, ¿quién va a fijarse en la niña? Oye... ¿Y el hombre que la llevaba? ¿Te acuerdas de él?

—Ahora que lo dices, apenas se dejó ver. Quizá se escudó en la pequeña para evitar que lo reconociera. No sé si el chaval que estuvo conmigo se fijó en él. Preguntadle.

—También lo tendremos en cuenta.

—Y las llaves... El hombre de la niña me dio las llaves. Quizá haya huellas... Que también revisen el apartamento, ¡por Dios!

—Sí, sí, sí... Lo haremos. Espera, que está vibrando mi teléfono. He tenido que silenciarlo para que no me explotase la cabeza.

Silvia lee la pantalla y resopla.

—Dime, comisario. Sí, estoy con ella. Imagina... Ya la conoces. —Sonríe—. Muy bien, se los daré. —Silvia enmudece y asiente con la cabeza mientras atiende al teléfono, concentrada—. Enseguida voy a la oficina. Tardo diez minutos. Sí, sí, no te preocupes.

El tono con el que Silvia se despide no augura buenas noticias.

—¿Qué ocurre? —pregunta Marta.

—No te lo vas a creer. Ha habido un tiroteo en la avenida Alfonso El Sabio. Como lo oyes. El comisario me reclama. Al parecer, se ha armado una bien gorda, rollo película americana.

—¡No fastidies! Espera, voy contigo —reacciona Marta, empujada por la adrenalina de la noticia.

—Claro, y apareces allí en bata y enseñando la placa de inspectora. Espera al doctor, seguro que pronto te dará el alta y esta tarde podremos currar juntas codo con codo.

—¿Te acordarás de todo lo que te he dicho?

12:10. Avenida Bruselas. Playa de San Juan. Alicante.

Cuando el doctor visita a Marta, ella está vestida y preparada para marcharse. El facultativo intenta explicarle las secuelas que pueden derivarse de la inhalación de dióxido de carbono del día anterior. Marta asiente una y otra vez con la mirada puesta en la puerta, en lugar de atender a la voz que la advierte del posible estado de fatiga por irritación debido a la exposición al humo. El doctor insiste en que continúe ingresada veinticuatro horas más, tal y como recomiendan las autoridades sanitarias, pero ella, movida por el deber, pide el alta voluntaria.

A toda prisa se dirige a su apartamento en la playa de San Juan de Alicante, en una urbanización en segunda línea de playa con vistas al paseo marítimo. Antes de reincorporarse al caso, quiere hablar con su hermana para informarle de su hospitalización y explicarle que no ha podido responder las llamadas.

Marta saluda al conserje, que barre las hojas del suelo y le cede el paso.

—¿No entras la moto al parking?

—No, qué va. Voy a por unas cosas y me marchó corriendo.

Cruza el jardín y comprueba que la piscina está abarrotada de bañistas. Hoy no sube por las escaleras, cinco pisos son muchos para sus pulmones ahumados. Montada en el ascensor, se lamenta como cada día por no haber comprado el ático. El comercial de la inmobiliaria insistió en que treinta mil euros más no eran dinero. En aquel momento lo tachó de vendehúmos, pero unas semanas después se lamentó de no haberle hecho caso. Al salir del ascensor observa la puerta de quien se ha convertido en su mayor problema, su vecino Enrique. Al otro lado del tabique que separa su apartamento del de Marta, Enrique se dedica cada noche a pinchar discos en directo por Internet y de día compone música electrónica. Ella ha ido varias veces a quejarse del ruido, siempre a buenas, pero él, pocos años menor que ella, se excusa y la invita a pasar a tomar un refresco. A Marta solo le faltaba que encima de soportar la vibración ocasionada por la música, el vecino follonero quiera ligar con ella.

Observa la puerta y valora si golpearla y pedirle que baje el volumen. Siendo policía, podría llamar a un colega para que viniera a levantar acta, pero le consuela pensar que, como en una ocasión le dijo Enrique, pronto encuentre trabajo en Ibiza y se mude allí.

Abre la puerta de casa. El apartamento tiene ochenta metros cuadrados. De estilo minimalista, el blanco predomina y la única nota de color la da un sofá naranja orientado hacia el ventanal con vistas al mar. Todavía quedan varias cajas apiladas en un rincón que esperan el día en que su dueña se anime a comprar un armario.

No hay rastro de Lara, salvo el olor a tabaco que obliga a Marta a abrir las ventanas de par en par. Da una vuelta por el dormitorio, el baño y la cocina. Detrás de la puerta de la entrada encuentra una nota con un mensaje de su hermana: ha bajado a desayunar al bar de la esquina. Marta no lo piensa y sale hacia allí.

Joaquín, el camarero de la cafetería Paraíso, ve llegar a Marta y le pregunta si quiere tomar lo de siempre. Ella niega con la cabeza y señala a su hermana, que sostiene un cigarrillo y mira el televisor, donde un reportero habla desde el Mercado Central de Alicante, cerca del lugar donde

ha ocurrido el tiroteo.

—¿Desde cuándo fumas? —pregunta Marta.

—Y tú, ¿dónde te has metido?

—Ayer se complicó el trabajo y acabé ingresada en el hospital.

—Te llamé.

—Lo sé.

—¿Y no sabes contestar?

—Ya te he dicho que acabé ingresada en el hospital.

Lara se gira y clava los ojos en los de su hermana.

—Fuiste tú la que insistió en que viniera.

—Y me alegro de que estés aquí, pero hubo un homicidio y me ha tocado de pleno. Mira la que se ha armado. —Apunta con el dedo al televisor—. Has traído el caos a la ciudad.

La broma no es bien recibida por Lara, que da una larga calada y vacía los pulmones con los ojos cerrados, pensativa.

—No ha sido buena idea venir a Alicante, será mejor que me vaya.

—¿A dónde?

—¿Y a ti qué te importa?

—Te estoy hablando bien, por favor, deja de hacerte la víctima. Anoche entré en un apartamento en llamas y casi muero asfixiada. He pedido el alta voluntaria, quería verte.

Lara suelta una carcajada.

—¿No lo crees? Te he llamado en cuanto he visto las llamadas perdidas. Tu móvil estaba apagado.

—Me quedé sin batería y busqué un cargador en todos los cajones, pero ninguno valía para mi teléfono; todos son para iPhone. Por cierto, ¿estás con alguien?

—¿Lo dices por el cepillo de dientes?

—No, lo digo por el condón que hay en la papelera del baño.

El comentario de Lara molesta a Marta.

—¿Acaso te importa que esté con alguien?

—¿Es un *follamigo*?

Marta no esperaba la pregunta de su hermana. Se muerde la lengua para contener las ganas de darle una bofetada.

—¿Sabes que te has vuelto muy descarada en la cárcel? Ser mi hermana no te da derecho a hablarme así.

—Pensé que querías retomar la confianza —confiesa Lara, con ironía.

—Sí, pero creo que hemos empezado con mal pie.

—Será mejor que lo dejemos. Cojo un taxi y me voy.

—¿Dónde piensas ir?

—Con el dinero que nos dejó mamá no puedo ir muy lejos. Tal vez visite a la tía Maite.

—¿La has llamado?

—Sí, le dije que le haría una visita.

—Quédate.

—¿En serio crees que tú y yo podremos congeniar?

—Mira, Lara, hace unos días vi un vídeo donde un avión repostaba en pleno vuelo. Después de ver aquello, creo que todo es posible, incluso que tú y yo pasemos un día entero sin insultarnos.

Ambas sonríen. Lara coge el paquete de tabaco para encender un nuevo cigarrillo.

—Tengo que irme otra vez. Te prometo que regresaré a última hora de la tarde, a tiempo para cenar juntas, ¿de acuerdo? Oye, dos cosas: tengo la nevera vacía, así que quédate a comer aquí. Y cuando estés en casa, por favor, asómate a fumar a la ventana, no soporto el olor a tabaco, ni aunque sea tuyo. En la tienda de ahí enfrente encontrarás cargadores para el teléfono. No dudes en llamarme, y si necesitas algo urgente, tócale a la vecina del quinto C, se llama Paquita y es muy maja. También puedes bañarte en la piscina...

—Anda, lárgate de una vez, que sé cuidarme sola. Pilla rápido a esos cabrones del tiroteo y vuelve pronto a casa. Como no vengas, me piro.

12:45. Joyería Canella. Alicante.

La Policía Nacional custodia las inmediaciones del lugar donde se ha producido el tiroteo. La zona sigue acordonada. Marta pasa por allí antes de reunirse con su equipo. Aparca la moto en una de las calles adyacentes y de camino a la joyería telefonea al comisario.

—¡Qué sorpresa! —dice él—. ¿Ya te han dado el alta?

—No me gustan los hospitales.

—¿Vas para casa?

—Ya he pasado por allí. Silvia me ha hablado del incidente en la avenida Alfonso El Sabio. ¿Sabes si todavía queda alguien de los nuestros? —pregunta Marta.

—El caso lo lleva el inspector Olmedo.

—Puedo verle. Estoy en la puerta de la joyería.

—¿Pero qué haces ahí? —pregunta Albízar en tono de reprimenda.

—Averiguar si el tiroteo tiene que ver con el muerto de ayer.

—Mira que te gusta meterte en fregados. Me están presionando desde Jefatura. Parece que los políticos están nerviosos y quieren respuestas. Así que voy a pedir refuerzos. Te necesito aquí cuanto antes.

—Espero ponerme al día en cuanto llegue a la oficina.

—No molestes a Olmedo y vuelve aquí lo antes posible. El agente Serralba quiere mostrarte unas imágenes.

—¿Lo tienes ahí a mano?

—Sí, espera, te lo paso.

Marta muestra su identificación y cruza el cordón de seguridad. El inspector Olmedo la ve aparecer y enarca las cejas. Ella se detiene antes de llegar a su altura.

—¿Cómo estás? —pregunta Teo Serralba por teléfono.

—El comisario dice que hay novedades.

—Sí. Tenemos vídeos de la víctima en Benidorm y también en el restaurante de Venta Quemada.

—¿Y la niña? —pregunta Marta, preocupada.

—Hay un primer plano de ella en el parque acuático.

—¿Sabéis quién es?

—Todavía no. Es complicado.

—Mándame fotos a mi móvil. Quiero que revises todas las fotografías y vídeos que los bañistas tomaron con sus teléfonos móviles.

—¿Más vídeos? Voy hasta el cuello de faena.

—Venga, no te quejes, que a ti te va la acción.

—No olvides que ahora soy padre.

—Te dejo, que estoy en la joyería del tiroteo. ¿Te llevo algo?

—En un par de semanas será el cumpleaños de mi mujer, y había pensado regalarle una pulsera. Hablando de joyas, esa joyería es la que más oro compra de toda la provincia.

—¿Qué quieres decir?

—Joyería Canella tiene doce establecimientos de Compro Oro repartidos por la provincia, más otros cinco en Murcia.

—¿Conoces al dueño?

—Ni idea, aunque lo puedo averiguar.

—Sería interesante, pero céntrate en nuestro caso. En un rato te veo.

Marta analiza el entorno. Varias personas barren los millones de cristales que hay esparcidos por la acera y una pareja de técnicos mide los ventanales para encargar nuevos cristales. En los balcones, los vecinos curiosean y varias cámaras de televisión filman cada movimiento desde los primeros pisos. Marta Escudero enseguida se reúne con el inspector Olmedo, un colega veterano con quien ha colaborado en varias ocasiones.

—¿Tú no estabas en el hospital? —reacciona él.

—Lo has dicho bien: estaba. Me he enterado de la movida y he pasado a saludarte. ¿Qué tenéis?

—Si te soy sincero, nada. Han llegado cuatro tipos en moto y dos de ellos se han vuelto locos destrozando el escaparate. Se han largado sin robar nada. Damos gracias de que no haya nadie herido.

—Me recuerda a las pelis de *El Padrino*. ¿Habéis interrogado al dueño? —pregunta Marta.

—Ahí lo tienes. —Señala a un individuo que está dentro del comercio y que habla acaloradamente por teléfono—. No sabe quién ha sido. Dice que para eso estamos nosotros, para averiguarlo.

—Uy, uy, uy... Qué mal huele esto...

—Apesta a guerra entre bandas —opina Olmedo.

Marta da unos pasos y se asoma a la entrada. Al menos seis personas recogen joyas esparcidas por el suelo y con mucho mimo las depositan en bolsas de plástico. Regresa a la altura del inspector.

—¿Me dejas intentarlo? —pregunta ella.

—¿Acaso quieres enfadar todavía más al pijo?

—Ya sabes que no me gustan los pijos.

—Y a mí tampoco. —Olmedo le guiña el ojo, recordando el último caso que compartieron, donde tuvieron que visitar a varias personas adineradas—. Se llama Diego Canella, aunque en su círculo lo conocen como «Canellita». Está fichado por varios altercados y tiene pendiente un juicio por blanqueo de capitales.

Antes de cruzar la puerta, Marta revisa el teléfono. Ha recibido un mensaje de Teo con la imagen del parque acuático donde la niña aparece acompañada de la víctima del día anterior. La amplía y comprueba con estupor que se trata de la misma niña con la que anoche se cruzó en las escaleras del edificio en llamas.

—¿Puedes apartarte? —pregunta un tipo de malas maneras desde el interior de la tienda. Es alto, fuerte, lleva gorra y luce un tatuaje en el lateral izquierdo del rostro.

Marta da los primeros pasos en dirección al dueño del establecimiento, de no más de cuarenta años, que viste un traje de corte italiano de color blanco roto. Bajo la chaqueta, y metida en el pantalón, luce una camiseta estampada con colores llamativos y la marca Dolce&Gabbana en el pecho. El pantalón no le llega a los tobillos, calza unas deportivas de suela alta con rayas amarillas y negras dibujadas en diagonal.

—Oye, tú, ¿dónde vas? —pregunta Diego Canella al ver a Marta caminando a sus anchas por

el establecimiento—. No sé quién te ha dejado entrar, pero anda, largo de aquí.

—Eres Canellita, ¿verdad? —pregunta Marta, quitándose las gafas de sol. Para oficializar la visita, le muestra la placa de inspectora.

Canella cuelga el teléfono y deja a la vista su piel morena y el pelo corto y engominado con la raya en un lado y el flequillo hacia arriba.

—A mí no me llama nadie así, salvo mi familia. —Chequea con descaro a Marta.

—Te advierto que el último que me dio un repaso como el que me acabas de dar se llevó una patada en las pelotas.

Marta no se achica ante nadie y sabe ganarse el respeto de los tipos que se hacen los duros, su truco es ser más atrevida que ellos.

—¿Qué coño quieres?

—¿Por qué no me dices quién ha destrozado tu local?

Canella emite un suspiro y baja la cabeza. Se agacha a coger un anillo y se lo da a la chica del mostrador. Al estirar el brazo para entregar la pieza, Canella deja la muñeca al descubierto y llama la atención de Marta. Tiene claro que ha visto tatuadas las letras «Au» en su mano izquierda, las mismas que llevaba la víctima de la playa.

—Ese tatuaje, ¿qué significa? —Señala a la muñeca de Canella.

Él desliza el reloj para ocultarlo y después busca la mirada de Marta.

—Mira, agente...

—Inspectora Escudero.

—Muy bien, inspectora. Me dedico a la compra y venta de oro. La crisis ha provocado que mucha gente tenga que vender sus joyas. Es un negocio en auge. Yo solo soy un trabajador honrado que aprovecha la oportunidad. No tengo ni idea de quién ha hecho esta barbaridad.

—¿Te han amenazado últimamente?

—No, qué va. No tengo deudas y me llevo muy bien con la competencia.

Marta da unos pasos y se detiene a poca distancia de él, donde nadie pueda escucharles.

—¿Sabes qué me sorprende de ti? Que no te veo preocupado. Cualquiera estaría cagado de miedo después de que unos encapuchados hayan destrozado su comercio.

—Inspectora, es vandalismo, está a la orden del día. Tengo la tienda asegurada y me van a pagar cada euro que haga falta para dejarla como estaba —responde en tono vacilante.

Marta se gira hacia la vitrina del mostrador, que permanece intacta, y observa las piezas expuestas.

—Canella, los vándalos rompen cristales de coches.

—¿Hemos terminado? —pregunta él, a la defensiva.

—En mis tiempos, cuando era niña, como mucho tocábamos a un timbre y salíamos corriendo. O escribíamos en una pared: tonto el que lo lea. Parece ser que la gente ahora se ha vuelto salvaje y va con metralletas reventando los cristales de las joyerías y ni tan siquiera se lleva un collar de recuerdo.

—Tuvieron su oportunidad —añade Canella, provocativo, y señala el material que hay en el local.

El teléfono de Marta suena y le recuerda que tiene algo interesante que mostrar.

—Ya me marchó. —Silencia la llamada del comisario—. Pero antes, quiero que me digas si conoces a esta niña.

Muestra la imagen del parque acuático que minutos antes le ha enviado Teo. En ella aparece la niña en bañador saliendo de los vestuarios.

—No la he visto en mi vida —afirma Canella.

Marta busca la fotografía que hizo al cadáver la tarde anterior.

—¿Y qué me dices del hombre? Te suena, ¿verdad? Ayer le cortaron el cuello muy cerca de aquí.

—Tampoco. —Niega con la cabeza.

Marta alza el teléfono, lo sitúa a la altura de la vista de Canella obligándole de nuevo a mirar la pantalla.

—Se llamaba Marc Gilabert. ¿Trabajaba para ti?

—Ya te he dicho que no lo he visto en mi vida. ¿Hemos terminado?

—Tenía un tatuaje como el tuyo, qué curioso. Venga, Canella, al menos dime qué significa «Au», me tiene intrigada.

—¿Nunca has hecho crucigramas? —pregunta él, sonriendo.

Marta sacude la cabeza, sorprendida por no haber caído antes.

—Así que es el símbolo del oro en la tabla periódica.

—Tengo mucho trabajo. Por favor, déjame tranquilo y detened a los vándalos que han hecho esto. —Se despide y da la espalda a Marta, que se marcha sin decir nada más.

14:20. Comisaría Provincial de la Policía Nacional. Alicante.

Después de informar al inspector Olmedo sobre la conexión entre el tiroteo y el asesinato del día anterior, Marta toma rumbo a la comisaría provincial. Allí, en la última planta y a escasos metros del despacho del comisario, se encuentra la oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal.

Aparca su moto en el área reservada para vehículos policiales y saluda al compañero que custodia la puerta, cuando escucha un silbido que proviene de unos metros más allá, bajo el toldo de un comercio. Está impaciente por conocer las novedades de sus compañeros, pero no puede evitar saludar a Fran Vallejo, quien le sonríe y, con la mano al alza, la invita a acercarse.

—¿Qué haces aquí? —pregunta ella, entre dientes—. ¿No te dije que yo te llamaría?

—Ayer vi cómo te sacaban en camilla de aquel edificio. Estaba preocupado y pregunté en el hospital, pero no quisieron decirme nada. Después de todo, me alegra verte en acción. ¿Qué tal estás?

—Fran, ahora no tengo tiempo. Estamos saturados.

—También quería hablar de eso.

—No me digas que has venido para sacarme información.

—Me molesta que lo pienses. Estaba preocupado por ti, es eso.

—¿Dices que ayer estuviste cerca del edificio en llamas?

—Sí. Te vi correr y fui detrás de ti.

—¿Llevabas la cámara? —pregunta ella, ágil de reflejos.

—¿Tú qué crees?

Marta sonríe y se gira hacia la puerta del edificio policial. Luego, toma el brazo de Fran.

—Oye, ¿cómo vas de apetito? —le pregunta mientras lo anima a caminar en la dirección opuesta.

—¿Apetito? Es obvio quién está interesada ahora.

—Vamos a tomar una caña y un bocadillo. Solo tengo diez minutos, en serio, vamos de cabeza.

—¿Llegó tu hermana? —pregunta él.

—Sí, pero el plan de ayer se fue al traste. Le he prometido que esta noche iremos a cenar.

Toman asiento en el interior de la Tapería Rodri, bajo el zumbido del aire acondicionado y frente al televisor que emite *La ruleta de la fortuna*. El camarero les pregunta desde la barra:

—¿Qué va a ser?

—Ensaladilla rusa y agua mineral con hielo —responde Marta, sin dejar de consultar su teléfono.

—Y yo una caña y... a ver... un bocadillo de calamares con mayonesa —añade Fran.

—Pensaba que habías comido.

—Con la que se ha liado en la joyería... Los cacos de esta ciudad se empeñan en que no cenemos ni comamos. ¿Sabes si están relacionados los dos incidentes?

—¡Para, para! No vayas tan rápido, majo. Recuerda quién hace las preguntas.

—Perdona, es defecto profesional, a veces olvido que eres inspectora de homicidios.

Marta juega con los labios y observa a Fran, llena de dudas.

—Tal vez tenga algo para ti, pero no ahora.

—Eres borde, siempre te haces de rogar.

—Primero, dime qué sabes tú.

—¿Yo?

—¿No eres periodista? Pues ponme al tanto de lo que se habla en tu círculo. Recuerda que estuve incomunicada en el hospital.

—¿No te has enterado del tiroteo de esta mañana?

—Cuéntamelo tú.

El camarero les sirve las bebidas y Marta llena el vaso de agua. Fran da un sorbo a su cerveza antes de hablar.

—Ayer, al final de la tarde, unos bañistas encontraron el cadáver de un hombre del que aún no han revelado la identidad ni quién lo mató. Se rumorea que murió de un corte en el cuello y parece que estaba acompañado de una menor llamada Rosa.

—¿De dónde sacaste ese nombre? —interrumpe Marta, sin ocultar su interés.

—En el paseo me acerqué a un grupo que hablaba de lo sucedido. Una mujer dijo que estuvo cerca de allí y que sus hijas jugaron con una niña que estaba con un hombre que no soltaba el teléfono. Me acerqué a preguntarle, y dijo que la niña se llamaba Rosa y que tenía un hermano mayor; no recordaba si la niña dijo que se llamaba Noel o Joel, pero que estaba castigado y no había ido a la playa.

—¿Tienes el número de teléfono de esa mujer?

—No, lo siento. ¿Hablamos del incendio?

—Sí, cuéntame —responde Marta.

—Te vi correr hacia el edificio y me ilusioné con la posibilidad de obtener una exclusiva, pero me decepcionaste. Estuve tomando fotos, a la espera de que algo sucediera, una detención... no sé.

—¿Puedo verlas?

—A cambio de...

—No te impacientes. —Marta le advierte y sumerge el tenedor en la ensaladilla—. Te aseguro que valdrá la pena.

—Espera un momento. Voy a poner la tarjeta de memoria.

—¿Viste algo extraño?

—¿Como qué?

—Como un hombre que llevaba a una niña en brazos.

Fran se detiene y fija la mirada en Marta, que toma un sorbo de agua. Ella repara en que él se ha quedado inmóvil y pensativo.

—¿Una niña rubia, de mirada asustada y esquiva?

—¡Sí! —Marta golpea el vaso contra la mesa.

—Me llamó la atención, así que hice varias capturas con el teleobjetivo.

—¿Fotografiaste al hombre que la llevaba?

Sin darse cuenta, Marta ha puesto nervioso a Fran, que manipula la pantalla de la cámara, con los dedos temblorosos.

—No me digas que es un sospechoso.

—Como lo hayas sacado, te voy a dar un beso —dice Marta, apoyando la mano en el hombro

de Fran.

—¿Un beso o una exclusiva?

—¿Tú qué prefieres?

—Dame la exclusiva, que tengo que pagar el coche nuevo. El beso ya te lo doy yo.

Marta desbloquea su teléfono y busca la fotografía de la niña en el parque acuático.

—Aquí las tienes.

Fran entrega la cámara a Marta, quien, después de comparar las imágenes, aprieta el puño con fuerza y se acerca a la mejilla de Fran.

—¡Eres un auténtico crack!

14:50. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

La oficina está patas arriba, con las mesas cubiertas de documentos y dos cajas de pizza sobre la impresora. Un peculiar aroma a incienso y desodorante alcanza a Marta, que abre la ventana y asegura a sus compañeros que se siente bien tras su hospitalización.

Todos los presentes están alterados, presa del estrés y la cafeína, aunque es Teo Serralba quien se muestra más revolucionado, con la boca abierta, a la espera de que Marta termine de hablar.

—Jefa, tengo tantas cosas que contarte que no sé por dónde empezar.

—Arranca, y luego uniremos las piezas. ¿Sabes si el comisario está por aquí?

—Fue a la Delegación del Gobierno. Lo llamaron para una rueda de prensa —informa Silvia, que se acerca a Teo en su silla con ruedas.

Marta nota la presencia de un hombre con aspecto de estudiante, sentado en un rincón y que revisa carpetas.

—Perdona, pero no te conozco. ¿Quién eres?

—Vicente, Vicente Pagán. Pertenezco a la unidad de Delitos Informáticos. El comisario me pidió que viniera a ayudarlos.

Marta gira la cabeza hacia Teo pidiéndole una explicación.

—Dijiste que querías saber quién era Diego Canella. Le pedí a Vicente que buscara su historial policial. Ahora está recopilando información sobre varios incidentes en los que estuvo involucrado.

—Bienvenido. Continúa con tu trabajo —interviene Marta, a quien no le conviene incorporar miembros al equipo.

—Acércate a la pantalla —le dice Teo, invitándola a sentarse en la silla que hay libre a su lado—. Primero, hablemos del muerto. Europol no tiene constancia de que Marc Gilabert estuviera fichado ni perteneciera a algún grupo criminal. La Policía francesa ha localizado a su único pariente, su hija. Aunque estaban distanciados desde hace años, aún mantenían contacto. Los gendarmes le dieron la noticia en persona.

—¿Y esas imágenes? —pregunta Marta, cambiando de tema.

—Son de las cámaras de seguridad del parque acuático. Como puedes ver, Marc y la niña entran con tranquilidad. Ella sonríe, no hay nada fuera de lo normal.

—Detén la imagen —pide Marta—. Retrocede un poco. Esa mochila que él lleva en la mano...

—Es la misma que recuperaste ayer en el piso.

—Ya decía yo...

—La Policía científica la examinó y solo encontró ropa, nada relevante.

Teo avanza el vídeo y continúa explicando.

—En esta secuencia, vuelven al vestuario. Ella está cubierta por una toalla mientras él permanece con el bañador y la camiseta, aparentemente secos.

—Siempre tiene el teléfono pegado a la oreja —nota Marta.

—Hemos verificado si tenía una línea telefónica o una cuenta bancaria a su nombre.

—¿Y bien? Venga, Teo, dime que tienes algo.

Él da un sorbo a un refresco y empieza a teclear mientras Marta canaliza la tensión jugando con sus dedos sobre un mechón de pelo.

—Logré ubicar una cuenta bancaria en Francia.

—¿Te la facilitó la Policía francesa?

—Es mejor que no preguntes.

—No esperaba menos de ti.

—Cada mes, Marc Gilabert transfería cinco mil euros a una cuenta francesa. Ha estado haciendo esto durante un par de años.

—¿Sabemos a nombre de quién está la cuenta? —pregunta Marta.

—De su hija.

—¿Tenemos su número de teléfono?

—No, pero los franceses nos lo facilitarán.

—Pídeselo, quiero hablar con ella.

—Anotado, jefa —confirma Silvia, que permanece atenta con el bolígrafo sobre la agenda y se levanta para atender el teléfono de la oficina, que lleva unos segundos sonando.

Marta aprovecha el respiro para revisar su teléfono móvil y lee un mensaje de Fran, su amigo periodista, que la invita a encontrarse esa noche. Ella le responde que espere otro día.

Silvia cubre el micrófono del teléfono y susurra a Marta:

—Tengo en línea a Rubén.

—¿Quién es Rubén?

—Es el chico que te ayudó a salir del piso en llamas.

—Hemos hablado con la Guardia Civil de El Campello —comenta Teo—. Iban a localizar al chaval para ver si recordaba algo del hombre que te cruzaste en la escalera con la niña.

Marta cambia de silla y dialoga con Rubén, que no recuerda ningún detalle del hombre ni de la niña. En esos momentos de nerviosismo y en medio de la humareda, su única preocupación era resguardarse en un lugar donde poder respirar. Le cuenta que la Guardia Civil habló con el inquilino del apartamento sexto E. Él había ido a visitar a unos amigos a Calpe y, al regresar, encontró el alboroto. Asegura que, al cerrar la puerta al marcharse, una mujer en el rellano le preguntó si tenía luz en su apartamento, ya que ella se había quedado a oscuras. El hombre sospecha que la pregunta y el acercamiento fue una artimaña para robarle las llaves.

Todos los ojos están fijos en Marta, quien finaliza la llamada y les informa con una expresión dubitativa en el rostro.

—Chicos, debemos añadir una nueva pieza al rompecabezas. Parece ser que una mujer robó las llaves del apartamento donde el hombre salió con la niña.

—Así que el sospechoso no actuó solo...

Silvia piensa en voz alta y Vicente Pagán, el recién llegado, se gira hacia ellos.

—Vicente, necesito un favor —dice Marta—. ¿Podrías subir un paquete de botellas de agua del almacén?

Todos la miran, incluido Vicente, que dibuja una mueca y comprende que la inspectora quiere quedarse a solas con su equipo.

La puerta se cierra y Marta muestra el teléfono, en concreto la fotografía del sospechoso que Fran, el periodista, le ha pasado minutos antes.

—No me preguntéis quién es la fuente, pero este tipo es el que me crucé en las escaleras, y esta es la niña.

—¿Es la misma que tenemos en el parque acuático! —añade Teo.

—Y se llama Rosa.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Silvia.

—He dicho que nada de fuentes. Tiene un hermano que se llama Noel o Joel. Teo, ¿puede servirte la información?

—Es poca, pero menos es nada. Puedo usar el reconocimiento facial para ver si el hombre está en la base de datos. La verdad es que la imagen es excelente, como si la hubiera tomado un fotógrafo profesional.

—Teo, no sigas, por favor. Se dice el pecado, pero no el pecador. Venga, ¿qué me cuentas de la niña y los nombres?

—Que es complicado. Si no fuera veintidós de agosto, enviaría la foto a todos los colegios de la provincia, estoy seguro de que alguno tendrá matriculada a una niña que se parezca a esta y se llame Rosa, pero ahora mismo seguro que no pillo ni al conserje.

—Haz lo que puedas.

—Jefa, ¿tienes algún problema con el nuevo?

Tanto Teo como Silvia observan a Marta, sin entender por qué lo ha enviado a buscar agua.

—Tenéis razón... ¿Cómo os lo digo?

Vicente abre la puerta y regresa con un paquete de botellas que coloca sobre la mesa. Lo abre y le sirve una a Marta, que le da las gracias en un incómodo silencio que se rompe con la vibración de su teléfono móvil.

—Diga.

—Escudero, ¿has llegado a la oficina?

—Sí, comisario, aquí estamos, adelantando cosas.

—Muy bien, ve a mi despacho y espérame allí. Necesito hablar contigo.

Marta bebe la botella de un trago y se dirige a su equipo:

—Tengo que ver a Albízar.

—Espera un momento —interrumpe Teo—. Quiero mostrarte una cosa.

En la pantalla aparece la imagen de un aparcamiento con varios vehículos estacionados.

—Es el restaurante de Venta Quemada, donde Marc Gilabert comió hace unos días. Observa lo que sucede.

Teo reproduce el vídeo. Marc Gilabert entra en un Volkswagen Golf, cierra la puerta y baja la ventanilla. Al momento, dos hombres salen de un todoterreno Volvo aparcado frente al Golf. Uno de ellos lleva un maletín que introduce en la ventanilla de Marc mientras el acompañante vigila alrededor. La secuencia muestra con claridad que Marc le entrega una carpeta.

—Ese maletín, ¿podría ser el mismo que encontré en el apartamento incendiado? —pregunta Marta.

Teo retrocede la imagen, la congela y la amplía para conseguir un primer plano. Luego abre otra ventana con la imagen del maletín tomada por la Policía científica.

—No soy un experto en maletines, pero a simple vista parece el mismo.

—Teo, reproduce de nuevo, por favor.

Todos observan la pantalla con atención, pendientes de cualquier detalle. El hombre con el maletín se acerca al coche de Marc y, una vez allí, utiliza ambas manos para levantarlo e introducirlo por la ventanilla.

—Ahí —señala Silvia.

—Te refieres al peso, ¿verdad? —pregunta Marta.

—Un maletín cargado de documentos no debería pesar más de dos o tres kilos, y un tipo como ese no necesita usar ambas manos para levantarlo.

Marta extiende el dedo índice y señala el maletín, mientras sus compañeros observan con atención.

—Oro... Pueden ser planchas o lingotes de oro —opina Marta.

—¿Por qué oro? —cuestiona Teo.

—Si hacemos un cálculo aproximado, podrían ser entre ocho y diez kilos —sopesa Silvia.

—Revisad el vídeo otra vez y veréis cómo el tipo del maletín camina haciendo contrapeso con el hombro contrario. Nos vemos más tarde, que el comisario me está esperando.

16:00. Despacho del comisario Arturo Albízar. Alicante.

Marta Escudero calcula que es la cuarta vez en su vida que entra al despacho del comisario. Es habitual que las reuniones sean convocadas en la sala de briefing o acompañados de un café en la oficina de la unidad.

Marta golpea la puerta y se sorprende al encontrar al comisario Albízar con un alto cargo de la Policía. Pide permiso para entrar.

—Adelante, inspectora Escudero. Le presento al subdirector general, Jaime Romero.

Marta se ajusta a los protocolos y saluda al subdirector con respeto antes de tomar asiento.

—¿Cómo va la investigación? —pregunta el comisario.

—Vamos avanzando, hay varias líneas abiertas. Estamos conectando los puntos y pronto descubriremos el motivo detrás de ambos altercados.

Jaime Romero levanta la mirada, sorprendido por la afirmación de Marta. El comisario, con gesto serio, le pide a Marta que se explique.

—Es evidente que el turista que falleció ayer en la playa tiene relación con el propietario del establecimiento que asaltaron esta mañana. La conexión está en el oro. Aún es pronto para sacar conclusiones. Nos preocupa la implicación de dos sospechosos en el incendio del edificio y la relación con una niña que, según los indicios que barajamos, ha sido secuestrada.

—Pensaba que eran hechos aislados y no se sabía quién estaba detrás de ellos —interviene Jaime Romero, desconcertado.

El comisario interviene para aclarar la situación.

—Comprenda, inspectora Escudero, que estamos en pleno agosto y la temporada turística puede verse afectada si no resolvemos estos problemas. Hace unos minutos, acompañamos al Subdelegado del Gobierno en una rueda de prensa para tranquilizar a la opinión pública. Tenemos presiones tanto de Jefatura como de los líderes políticos; debemos zanjar el asunto cuanto antes.

Marta se plantea si debe compartir más detalles de la investigación, pero sabe que es mejor no divulgarlos, mucho menos ante alguien como el subdirector general, que tiene vínculos políticos.

—Como bien sabe, mi equipo está trabajando sin descanso. —Está a punto de mencionar el incidente de la noche anterior en el apartamento en llamas, pero decide omitirlo—. Esta mañana estuve en la joyería Canella y, tras hablar con el dueño, el inspector Olmedo y yo concluimos que es probable que el negocio no ejerza una actividad transparente, lo que explicaría el tiroteo.

—Entiendo que es meterle mucha presión, pero ¿cuándo cree que podrá tener alguna conclusión? —pregunta Jaime Romero, con seriedad.

—Es difícil dar una fecha precisa, pero quizás podamos cerrar el cerco a lo largo del día de mañana.

Marta lamenta haber sido tan específica, consciente de que la presión aumentará en ella a partir de ese momento. Sin embargo, es tal la confianza que tiene en su equipo, que está convencida de que podrán identificar a los culpables en las próximas horas.

El subdirector general se levanta. Ha escuchado lo que desea: un titular.

—Entonces no la entretendremos más, inspectora. Comisario, manténgame informado. Que tengan un buen día.

Marta y el comisario despiden a su superior con el saludo oficial antes de volver a sentarse.

—¿Crees realmente que estamos cerca de resolver todo esto? —pregunta el comisario.

—Mientras tengamos a quién investigar...

—No te imaginas los nervios que hay en la Diputación. Dame un resumen de lo que tenemos.

—El francés y el dueño de la joyería tienen el mismo tatuaje.

—«Au» —recuerda Albízar.

—Significa «oro» en la tabla periódica. Lo de la joyería es un ajuste de cuentas, mires por donde lo mires. Hablé con Canella, el dueño, un tipo arrogante que mea oro líquido y caga lingotes. No pareció afectado por el ataque a su tienda. Seguro que tiene gente de seguridad trabajando para él. Allí mismo vi a cuatro culturistas recogiendo medallas y anillos.

—¿Y qué hay del francés?

—El francés se llama Marc y lo hemos pillado en un vídeo, unos días atrás, participando en un intercambio a medio camino entre Murcia y Granada. Entregó un maletín que, según nuestra deducción, estaba bastante cargado. No estoy segura, pero apostaría a que contenía oro.

—Mafia, contrabando, lavado de dinero...

—Quiero hablar con la hija de Marc. Vive en Francia y cada mes recibía cinco mil euros de su padre... ¡Y eso que no se llevaban bien!

—¿Necesitas apoyo?

—De momento, podemos cubrir con lo que tenemos. Teo va loco buscando datos y Silvia está de intermediaria con la Guardia Civil y la Europol. A propósito, hay uno que ha venido cedido de la unidad de Delitos Informáticos y está investigando los *chanchullos* de Canella. También le pedí al inspector Olmedo que me echara un cable con el tema del joyero.

—Acaban de aprobar la solicitud para pincharle el teléfono.

—Perfecto, aunque estoy segura de que ese tipo utiliza más de una línea. Si me das permiso, voy a regresar a la oficina, a ver si Silvia ha conseguido el número de la hija del francés.

El comisario abre el cajón de la mesa y extrae una cajetilla de tabaco. Camina en silencio hacia la ventana. Marta lo observa inquieta; el teléfono móvil le está vibrando. En la pantalla aparece el nombre de Fran Vallejo, el amigo periodista con el que habló minutos atrás. El sonido de un mechero le aparta del teléfono y vuelve la mirada hacia su jefe, que enciende un cigarrillo y se gira hacia la inspectora.

—Escudero, hace mucho tiempo que criminalística no analiza disparos de un fusil AK-47 en Alicante. Tú misma has comprobado que quienes han destrozado la joyería no se andan con tonterías. —Da una calada—. Tengo plena confianza en ti, pero si ves que el caso se vuelve grande, hablamos con Valencia o con Madrid. No estamos ante un criminal que trabaje en solitario, los tipos que juegan con Kalashnikov suelen ser profesionales, soldados entrenados, ya me entiendes... —Marta guarda silencio—. Y por eso debo advertirte de que no vuelvas a jugarte la vida de una manera tan absurda como anoche. ¿A qué santos te metes en un apartamento en llamas? ¡No es tu trabajo, joder! Eres muy buena investigando crímenes. Si necesitas acción, vete a un karting, allí puedes correr todo lo que quieras, adelantar, derrapar, gritar, incluso chocarte y destrozarte el coche, pero es absurdo jugarse la vida, y mucho menos en un incendio.

Marta asiente cada palabra, a la espera de que el comisario la deje marchar.

—Venga, ánimo y mucho cuidado. Mantenme informado.

—Estoy segura de que mañana tendremos respuestas. Me marchó.

Una vez en el pasillo, Marta revisa el teléfono. Tiene dos llamadas perdidas del periodista y se encierra en el aseo para hablar con él.

—¿Qué quieres, Fran?

—Perdona por molestarte, solo quería advertirte de un detalle.

—A ver, dame buenas noticias.

—Ya quisiera yo. El problema es que tu nombre ha aparecido en los medios; han filtrado que eres tú quien dirige la investigación.

17:40. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

El caso ha adquirido una magnitud inesperada, y Marta prefiere no indagar en quién ha filtrado la información, aunque está convencida de que los políticos tratan de desviar la atención para librarse de la presión.

No ha hablado de ello con Teo ni con Silvia, quienes siguen inmersos en la búsqueda de datos. Las ojeras de Teo son evidentes, después de más de veinticuatro horas sin abandonar la oficina.

—Marta —dice Silvia—, hay novedades. He conseguido el número de teléfono de Claudine, la hija de Marc Gilabert, el francés. Vive en Marsella. He hablado con ella; se defiende bien en castellano y le he dicho que la llamarías en unos minutos.

—Y yo tengo algo más —interviene Teo—. Comenté a los de la científica la posibilidad de que el maletín contuviera oro, y me han confirmado que la tela interior presenta marcas que podrían corresponder a objetos del tamaño de lingotes. Van a analizar las fibras en busca de rastros de oro.

—Buen trabajo, chicos —dice Marta—. Teo, ¿no encontraron ninguna pista de la niña en las imágenes del restaurante?

—Nada en absoluto. La secuencia es la que viste. Por cierto, tenemos los datos de las matrículas y, ¿adivinas qué?

—Sorpréndeme.

—El Golf del hombre francés pertenece a una mujer llamada Luisa Carrizo, que vive en Muchamiel. ¿Qué hacemos?

—Anota la dirección y pasaré a hablar con ella. ¿Por casualidad hemos verificado si el coche está estacionado cerca de la playa de Muchavista? Después de su muerte, es probable que nadie lo haya movido.

—Enseguida me comunico con la Guardia Civil de El Campello para que busque el coche —comenta Silvia.

—Teo, ¿qué me dices del todoterreno del que sacaron el maletín?

—El Volvo está registrado a nombre de una empresa de servicios con sede en Motril. Atenta al nombre: El jardín dorado, S. A.

Marta suspira y fija la mirada en Teo, luego le da un ligero golpe en el hombro.

—Un nombre llamativo. Ahora cuéntame a qué se dedican.

—La compañía tiene su sede principal en Motril. Digamos que abarca un conglomerado de negocios, entre ellos una empresa de limpieza y mantenimiento que subcontratan servicios en hospitales y colegios. También otra de alquiler de vehículos de lujo en el aeropuerto de Málaga. Además, gestiona ocho cafeterías, tres restaurantes, un hotel en Benalmádena, cuatro estancos, dos administraciones de lotería, el servicio de catering de varios hoteles, y son accionistas del Casino de Marbella y de una compañía privada de aviones.

—El Volvo podría ser un vehículo de alquiler. ¿No dijiste que alquilaban coches en el aeropuerto?

—Sí, pero lo más llamativo es que, entre su amplia cartera de negocios, está la compra y venta

de oro. Poseen cuarenta y nueve sucursales dedicadas a ese negocio por toda Andalucía.

—Tengo una idea —dice Marta—, ¿qué os parece si contactamos con la Policía Nacional de Motril o Granada y les pedimos que revisen sus cámaras para verificar si, por casualidad, el Volvo de alquiler entró en las oficinas de la empresa?

—También podemos seguir el rastro del vehículo a través de las cámaras de tráfico —añade Teo.

—Muy bien, chicos —dice Marta mientras se dirige al rincón donde hay un teléfono—. Voy a llamar a la hija de Marc Gilabert. Teo, ¿puedes grabar la conversación?

Todos permanecen en vilo, atentos a los altavoces. Cualquier detalle podría resultar crucial para la investigación.

—*Allô?*

—Llamo desde España, soy la inspectora Marta Escudero. ¿Hablas castellano?

—Sí. Estaba esperando tu llamada.

—Antes de nada, quiero mostrarte mis condolencias por la pérdida de tu padre. Supongo que ha sido una noticia inesperada.

—Gracias. Mi padre tenía un trabajo poco convencional.

—¿Qué quieres decir?

—Es peligroso hablar por teléfono. Mañana llegaré a Alicante a las once en avión. Mantenlo en secreto, por favor. ¿Podemos encontrarnos en el aeropuerto y hablar sobre mi padre?

—Me parece bien. Allí estaré —confirma Marta—. Llevaré una camiseta roja, gafas de sol y una gorra blanca. ¿Me has entendido?

—Sí. Yo llevaré un sombrero verde.

—Una última pregunta, ¿puedes decirme el número de teléfono de tu padre?

—Él siempre me contactaba a través de Skype.

—Gracias, Claudine.

—*À demain.*

19:25. Urbanización La Almajada. Muchamiel.

Marta consulta el reloj, consciente de que no puede demorarse si quiere llegar a tiempo para cenar con su hermana. Aparca frente a la finca donde reside la propietaria del coche que Marc Gilabert usó para la cita en el restaurante Venta Quemada. A simple vista, parece que le va bastante bien cuando vive en un complejo privado rodeado de casas lujosas. Un muro de piedra caliza adorna y protege los quinientos metros cuadrados de parcela y casi trescientos de vivienda. Una cámara de seguridad enfoca a Marta cuando pulsa el timbre.

—¿Quién es? —pregunta una voz femenina, acompañada por ladridos desde el otro lado del muro.

—Hola, soy la inspectora Escudero, de la Policía Nacional. —Marta muestra su placa frente a la cámara del videoportero.

No obtiene respuesta y, tras unos segundos, vuelve a presionar el timbre. Los perros continúan ladrando y Marta se retira a la acera de enfrente. Desde allí, observa las dos últimas plantas del chalet, y nota que una cortina se cierra en una de las ventanas del segundo piso, rodeada de enredaderas que caen sin discreción. En lo alto del edificio, dos antenas parabólicas y una estructura metálica de diez metros de altura se alzan como un repetidor de comunicaciones para radioaficionados.

Marta aprovecha para enviar un mensaje a su hermana. Le dice que no tardará en llegar y le sugiere que se vista elegante porque planea llevarla a un lugar especial. También le pide que elija algo de su armario.

Los ladridos se alejan y Marta regresa para hacer un último intento. Con el dedo sobre el timbre, escucha pasos acercarse desde el otro lado de la puerta.

La enorme cancela de acero se abre y aparece una mujer que parece haber salido del camerino de un teatro. Cubierta con una bata de estampado floral, su sonrisa de labios y pómulos operados le da la bienvenida.

—Hola, ¿a quién busca?

—Buenas tardes, ¿es usted Luisa Carrizo?

La mujer parpadea varias veces, como si dudara de haber escuchado bien.

—¿Cómo dice?

—Sí, soy inspectora de la Policía Nacional. ¿Usted es Luisa?

—Sí.

—Quisiera hablar sobre Marc Gilabert.

—¿Le ha ocurrido algo?

Por la forma en que reacciona, Marta deduce que la mujer desconoce la razón de su visita.

—No andaré con rodeos: Marc murió ayer por la tarde.

La mano de Luisa, que descansa sobre la puerta, empieza a temblar. De su muñeca cuelga un reloj dorado.

—¿Cómo dice? ¿Qué le ocurrió? —Los ojos de Luisa se humedecen.

—Si me permite pasar, puedo contarle los detalles. Serán solo unos minutos.

Luisa no pone objeción y le abre la puerta para que pase. Lo primero en que Marta se fija es en el automóvil estacionado detrás de la puerta corredera: un Mercedes plateado de alta gama. Huele a menta, y un hermoso jardín perfectamente cuidado se extiende hacia la esquina de la finca. Allí se encuentra un jacuzzi bajo un cenador de madera que comparte espacio con la barbacoa.

—Sígueme, vamos a la terraza, necesito sentarme.

—¿Se encuentra bien?

—Me ha dejado helada.

La anfitriona la guía a través del recibidor. Marta sigue sus pasos. Pasan bajo un arco de escayola y llegan a un salón de techos altos, donde una elegante lámpara de cristales ilumina la estancia. Dos sofás frente a la chimenea y un televisor de enormes proporciones destacan en la sala. Marta busca fotografías, pero no encuentra ninguna; solo hay plantas de interior, una pecera y, antes de acceder al jardín, pasa junto al único cuadro: una acuarela que representa una playa con un faro al fondo, en una colina.

Acceden a la terraza, y Marta siente como si hubiera entrado en un rincón alejado de la costa levantina. La vegetación domina el espacio, y el sonido del agua que cae por la pared simula un oasis que podría estar en una isla tropical. Marta distingue dos plantas de marihuana.

Luisa toma asiento en un butacón de mimbre frente a una mesa en la que reposan dos libros que superan las ochocientas páginas.

—Sírvase lo que quiera —le ofrece a Marta, señalando un rincón donde hay un mueble bar con varias botellas y copas.

—No, gracias. La verdad es que tengo algo de prisa.

—Oh, sí, entiendo. Cuénteme, ¿cómo murió Gila?

—¿Gila?

—Así lo conocíamos.

—Lo asesinaron en la playa de Muchavista, de un corte en el cuello. No sufrió.

Luisa cierra los ojos y aprieta la mandíbula al imaginar la terrible escena. Marta observa las arrugas de su cuello y deduce que la anfitriona debe superar los sesenta años. Después de un suspiro, Luisa estira la mano para tomar una jarra de agua con hielo y limón. Llena dos vasos y ofrece uno a Marta.

—Gilabert conducía un Volkswagen Golf registrado a su nombre.

—Gila y yo vivimos juntos durante un tiempo. Hace tres meses terminamos la relación, y le dije que podía quedarse con el coche. Le aconsejé que regresara a Marsella, a sus raíces, y buscara una buena mujer.

—¿A qué se dedicaba?

Luisa sostiene la mirada perdida sobre su vaso de agua.

—Era comercial y pasaba muchos días fuera de casa.

—¿Puede decirme qué vendía?

—Representaba a varias firmas internacionales de joyas.

Marta da un sorbo a su vaso, contenta de haber encontrado un posible vínculo entre Marc Gilabert y la joyería Canella.

—Antes dijo que le aconsejó volver a Marsella. ¿Tenía problemas en España?

—Estaba agotado de estar siempre pendiente del teléfono. Tenía suficiente dinero para vivir sin trabajar el resto de su vida. Le ofrecí irnos juntos a otro lugar, lejos de aquí, pero nunca obtuve respuesta.

—¿Por eso lo dejó?

—Además tenía líos de faldas, era un picaflor, lo supe desde el principio. —Retiene la respiración, y una lágrima solitaria asoma en su rostro—. Intenté alejarlo de esa vida, pero con el tiempo entendí que no era la persona que yo quería a mi lado.

—¿Sabe si lo habían amenazado?

—En el mundo de las joyas hay mucha competencia. Gila sufría presión, pero de ahí a ser asesinado...

El encuentro se vuelve tenso. A Marta le surgen numerosas preguntas, pero una en particular la carcome y no puede reprimirla.

—¿Para quién trabajaba?

Un silencio incómodo se instala en la terraza. Luisa traga saliva y tamborilea con los dedos sobre el apoyabrazos. Después de reflexionar durante un momento, se acerca al mueble y guarda una botella en la vitrina.

Mientras el sonido del agua rompe contra las piedras, Marta estudia cada gesto de Luisa sin perder detalle de su entorno. Junto al jacuzzi hay una bicicleta rosa, y un poco más allá, dos pelotas de playa y un patinete.

—A Gila no le gustaba hablar de eso, decía que estaba harto de que jugaran con él. Le obligaban a viajar largas distancias para cerrar tratos.

—¿Solo joyas o también oro?

—No tengo ni idea. Ya le digo que evitaba el tema del trabajo.

Marta no obtiene la respuesta que busca y se incorpora.

—Parece que no va a decirme para quién trabajaba.

—Nunca quise meterme en sus asuntos, igual que él no preguntaba por los míos —declara Luisa con cierto aire de superioridad.

—Tengo que marcharme. —Marta consulta su teléfono móvil—. Por curiosidad, ¿usted también se dedica al negocio de las joyas?

—Oh, no, en absoluto. Mi marido fue un hombre emprendedor que tuvo éxito, pero falleció demasiado pronto. Ahora vivo de las rentas de varios inmuebles. No puedo quejarme —confiesa con una sonrisa forzada.

Ambas regresan hacia la entrada. Los ojos de Marta escudriñan la vivienda como un radar. Vuelve a fijarse en el cuadro de la playa y el faro, y luego observa marcas en una puerta a media altura, como si alguien hubiera practicado boxeo en ella. Al pasar junto a la puerta de la cocina, la inspectora se detiene ante una percha anclada a la pared. De ella cuelgan una chaqueta de entretiempo y una camiseta de color verde claro con estampado de flores. Por el tamaño, deben ser de un niño.

—He visto que hay juguetes en la terraza, ¿suelen venir niños por aquí?

Luisa no se detiene y abre la puerta principal con premura, como si tuviera prisa por salir de la casa.

—Los vecinos suelen dejarme a su hijo. Es un amor. Le encanta jugar con los perros y bañarse en el jacuzzi. Por casualidad, ¿sabe cuándo será el funeral de Gila?

Marta desconoce si habrá algún acto fúnebre. Lo que sí sabe es que la hija de Gilabert llegará a Alicante al día siguiente por la mañana. Sin embargo, prefiere no dar detalles, porque solo quería hablar con la Policía.

—Desconozco ese dato. Si me deja su número de teléfono, mis compañeros la informarán tan pronto como sepamos algo.

—Sí, por favor, anótelo.

Marta registra el número en su teléfono móvil.

—Antes dijo que Gilabert era esclavo del teléfono, ¿podría proporcionarme su número?

—Cambiaba de número cada dos por tres. El último que tenía lo dio de baja hace más de un mes.

—Antes de irme, me gustaría mostrarle una fotografía —dice mientras maneja su teléfono—. ¿Conoce a esta niña?

Luisa inspira profundamente al ver la imagen. Examina cada detalle con atención. Detrás de la pequeña, se encuentra Marc Gilabert. Los segundos parecen interminables hasta que finalmente aparta la mirada de la imagen.

—Es la primera vez que veo a esa niña, ¿quién es?

Marta sostiene el teléfono en alto y, antes de responder, desvía la mirada hacia la ventana del segundo piso, donde alguien cierra rápidamente la cortina.

—Es secreto de la investigación. Le agradezco mucho su tiempo, Luisa. La contactaremos tan pronto sepamos los detalles del funeral. Por favor, tenga mi tarjeta. Si recuerda algo importante sobre el señor Gilabert, le ruego que me llame.

20:05. Avenida de Bruselas. Playa de San Juan. Alicante.

El cielo adquiere un débil tono rojizo y el tráfico comienza a llenar las calles. Marta circula hacia su apartamento, donde su hermana la espera para salir a cenar.

La visita a la vivienda de Luisa Carrizo ha generado nuevas incógnitas, tanto es así que Marta ha comenzado a sospechar de ella. Considera que sus reacciones han sido sobreactuadas; se ha tomado demasiado tiempo para responder a algunas preguntas y en otras ocasiones ha desviado el tema, dejando claro que Marc Gilabert no ejercía una actividad demasiado lícita.

Marta analiza los detalles, como la chaqueta de niño en la percha y los juguetes en la terraza. Pero sobre todo, tiene en mente la imagen de alguien espionando desde detrás de la cortina del segundo piso. Todo parece muy extraño.

Cuando accede a su urbanización, apaga el motor y se quita el casco. Antes de salir a cenar, quiere saber si ha habido alguna novedad, así que llama a la oficina para hablar con Teo y Silvia.

—Oficina de...

—Silvia, soy Marta.

—Dime.

—Acabo de conocer a Luisa Carrizo.

—¿Y qué impresión te ha dado?

—No me gusta nada. Quiero que busquéis todo sobre ella. Revisad sus propiedades, ingresos, conexiones familiares... Al parecer, su marido manejaba pasta y murió, aunque no me ha dicho cómo. Indagad en ese asunto. Estoy segura de que encontraremos algo interesante.

—Dejaremos eso para mañana a primera hora. Teo se acaba de marchar, estaba rendido y su mujer lo necesitaba en casa. Antes de irse, dio trabajo a los de tráfico, así como a la Policía Nacional de Granada y Motril.

—¿Hay novedades?

—Vicente, el nuevo, me entregó un dossier para que lo revisaras. No me ha dicho qué encontró. Dice que estará aquí a las siete de la mañana y podrás venir o llamarlo para que te explique todo.

—¿Te ha avanzado algo?

—No, no mencionó nada. ¿Quieres que eche un vistazo al informe esta noche?

—No te preocupes, lo revisaremos mañana.

—Ah, casi lo olvido, nos contactó el compañero que tiene pinchado el teléfono de Canella. Envió un informe con el registro de llamadas y algunos detalles, pero hasta el momento no hay nada relevante. Esta noche tiene planeado encontrarse con alguien en una discoteca llamada Snorkel, que está cerca de tu casa, en la zona del Golf.

La puerta del ascensor se abre.

—Te dejo, estoy llegando a casa. Por fin podré cenar con mi hermana.

—Nos vemos mañana. Diviértete.

Marta encuentra el apartamento en orden y sin olor a tabaco. Lara está sentada en el sofá, frente al televisor y con el iPad en su regazo.

—Has llegado. Pensaba que me darías plantón otra vez.

—Siempre tan simpática.

Marta la observa con desilusión. Había imaginado que Lara se vestiría un poco elegante para salir a cenar, pero la encuentra con vaqueros y una camiseta vieja del grupo de música Barricada. Al menos se ha molestado en alisarse el cabello y añadir algunos accesorios que recogen el flequillo y le dan un toque juvenil.

—¿No te dije que podías escoger algo de mi armario?

—Tienes cosas muy monas, pero mis caderas no caben en ninguno de tus pantalones o faldas.

—Anda, ven aquí. Tengo un vestido que te quedará genial.

—Déjate de vestidos. Estoy cómoda así. Voy a leerte algo que encontré en Internet.

Marta se apoya en el respaldo del sofá mientras Lara lee una noticia en su iPad:

Atentado de película en el corazón de la Costa Blanca.

El tiroteo en el centro de Alicante provoca la huida de turistas.

El miedo se ha apoderado no solo de los veraneantes, sino también de los residentes, que nunca antes habían presenciado un incidente de esta magnitud en la ciudad. A plena luz del día, en una de las avenidas más transitadas, cuatro individuos vestidos de negro y con los rostros ocultos por cascos atacaron una de las joyerías más prestigiosas de la ciudad. Estaban armados con metralletas automáticas y abrieron fuego contra la fachada del establecimiento. Los cristales de seguridad se hicieron añicos y los transeúntes, entre gritos y disparos, corrieron aterrorizados en busca de refugio.

Las autoridades han celebrado una rueda de prensa para calmar a la población. En principio, parece que el tiroteo no tiene relación con el cuerpo sin vida encontrado ayer en El Campello. Fuentes policiales admiten que hay varios sospechosos y anuncian que se realizarán arrestos en las próximas horas. La inspectora de homicidios M. Escudero está al frente de la investigación.

—No leas más —interrumpe Marta—. Si quieres saber algo, pregúntamelo directamente. No hagas caso a lo que dice la prensa.

—He oído tu nombre varias veces. La noticia se emitió en el informativo de Televisión Española. ¿No te acojona?

—Estamos entrenados para que esas cosas no nos afecten.

—¿De verdad? Yo me cagaría a chorro si me pusieran un micrófono delante.

—Como dicen por aquí: *alça el cul*. Vamos a ver cómo te queda el vestido. Oye, quiero pedirte un favor: ¿puedes hacerme un peinado chulo como el tuyo?

21:30. Cabo de las Huertas. Alicante.

El mar está en calma, una calma que él ha anhelado durante toda su vida. Rodeado de mentiras, guardas de seguridad, incertidumbre y falso éxito, convive entre lujos y sintiendo el más profundo vacío. Ni las mujeres, las drogas o las fiestas interminables han logrado adormecer el dolor interno que siente por la pérdida de su propia identidad.

A sus treinta y cuatro años, siempre ha vivido a la sombra de otros, controlado como un títere. Podría haberse liberado hace tiempo, pero le faltó el coraje para romper con sus raíces. Se avergüenza de sus predecesores, de sus ansias de poder y del ego desmedido que emanaban como el aroma de un costoso perfume.

A lo lejos, una barcaza se desliza a cámara lenta por el horizonte mientras él reflexiona sobre cada etapa de su vida. Piensa en las experiencias que lo forzaron a madurar antes de tiempo, a dejar de ser niño demasiado pronto y a perderse la adolescencia reclutado en mansiones tan grandes como el aburrimiento. También recuerda las noches en yates lujosos que reflejaban la mente egoísta y el corazón vacío de sus opulentos dueños.

Champán, percebes, ostras, caviar... Todo era arrojado por la borda, mientras al otro lado del muro existía un mundo al que nunca tuvo acceso. Las compañías, los colegios e incluso la ropa eran elegidas por terceros que decidían lo mejor para él. Quién habría pensado que la sobreprotección no estaba en conflicto con la avaricia, las ansias de poder o incluso la elección de con quién compartir el futuro.

Mientras lucha con sus fantasmas internos, observa cómo la barcaza desaparece a lo lejos, cerca de la isla de Tabarca. Saca un papel del bolsillo, lo abre, juega con él antes de llevarlo a su nariz y aspirar el polvo blanco que a gran velocidad llega a su cerebro, dándole un efecto estimulante. Luego se deja caer sobre la roca. El cielo está lleno de estrellas, y piensa en todas las personas que ha conocido y que estarán flotando sobre las diminutas luces.

El sonido de una ola lo aparta de sus pensamientos y le recuerda que no ha ido hasta allí para encontrar la Osa Mayor, sino para cumplir la promesa que se ha hecho a sí mismo. Se pone de pie y comprueba que el cañón de la pistola está escondido en su pantalón, a la altura de la cadera izquierda. Ajusta su americana azul y camina hacia la puerta principal.

Frente a él se levanta una villa de lujo con muros blancos y detalles en acero que protegen su interior. Conoce cada rincón de la finca: dos plantas, más una terraza superior con jacuzzi y zona de descanso con camas balinesas que ofrecen vistas al mar. En el exterior, un patio con piscina, y tras la puerta del garaje, un Porsche Cayenne de trescientos caballos.

Ha estado allí tantas veces que podría recorrerla con los ojos cerrados. La escalera de mármol, la suavidad de la barandilla de roble tallada a mano, el olor a vainilla, los gritos, los excesos y los billetes de quinientos euros esparcidos por la mesa del salón.

Aquellos recuerdos lo golpean con dureza mientras acciona el timbre.

—¿Qué coño haces aquí? Lárgate ahora mismo —dice una voz amenazadora.

—Abre. Quiero hablar con él.

—¡No me jodas! Pírate, joder, que si descubre que estás aquí...

Vuelve a tocar al timbre, y lo hará cuantas veces sea necesario para conseguir entrar.

El zumbido del abrepuertas marca el inicio de la cuenta atrás. Da el primer paso, convencido de que no saldrá con vida de aquel lugar.

22:02. Hotel Gran Sol. Alicante.

El tranvía se detiene en la playa del Postiguet. Marta desciende con un vestido de estampado floral que resalta sus piernas y escote. Lara la acompaña luciendo otro vestido con motivos tropicales, y una banda elástica que abraza su vientre. Ambas lucen el mismo peinado y están maquilladas para la ocasión.

—No vayas tan rápido, que ya no recuerdo cómo caminar con tacones. ¿Estamos lejos?

Marta señala al edificio más alto.

—¿Un hotel?

—Exacto, te llevo a un hotel.

—¿No iremos a una cita a ciegas?

—¿Acaso te gustaría? —pregunta Marta con una sonrisa.

—Pues... Ahora que lo dices, hace años que no estoy con un hombre.

—A ver si ahora vas a querer recuperar el tiempo perdido.

—No te digo que no —bromea—, pero antes me gustaría recuperar el tiempo perdido contigo.

La declaración de Lara sorprende a Marta. Se han detenido en un semáforo para cruzar hacia el paseo de la Explanada. Las hermanas se dedican una mueca, pero la frialdad en Marta impide que el momento avance hacia algo más profundo.

El semáforo cambia a verde. Lara se sujeta a su hermana del brazo con la excusa de evitar caer al suelo debido a los tacones. En realidad lo hace para sentir el calor de Marta cerca de ella por primera vez en muchos años.

Recorren unos metros a lo largo del paseo, lleno de turistas que disfrutan de helados y de la brisa del mar. Pronto llegan a los pies del hotel Gran Sol, un edificio emblemático por su altura y por el dibujo del sol en su fachada sur. Aprovechan las veintiséis plantas de ascensor para retocarse el maquillaje. Cuando suena la campana, la puerta se abre y un camarero las conduce a través del salón hasta una mesa próxima al balcón, que ofrece una hermosa y espectacular panorámica de la ciudad. Las chicas se asoman antes de sentarse.

—¿Te gusta el lugar?

—Es impresionante. Las vistas son increíbles.

—Aquel es el castillo de Santa Bárbara. Si te apetece, podemos visitarlo un día. Merece la pena. Enfrente está la playa del Postiguet, por donde pasamos antes. Todo el saliente al mar es el hotel Meliá y una zona de ocio que hicieron años después. Es terreno ganado al mar, igual que aquello de la derecha, el Club de Regatas y un centro comercial.

—¿Y qué me dices de esos yates?

—Pues que valen un ojo de la cara. —Ambas sonríen—. Me encanta pasear por el puerto. Digamos que es la zona más turística de la ciudad. Luego podemos dar un paseo. Por la noche es aún más bonita que de día, al menos para mí. Venga, vamos a sentarnos.

—Buena idea. Que nos den rápido de cenar, nunca se sabe si tu teléfono sonará y tendrás que largarte pitando.

El restaurante es uno de los más prestigiosos de la ciudad, conocido por su exquisita cocina

mediterránea en un ambiente relajado y agradable.

—¿Te apetece vino? —pregunta Marta.

—Vaya, has cambiado bastante en estos años. ¿Desde cuándo te gusta el vino?

—Como máximo tomo un par de copas, que enseguida me sube el alcohol. Hace tiempo salí con un chico que era un entendido en vinos.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Vamos, Marta, háblame de él, jolines.

—Era un futbolista profesional. Fichó por el Sporting de Gijón cuando ascendió a primera división. Nos conocimos por casualidad, la relación iba bien hasta que cambió de equipo y todo se desmoronó.

—¿Y qué me dices de ahora?

—Veo que te interesa mi vida sentimental, cotilla.

—Somos adultas... Además, vi lo que había en la papelera.

El camarero interrumpe la conversación y toma nota de la comida. Después, Marta retoma la palabra.

—Tengo un amigo... Nos vemos de vez en cuando. A él también le gusta el vino y solemos hacer excursiones en moto para visitar bodegas y probar vinos.

—¿Cómo se llama?

—No te lo voy a decir.

—Venga, al menos dime a qué se dedica.

—No es nada serio, así que cambiemos de tema. ¿A qué piensas dedicarte?

Lara esconde la sonrisa.

—En la prisión hice un curso de peluquería. Tal vez busque trabajo de eso.

—He visto que se te da bien, pero con tu formación, ¿por qué no buscas algo mejor?

—No empieces a agobiarme, eh.

—Estudiaste Derecho en la Universidad San Pablo de Madrid. Hablas varios idiomas; pasaste diez años en academias e hiciste un Erasmus.

Lara tuerce el gesto.

—¿Vas a echármelo en cara?

—No es mi intención, créeme. Pero siempre tuviste todo de cara, y ahora que se te ponen las cosas un poco cuesta arriba, decides tirar por el camino más fácil.

—¿Fácil? ¿Crees que alguien me contratará? Me pondrán de patitas en la calle en cuanto descubran que acabo de salir de la trena.

—Puedes opositar.

—¿Opositar? Mi cerebro está desengrasado, no podría memorizar ni el menú del restaurante. Además, ¿de qué viviría mientras tanto?

—¿Ya no tienes dinero?

—¡Qué va! No tienes idea de lo cara que es la vida entre rejas.

—¿En serio?

—Tú envías a la gente allí, pero no tienes idea de lo que se cuece dentro. Cada día toca luchar por ganarte el respeto, y si hace falta coquetear con la gente chungueta, pues toca pasar por el aro. Aquello no es un hotel, qué va, es lo más parecido a ser un gladiador en un antiguo circo romano.

—Si me permiten, les serviré la bebida —interrumpe el camarero.

Las hermanas siguen el protocolo de probar el vino y dejan escapar sonrisas que alivian la

tirantez del encuentro.

—Este espumoso entra como una golosina. Hace unas semanas visité la bodega. Podría llevarte a una cata, es divertido —propone Marta.

—Prefiero la cerveza, pero está riquísimo. He estado pensando en pasar una temporada con la tía Maite en Guardamar. Allí buscaré trabajo y veré a dónde me lleva la vida. Tal vez encuentre un novio futbolista.

—Puedo presentarte a varios. El problema es que todos los que conozco viven lejos y llevan una vida nómada. Unos meses en una ciudad, varios años en otra... Si te gusta ese estilo de vida...

—Una vida inestable, como la tuya, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —pregunta Marta.

—Supongo que para ti será complicado llevar una relación y hacer planes. Siempre estás pegada al teléfono... Lo has mirado al menos cinco veces desde que nos hemos sentado.

Lara tiene razón. En el fondo, Marta sabe que su vida gira en torno a su carrera profesional. Posterga pensar en ello una y otra vez.

—Estoy inmersa en un caso muy importante, bajo mucha presión. Tú misma has visto mi nombre en televisión.

—¿Eres feliz?

Marta inspira profundamente. Quiere responder que sí, incluso comienza a pronunciar un «sí», pero la pregunta es tan profunda que le causa dudas. Lo refleja con varios segundos de silencio mientras lleva la copa de vino a sus labios.

—No he visto recuerdos ni fotografías en tu casa. Está tan limpia, blanca y vacía que me hace pensar...

—Deja de decir estupideces —se defiende Marta—. No vengas ahora a ejercer de hermana mayor, que no toca. Nunca estuviste a la altura, y dudo que seas la persona adecuada para dar consejos.

La última frase resuena en la cabeza de ambas hermanas. Marta, con los ojos cristalinos, se refugia en sus pensamientos y bebe la copa de vino de un trago.

A Lara le cuesta tragar el trozo de pan que tiene en la boca, pero lejos de achicarse, toma aire y apoya los antebrazos con fuerza en la mesa. Mira a su hermana.

—El pasado duele, lo sé. Me persigue desde hace mucho. Papá fue un hijo de puta, un maltratador y un desgraciado.

—Pero te posicionaste de su lado, maldita sea, Lara. ¿Cómo pudiste hacerlo?

—No tengo ni idea. Estaba cegada, él...

—Él te compraba y te llenaba los oídos de halagos. Siempre fuiste su preferida. Te dio todo lo que a mamá y a mí nos negó. Mientras tú estudiabas en la mejor universidad, nosotras sufríamos sus atrocidades. Era un demonio que se disfrazaba de ángel cuando tú llegabas. ¿Cómo no pudiste verlo?

Lara lucha por controlar los temblores y reprimir las lágrimas. Desvía la mirada hacia la bahía de Alicante mientras procesa el último reproche de su hermana.

—Al final me lo cargué. Le clavé un machete en el corazón y quemé la casa con él dentro. ¿No es suficiente para ti? ¿Vas a pasarte toda la vida recordándomelo?

El camarero aparece con los entrantes, y Lara se levanta de la silla para ir al aseo.

Marta toma aliento y revisa su teléfono para olvidar la salida de tono de su hermana. Un mensaje de Silvia informa que la Guardia Civil de El Campello no ha encontrado el Volkswagen

Golf de Marc Gilabert en las inmediaciones de la playa de Muchavista.

Lara regresa y ambas comen los entrantes en silencio, sumidas en sus pensamientos como dos extrañas. La velada se acompaña del suave ritmo de piano que se escucha desde los altavoces, mientras los comensales alternan entre la cena y paseos al balcón para contemplar la ciudad desde lo alto.

Lara está ansiosa por fumar y observa a su alrededor buscando a alguien que también fume. Desde que volvió del baño, se la nota inquieta, ha llenado su copa de vino varias veces y come con ansiedad. Los letreros en la pared dejan claro que está prohibido fumar, y eso la pone aún más nerviosa.

—¿Vas a responderme? —Marta pregunta y reanuda la disputa que llevan años aplazando. Ha esperado mucho tiempo este encuentro y se ha propuesto aclararlo todo de una vez.

—¿Me arrodillo y te imploro que me perdones?

—No es necesario. Solo quiero ver un poco de arrepentimiento en ti. Trataste a mamá como una mierda, ¿o ya no lo recuerdas? La pobre estaba enferma, y mientras el cabrón de nuestro padre gastaba el dinero en las tragaperras y en pagarte las vacaciones en Brighton, yo trabajaba en tres sitios para sacar la casa adelante y comprar las medicinas de mamá. Tenía cáncer, por si acaso lo olvidaste.

—Yo no era consciente...

—¡No digas tonterías! —Marta eleva la voz, llamando la atención de la mesa de al lado—. Fuiste egoísta.

—Tardé en darme cuenta de lo malo que era papá.

Marta da una bocanada de aire. Ha dicho lo que se había estado guardando durante tanto tiempo y se pregunta si debe hurgar más en la herida o pasar página. Señala a su hermana con el tenedor y continúa.

—Al menos abriste los ojos, aunque fuera tarde.

—No me puedo creer que hayas dicho algo positivo sobre mí.

—Tengo un odio desgarrado hacia él, ¿lo entiendes? Lo único bueno que hizo por mí fue pagar mi tratamiento de ortodoncia.

—Mira que estabas fea, ¿cómo te llamaban?

—Robocop. —Marta sonríe y balancea la cabeza al recordarlo.

Ambas toman un sorbo mientras les sirven los platos principales.

—¿Pedimos otra botella? —pregunta Lara.

—Perdona, pero ya voy bien. Estoy segura de que si bebo una copa más, me sentará mal.

—Por curiosidad, ¿estás de servicio en este momento, verdad?

La pregunta le recuerda a Marta que aún no ha respondido a su hermana cuando le preguntó si era feliz.

—Estoy de servicio veinticuatro horas al día; es un trabajo muy exigente. Aunque también es cierto que cuando no tengo un caso puedo estar varios días relajada, pero como tú dices, es imposible llevar una vida ordenada. ¿Has oído hablar de la crisis de los treinta?

—Supongo que te refieres al reloj biológico.

—El mismo. Ayer cumplí treinta y dos años, y aunque nadie en mi entorno me presiona, sé que si quiero ser madre, no debería esperar mucho.

—La pregunta que debes responder es si quieres ser madre.

—Me agobia pensar en ello. Ahora mismo me estoy poniendo nerviosa; no sé por qué he sacado el tema.

—En ocasiones pienso que más de una vez has deseado que sufra las peores torturas, pero hay algo que no ha cambiado: sigo siendo tu hermana. Quizás no estuve a la altura en el pasado, pero nunca es tarde para aportar un granito de arena.

—No sé por dónde pillarte —sonríe Marta—. A veces eres grosera y asquerosamente despreciable, y otras veces te pareces a la mejor amiga que nunca tuve. Te quiero y te odio por igual, ¿qué hago?

—¿Qué te parece si vamos al balcón a tomar un poco de aire?

Afortunadamente, la cena finaliza con un emotivo abrazo que dura el tiempo que el ascensor tarda en descender las veintiséis plantas de altura.

—Son las once y media —dice Marta.

—¿Vamos a tomar una copa?

—Mañana tengo que madrugar. Debo estar en el aeropuerto a las once.

—Vamos, solo una copa rápida. Habrá que lucir un poco los vestidos, mostrar a las Escudero en acción.

—Bueno... Te vienes arriba muy rápido. Se nota que vas a fumar pronto. Una copa, pero te llevaré a un lugar con un ambiente genial.

—No hace falta ir muy lejos.

—Está cerca de casa. Vamos a la zona del Golf.

23:59. Discoteca Snorkel. Playa de San Juan de Alicante.

Cuando Lara propuso tomar una copa, Marta eligió la zona de ocio conocida como «el Golf». Además de compartir más tiempo con su hermana, tenía curiosidad por ver las amistades de Canella. Silvia le había recordado por mensaje que el joyero estaría allí.

Las hermanas se abren paso entre la multitud que toma copas y baila al ritmo de sonidos electrónicos. Jóvenes de cuerpos esculturales animan desde lo alto de las plataformas. Marta se detiene y escanea cada hombre que aparece en su campo de visión en busca de Canella.

Un chico con una sonrisa seductora se aproxima a ellas con unos folletos en la mano. Moreno y con un físico fibroso las saluda como si las conociera de antes. Lara le responde con dos besos. Marta, que sigue centrada en su búsqueda, le devuelve el saludo sin mirarle a la cara.

—Chicas, ¿me dejáis invitaros a unos chupitos? ¿Sois de aquí?

Lara le sigue la corriente y conversa con él. El chico resulta ser el relaciones públicas del local y no tarda en rellenar un folleto para canjearlo en la barra.

—Oye, voy un momento al aseo, ¿me esperas aquí? —pregunta Lara a su hermana.

—Vale, estaré en aquella esquina, junto a la barra azul. —Marta señala a la zona reservada para los clientes VIP.

Marta se cruza con un par de chicos que le lanzan piropos. Uno de ellos le extiende la mano para bailar, pero ella lo esquiva negando con la cabeza y continúa hacia la barra azul.

Un hombre trajeado y con gafas de sol custodia el acceso. Una cortina semitransparente preserva la intimidad, y desde la posición de Marta no se puede ver quiénes están adentro. La única forma de saber si Canella está allí es traspasar el control de seguridad.

—Hola, guapa, ¿qué tomas? —pregunta el camarero al ver a Marta apoyada en la esquina de la barra.

La inspectora se gira, pensativa.

—Un amigo me invitó al reservado. Le estoy llamando, pero no responde. ¿Sabes cómo puedo encontrarlo?

El camarero la escanea de arriba abajo. Por la forma de mirarla, Marta deduce que el joven la confunde con una mujer de compañía. Él se gira para coger una libreta y la coloca en la barra, justo frente a ella.

—Dime el nombre de tu amigo.

El chico le pone en un dilema profesional. No puede dar el nombre de Canella, o la descubriría en pocos segundos y todo se iría al traste.

—Cuando me contrataron, me dijeron que se llamaba José —dice, mirando la hoja.

El dedo índice del camarero recorre la página en busca del nombre. Marta lo sigue con la mirada. Ve cómo cruza la línea donde está escrito «Canella». El camarero se aproxima al final del listado sin encontrar ningún José.

—Perdona, menuda cabeza tengo. José se llamaba el de ayer, el de hoy es Antonio Parra. Busca a ver si está Antonio Parra —comenta al leer ese nombre a mitad de página.

—Sí, aquí lo tengo. Espera que hable con el portero.

Ambos conversan a través de sus respectivos pinganillos.

Marta recuerda a su hermana. No quiere involucrarla en problemas y mucho menos explicarle que la ha llevado a ese local para investigar a un sospechoso. Mira hacia la pista de baile, pero no la ve.

—Puedes pasar —dice el camarero—. Déjame tu mano izquierda, tengo que ponerte esta pulsera. —Muestra un trozo de papel plastificado similar al que usan en los hoteles con todo incluido—. Tu amigo debería estar en la mesa siete, al entrar a la derecha.

Marta accede a la zona reservada con la esperanza de regresar pronto al otro lado y reunirse con su hermana. Lo más importante para ella es encontrar a Canella sin levantar sospechas. Es un espacio de doscientos metros cuadrados que cuenta con una docena de mesas rodeadas de sofás, una pista de baile y varias camareras ataviadas con poca ropa que sirven cócteles y botellas de cava.

Los espacios están separados por cañas de bambú para preservar la privacidad. Marta no puede ver quién está en el interior, a menos que cruce el pasillo y se detenga junto a cada macetero.

Decide caminar unos pasos hacia la pista de baile, donde una docena de personas están bailando. Hay varios butacones y cuatro mesas altas con taburetes. Un letrero que indica la ubicación del baño antecede a la única barra, iluminada con luces amarillas. Marta se aproxima sin dejar de observar a los pocos hombres que hay en la pista.

—¿Te falta algo? —pregunta una camarera desde el otro lado de la barra.

—Una tónica, gracias.

Una chica llega a la barra. Parece novata.

—Necesito que me prepares un gin de Martin Miller, un Cacique con cola y un mojito especial para Canella. Dice que sabes cómo le gustan.

Marta escucha el nombre y sigue de cerca a la camarera mientras prepara el mojito. Al mismo tiempo, toma el vaso de tónica y empieza a moverse al ritmo de la música. Saca su teléfono móvil del bolso y se alegra de no tener ninguna notificación. Sabe que su hermana la llamará en cuanto no la encuentre en la barra azul.

La camarera coloca el mojito en la bandeja y Marta activa la grabadora de vídeo de su teléfono móvil, reduciendo al mínimo el brillo de la pantalla. Luego, lo apoya en el borde del bolso y sigue a la camarera hasta la mesa número uno, que está en la esquina. La chica se detiene para decir unas palabras. Marta se aproxima a su lado sin mirar a los sofás donde, en teoría, debería estar Canella. Discretamente, desplaza su teléfono para capturar a todos los presentes.

La camarera termina de servir las copas y se da la vuelta para retirarse, pero Marta le corta el paso.

—Hola, perdona, es que... ¿Qué te iba a decir?... —Marta se escuda en la chica para poder ver quién está sentado en el reservado. Con un rápido vistazo, ve a Canella, que lleva un traje negro y una camiseta blanca, acompañado por un hombre mayor que él, de piel oscura, cabello rizado y expresión seria. A su lado, hay otro hombre de complexión fuerte que bebe una botella de agua y revisa su teléfono—. ¿Dónde está el aseo? Estoy un poco mareada. —Muestra su vaso.

—Sí, claro. —La camarera se gira y extiende el brazo para señalar el letrero que hay al lado opuesto, por encima de la posición de Canella.

Apenas cruza la mirada con el joyero por un instante, lo suficiente como para que él pueda reconocerla. Marta reacciona de inmediato y le da la espalda, como si no lo hubiera visto. Camina con paso normal hacia el aseo para no levantar sospechas. Trata de memorizar el rostro del hombre que acompaña a Canella cuando, a lo lejos, ve a su hermana caminando con un chico.

Lara ríe a carcajadas como si hubiera escuchado un chiste.

Marta se detiene junto a una mesa alta y sigue a Lara con la mirada. Observa cómo se acerca al área de reservados, giran por el último pasillo y luego pasan por delante de la mesa número seis, por la cinco, por la cuatro.

—Lara, no me jodas. Lárgate de ahí, lárgate de ahí ahora mismo —ruega Marta desde la distancia, enfurecida.

Lara y el chico que la acompaña se detienen en el número dos, justo al lado de Canella, y permanecen de pie, hablando con las personas que están en los sofás.

Marta coge su teléfono móvil y detiene la grabación. De inmediato, llama a su hermana, pero el sonido de la música está demasiado alto y es poco probable que Lara pueda escucharla. Marta sigue intentándolo; espera que Lara vea las llamadas perdidas y salga de allí.

Lara sonríe y eso enfurece aún más a Marta, que valora si debe acercarse a la zona de reservados y llevarse a su hermana a la fuerza. De un momento a otro, Lara tomará asiento en el sofá, así que Marta decide caminar hacia aquel lugar, pero sin pasar frente al reservado número uno. Lo hace a paso rápido, con el vaso de tónica a punto de desbordarse.

Marta no aparta los ojos de su hermana, que parece ajena a su presencia y se divierte con el chico. Le faltan solo unos metros para encontrarse con ella y toma aire, decidida a sacar a su hermana de allí.

—Te encontré. —Marta apoya el brazo sobre el hombro de Lara—. Me he vuelto loca buscándote. ¿Nos vamos?

Lara la observa con una sonrisa brillante y mirada distraída. Marta se da cuenta de que su hermana está drogada.

—Qué bien que estés aquí —acierta a decir Lara, que abraza a su hermana por la cintura—. Voy a presentarte a unos chicos.

Hay cinco hombres en los sofás, que las observan mientras se humedecen los labios. Marta sabe que ambas están en peligro y necesita reaccionar con rapidez sin llamar la atención. Tira del brazo de Lara con fuerza y logra separarla del chico que la acompaña.

—Ven conmigo al aseo, necesito tu ayuda.

Marta reconoce el rostro del hombre que estaba con Lara. El recuerdo es muy reciente.

Alguien aparece junto al macetero y llama a uno de los hombres que hay en los sofás. La voz le resulta familiar a Marta: es Canella.

Marta aprovecha la distracción para agarrar a Lara por la cintura y tirar de ella con fuerza, y la obliga a seguirla hacia la salida de la zona reservada. No mira atrás, acaba de recordar que el chico que estaba con Lara era el mismo que por la mañana le dijo que se apartara de la puerta de la joyería. Deduce que el equipo de seguridad privada de Canella ocupa el reservado número dos, lo que complica aún más la situación. Lara se ha expuesto ante esos hombres y eso no es bueno en absoluto.

Ambas abandonan la discoteca y, a regañadientes, Lara accede a subir a un taxi que las lleva de regreso al apartamento.

22 de agosto de 2015

2:25. Avenida Bruselas. Playa de San Juan. Alicante.

Marta está muy enfadada. Una vez dentro de su apartamento, camina al dormitorio y regresa a la cocina con la mochila de su hermana: la vuelca sobre la mesa.

Lara se escandaliza.

—¿Qué coño haces?

Marta le quita el bolso de mano y lo vacía con el resto de cosas. Lanza al suelo unos pantalones, un sujetador, tres paquetes de tabaco, un desodorante, un par de chancas...

—Dame eso —exige Lara, extendiendo el brazo para coger tres trozos de papel de aluminio plegados como chicles.

—¿Cuándo pensabas decirme que te drogas?

—A ti no te importa.

—Claro que me importa.

Marta coge los trozos de papel de aluminio y los vacía en el fregadero, mientras escucha a su hermana gritarle antes de empujarla hacia un lado.

—¡Ni se te ocurra tirarlos! —reacciona Lara de manera violenta.

Marta los deja sobre la encimera de la cocina.

—Así que estás enganchada... En el aseo del restaurante te metiste una raya, ¿verdad? Saliste agitada de ahí, me di cuenta, pero no quería pensar que te habías drogado.

—Estoy dejándolo, joder.

—Con razón dijiste que la vida en la cárcel era cara, ¡no te fastidia!

—No tienes ni idea de lo que ocurre allí dentro.

Marta abre la nevera y saca una botella de agua.

—Ven, siéntate aquí a mi lado, vamos a hablar.

Lara sigue jadeando, las lágrimas dibujan dos líneas de maquillaje que descienden por las comisuras de los labios.

—Venga, siéntate y bebe, necesitamos calmarnos.

—No he hecho nada malo, solo me entró el mono y pregunté dónde conseguir. Un tío me invitó a una raya y luego a tomar algo con sus amigos.

El golpe que Marta da sobre la mesa enmudece a Lara, quien mira el rostro enojado y desafiante de su hermana.

—Los tipos con los que estabas son peligrosos.

—¿Qué estás diciendo?

—Trabajan para el dueño de la joyería que asaltaron esta mañana. Son mafiosos, Lara, mafiosos —enfatisa Marta con seriedad.

Ambas beben agua, necesitan tomar aire y aclarar la mente.

—¿Qué hacías en la zona VIP? —pregunta Lara.

—Estaba esperándote en la barra azul, cuando el dueño de la joyería pasó por delante de mí. Lo seguí para ver con quién se reunía.

—¿No me llevarías a la discoteca para investigar a ese tío?

—Te juro que fue pura casualidad. ¿Cómo iba a saber que estaba allí? Pero no te salgas del tema: quiero que dejes las drogas.

—Ya te he dicho que estoy en ello. —Lara responde con voz sombría.

—No te creo —afirma Marta con seriedad—. Cuéntame cómo se llama el tío que te llevó al reservado, qué te contó y de qué hablaban sus colegas. Esfuérzate, por favor. Cualquier detalle es importante.

—Déjame que me refresque la cara y te cuento.

Lara se incorpora y camina al aseo. Mientras tanto, Marta aprovecha para consultar el teléfono y ve que tiene dos llamadas perdidas de su compañero Teo. Una a las doce y media y la otra a las dos menos cuarto. Sin dudarlo, marca su número.

—¿Te pilló durmiendo? —pregunta ella.

—Eso quisiera yo, dormir.

—Ya somos dos —dice Marta—. He visto tus llamadas.

—Tengo noticias de los compañeros de Madrid. Han averiguado quién es el hombre de la foto que me pasaste, el que aparece con la niña en brazos en el edificio del incendio. No te lo vas a creer, se llama Julián y es el hermano menor de Diego Canella.

—¿En serio?

—Los de científica registraron veintitrés huellas en los dos apartamentos, y de todas ellas tienen localizadas una docena, entre las cuales está la de Julián.

—Entonces, hay que darse prisa. Tenemos que encontrarlo cuanto antes. ¿Has hablado con el comisario?

—No he querido precipitarme, prefería consultarlo contigo.

Lara regresa y se sienta frente a Marta, que sigue concentrada en la llamada.

—Vale. Vamos a hacer una cosa. Ahora mismo voy a llamar al comisario para que hable con el inspector Olmedo y organice un dispositivo para localizar a Julián Canella.

—¿Olmedo?

—Él lleva el caso del tiroteo y supongo que no le importará echarnos una mano. Nosotros tenemos otro plan. ¿Puedes escaparte de casa un rato?

—Mi mujer te odia.

—Ya lo intuía. Voy a aprovechar la llamada con el comisario para que me autorice una visita a la discoteca Snorkel.

—¿Hablas en serio?

—Sí, ahora te enviaré un vídeo. No te arregles demasiado, con ir de paisano basta. Nos veremos allí en veinte minutos, y trae un disco duro.

Marta corre hasta el armario para cambiarse de ropa, luego se recoge le pelo en una coleta y entra en el baño.

Lara la observa limpiándose el maquillaje de la cara y le pregunta:

—¿Te vas?

—Hay novedades, vuelvo a la discoteca.

—¿Te cuento quién era ese tío?

—Resúmelo en un minuto.

—Fue casualidad, yo salía del aseo y al pasar por el de los tíos, la puerta estaba abierta y lo vi inclinado, con la nariz rozando el lavabo. Me esperé a que saliera y le pregunté dónde podía conseguir material. Entonces me metió en el aseo y cerró la puerta. Todo fue muy rápido.

—¿Qué hicisteis?

—Sacó una papelina, la puso sobre la tapadera del váter y me agaché para esnifarla mientras él me tocaba el culo.

—No pierdes el tiempo, ¿eh?

—Luego me invitó a tomar una copa.

—¿Cómo se llama?

—Dani.

—¿Te dijo algo más?

—No, solo que estaba con unos colegas y que si me apetecía podíamos pasar la noche juntos.

—Ya veo lo rápida que eres.

—No sé qué droga era, pero me subió muy rápido.

Marta está lista para salir. Abre el cajón de la mesita de noche, coge su placa y su arma.

—¿No viste ningún detalle más en él?

—Sí, un tatuaje en la muñeca. Me reí mucho cuando lo vi. Le pregunté si acaso él era un hombre lobo. Llevaba escritas...

—Las letras «Au» en la muñeca, ¿verdad? —interrumpe Marta.

—¿Cómo coño lo sabes?

—Todos los de la banda tienen tatuadas esas letras en la muñeca. «Au» es el símbolo del oro en la tabla periódica.

—¡No había caído!

—Sí —sonríe Marta—. Y tú pensando que «Au» era el aullido del lobo, desde luego... ¿Ves por qué las drogas no son buenas?

—Menuda metedura de pata.

—Una cosa, es probable que esos mafiosos me hayan reconocido y no quiero exponerte.

—¿Estoy en peligro?

—Tranquila, que no los verás más, pero es mejor que te vayas a casa de la tía Maite. Mañana tengo que estar en el aeropuerto a las once. Vendrás conmigo y luego te acercaré a Guardamar, ¿te parece bien?

—Lo que tú digas.

2:50. Discoteca Snorkel. Playa de San Juan. Alicante.

Teo bosteza al ver a Marta, recordando la bronca que acaba de recibir de su mujer. A pesar de llevar cuatro años casados, ella no se acostumbra a los horarios laborales de su marido. Ambos tienen un bebé de pocos meses que ha alegrado y trastocado sus vidas a partes iguales.

Marta está concentrada en su teléfono, a la espera de que el comisario Albízar autorice el registro de la discoteca. No despegla la vista de cada persona que pasa a su lado.

—¿Te dio tiempo a ver el vídeo que te envié? —pregunta ella.

—Sí, ¿lo grabaste tú?

Marta asiente con la cabeza y Teo lo reproduce.

—Páralo. —Marta cubre el micrófono del teléfono y habla en voz baja—. Quiero saber quién es ese tío de ahí, el moreno de pelo rizado.

—La imagen está oscura, le falta calidad.

—Por eso estamos aquí.

Albízar informa que el juez ha dado su consentimiento, aunque la autorización tardará unos minutos en llegar.

—Vamos, Teo.

Al mostrar su placa oficial, el portero reacciona rápidamente y se lleva la mano al pinganillo. Un hombre se presenta como Saúl, tiene la cabeza rapada, gafas de vista y lleva una camiseta con el logotipo de la discoteca grabado en el pecho. Acompaña a Marta y a Teo a una pequeña sala que hay junto a la entrada.

—Aquí estamos más tranquilos.

—Buscamos a un delincuente peligroso, no puedo darte detalles, pero te diré que ha estado hoy en tu local. Si colaboras, te prometo que no causaremos problemas. Solo queremos revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad. Nadie tiene por qué enterarse de que hemos estado aquí.

Saúl observa a Teo y a Marta sin mucha convicción. Hasta donde recuerda, nunca antes había estado la Policía en la discoteca, al menos buscando a un delincuente.

—Supongo que traeréis una orden.

Marta suponía que no iba a ser fácil convencer al encargado de una discoteca donde hay más de quinientas personas en su interior.

—El juez ha autorizado el registro del local y tengo permiso de mi superior para cerrarlo si fuera necesario. En cualquier momento recibiré el documento en mi móvil. Podemos esperar sentados mientras perdemos el tiempo y nos ponemos de mal humor, o, mejor aún, adelantamos trabajo revisando las cámaras y grabaciones sin levantar sospechas. —Saúl sigue dudando—. Escucha, Saúl, ya te he dicho que es mejor que nadie se entere. Solo queremos comprobar que esa persona ha estado aquí y grabar las imágenes en un pen drive. Luego nos iremos y no volverás a saber de nosotros.

—Lo siento, pero poneos en mi lugar...

—Calmaos, por favor —interviene Teo Serralba—. Voy a llamar al comisario y le diré que

hable contigo. ¿Te importa si te paso a nuestro superior, el comisario Albízar?

—Lo prefiero. Entended que...

—¿Cuánto tiempo llevas siendo encargado? —pregunta Marta mientras Teo llama al comisario.

—Dos años.

—En todo ese tiempo, ¿no habéis tenido problemas de drogas?

—Intentamos mantener lejos a los camellos. Este local tiene buena reputación.

Marta recuerda a su hermana y lo fácil que le fue conseguir droga. Está a punto de profundizar en el tema, cuando Teo le pasa el teléfono a Saúl.

En menos de un minuto, el comisario logra convencer al encargado, quien sale por la puerta con Marta y Teo hasta la oficina de seguridad.

En un almacén lleno de cajas de bebida, un hombre observa tres monitores con una veintena de imágenes correspondientes al circuito cerrado de televisión.

—Rober, quiero que atiendas a estas personas, son policías.

Teo toma asiento junto a él.

—¿Cuáles son las cámaras de la zona VIP? —pregunta Teo.

—¿Por qué la zona VIP? —reacciona Saúl.

—Te he dicho que buscamos un pez gordo —responde Marta—. Estamos seguros de que no anda sudando entre la multitud. Lo más probable es que se encuentre sentado en un sofá, cerrando algún trato entre mujeres guapas y disfrutando de un buen whisky maltés.

Rober señala a un monitor que muestra nueve cámaras. Ninguna de ellas apunta a los reservados, sino a áreas comunes como pasillos, barra, pista de baile y almacén.

Marta se ubica y detecta las cámaras que podrían haber grabado a Canella y al hombre que lo acompañaba.

—¿Toda esta gente ha entrado a la zona reservada por el lado de la barra azul?

—Sí —responde Rober.

—Entonces esta cámara de aquí debería haberlos registrado —deduce Marta.

Teo se gira hacia el encargado:

—Saúl, ¿esta zona tiene acceso al exterior?

—Sí, una puerta de emergencia.

—¿Y nadie entra ni sale por ella?

Rober y Saúl no responden.

—Venga, chicos, vamos a averiguarlo de todas formas —comenta Marta.

Saúl duda, pero finalmente habla.

—Entenderéis que no puedo dar nombres. Aquí vienen famosos, millonarios... Personas que quieren discreción y cuidan mucho su anonimato.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Teo, asombrado.

—La finalidad de tener cámaras de seguridad es controlar lo que sucede en vivo, como peleas y percances, ya sabéis. Las grabaciones permanecen en un disco duro durante un mes. Es por si necesitamos revisar un evento específico, como investigar a un empleado que esté invitando a copas, robando dinero o cosas por el estilo. Pero en lo que respecta a la zona VIP, ya os he dicho que debemos proteger la privacidad de los clientes, por eso los vídeos se borran de manera automática cada hora.

—O sea, si no entiendo mal —dice Teo consultando su reloj—, son las tres y trece, lo que significa que disponemos de imágenes de la zona VIP desde las dos y trece.

—Dos y catorce —matiza Marta—. No podemos perder tiempo con el directo. Teo, tenemos que copiar las grabaciones, rápido.

Saúl apoya sus manos en los hombros de Rober y señala la pantalla.

—Rober, ayúdales en todo lo que necesiten.

Teo y Rober empiezan a teclear con urgencia. Saúl anima a Marta a dar unos pasos atrás.

—Inspectora, dime qué buscas y estoy seguro de que te puedo ayudar.

—Canella.

Saúl se lleva la mano a la nuca. Por su expresión, Marta deduce que se imaginaba a quién estaba buscando.

—¿Qué quieres saber?

—¿Viene mucho por aquí?

—Es un fijo de los viernes. Creo que viene a hacer tratos con gente singular, de esa que no da buena espina. Pero a nosotros no nos importa. Las mesas cuestan seiscientos euros por noche y suele reservar dos.

—¿Siempre va escoltado?

—Últimamente lo acompaña un tipo...

—¿Dani?

—Sí, Dani. Él es quien se encarga de todo, digamos que es su asistente, su guardaespaldas...

—¿Desde cuándo lleva un séquito consigo?

—Hará cosa de dos meses comenzó a reservar dos mesas. Desde entonces, no se levanta del sofá ni para ir al aseo. Se ha vuelto muy desconfiado.

—¿Aún está aquí?

Saúl pregunta por el pinganillo a uno de los hombres de seguridad.

El teléfono de Marta vibra; es un correo electrónico del juez con la autorización para intervenir en la discoteca Snorkel. Ella muestra el mensaje a Saúl, quien afirma mientras habla por el auricular:

—Se fueron hace unos quince minutos.

—¿Cómo no me los he cruzado?

—Porque salieron por la puerta de emergencia. Justo al lado hay un acceso al parking; tenían sus coches allí.

—¿Sabes quién era el invitado de hoy?

—Ni idea. También entró por la puerta de emergencia.

—¿Hay cámaras en el parking?

—No hay ninguna en la escalera que da acceso a la puerta de emergencia. Ya te he dicho que cuidamos mucho la privacidad de los clientes.

—Malditos pijos —comenta Marta.

—Sí, eso es —sonríe Saúl—, para nosotros son benditos pijos.

Teo se levanta de la silla y llama la atención de Marta con la mano en alto.

—Jefa, ya tengo grabadas las imágenes de toda la noche y de la última hora en la zona de reservados.

—Estupendo. Saúl y compañía, muchas gracias por vuestra ayuda. Si quieres, te reenvío el mail con la autorización.

—No es necesario —responde Saúl, veloz—. Como si nunca hubierais estado aquí.

—Que así sea.

—Os invitaría a una copa, pero...

—Estamos de servicio.

—Lo imaginaba.

Marta se gira y bloquea el paso a Saúl.

—Una última cuestión. Canella tiene un hermano, creo que se llama Julián. ¿Qué puedes decirme de él?

—Dejó de venir por la misma época en que Canella empezó a traer a más escoltas.

—¿Cómo es?

—Lo he tratado poco. Julián siempre estaba a la sombra de su hermano, creo que tenía complejo de inferioridad.

7:30. Paseo de la Playa de San Juan de Alicante.

Marta apenas ha necesitado tres horas para cargar pilas. A las siete y media se levanta de un brinco. Desea quemar adrenalina y no duda en ponerse la ropa deportiva y salir a correr.

Amanece como un típico día de agosto en Alicante, con un cielo azul radiante y bañistas ansiosos por ocupar su espacio en la primera línea de la playa. Entre las palmeras, una corriente incesante de personas se desplaza a lo largo de los siete kilómetros del paseo marítimo que conecta la playa de San Juan y El Campello. Marta se suma a la multitud, comenzando con un ritmo veloz para intentar dejar atrás la ansiedad que la persigue sin tregua. No se siente tan en forma como de costumbre; la fatiga es evidente. La falta de descanso y las secuelas del humo en sus pulmones la obligan a reducir la velocidad.

Varios minutos después, se detiene en la playa de Muchavista, junto a la pasarela donde descubrieron el cuerpo de Marc Gilabert. Toma un respiro para recuperar el aliento y realiza estiramientos junto al chiringuito donde un hombre dispone sillas y mesas. Él la saluda amablemente.

—¿Cómo va el verano? —pregunta ella, sin abandonar los ejercicios de estiramiento.

—Muy bien. La semana que viene pegará el bajón, pero ya tengo ganas de descansar.

—Me enteré de la movida de ayer —dice Marta, aparentando interés.

—Sí, todavía nos dura el susto.

—Una amiga me dijo que la víctima estuvo en tu bar.

—Lo atendí yo. Era un turista con acento francés. Venía con una chiquilla.

—Solo de pensarlo me da escalofríos.

—Pues fíjate a mí... Se lo cargaron ahí mismo. ¿Ves al hombre que está de pie con la nevera? Fue más o menos por ahí.

—Oye, ¿puedes venderme una botella de agua?

El hombre entra en la barra. Marta saca su teléfono de la riñonera.

—Ahora que lo recuerdo, en Facebook han publicado una noticia. La he visto antes de salir a correr. Hay dos fotos, ¿las quieres ver?

—Claro. ¿El agua la quieres fría o del tiempo?

—Del tiempo, por favor. —Marta muestra una fotografía en la que aparecen Marc Gilabert y la niña en el parque acuático de Benidorm.

—¡Dios mío! Son ellos, míralos. Recordaba a la niña un poco más mayor, pero sí, ahí están. Qué triste.

—¿Cuánto te debo?

—Dos euros. Oye, tengo curiosidad por ver la otra foto —dice el hombre.

—Sí, claro, aquí está.

En la pantalla se proyecta la fotografía capturada por Fran Vallejo, el periodista, en la que la niña aparece en brazos de Julián Canella mientras escapan del edificio en llamas.

—Coño, a ese tipo lo conozco yo. ¿Tiene algo que ver con el asesinato?

—Según he leído, es un sospechoso. —Marta le sigue el juego—. Ahí está con la niña.

—Es verdad, joder, es la misma niña.

—¿Lo conoces personalmente?

—No, qué va. De octubre a mayo trabajo en un restaurante y ese hombre suele ir mucho por allí. Lo recuerdo perfectamente... Te vas a reír, pero toma el café de una forma peculiar. Siempre pide un café cortado, descafeinado de máquina, con la leche del tiempo, sacarina y un chorrito de coñac.

—Parece un hombre muy fino.

—Ya te digo, es de familia de pasta. Bueno, el restaurante no es precisamente uno de esos que ofrecen menú del día por diez euros.

—Tengo curiosidad por saber en qué restaurante trabajas, por si se presenta alguna ocasión especial.

—Claro, es Casa Romeu, está a espaldas del ayuntamiento de Alicante.

—Lo tendré en mente. Bueno, te dejo. Aún me queda un rato hasta llegar a casa.

Teo envía un mensaje a Marta para decirle que está en la oficina descargando los vídeos de la discoteca. También lo acompaña Vicente Pagán quien, como Silvia avanzó, ha llegado a las siete de la mañana. Marta responde con un *ok* y emprende la carrera en dirección a su casa. Repasa la conversación que tuvo temprano con el comisario Albízar, quien la informó de que el inspector Olmedo y su equipo visitarán a Julián Canella en sus dos domicilios: un lujoso ático frente al Real Club de Regatas y un chalet cerca de San Vicente del Raspeig.

El caso se vuelve cada vez más complicado y la investigación tiene tantas líneas abiertas que Marta necesita cerrar alguna. El comisario ha dejado claro que hoy quiere detenidos sin falta, ya que los medios de comunicación no paran de avivar el fuego y la opinión pública se ha obsesionado con el caso.

Marta pasa frente a la cafetería Paraíso y saluda a Joaquín, quien le dice que la ha visto en televisión, aunque ella le resta importancia. Al retomar la marcha hacia la urbanización, ve a Fran Vallejo sentado en el capó de su coche, leyendo un periódico.

—¿Qué haces aquí? —pregunta ella.

—Menudos modales. Buenos días, ante todo.

—Buenos días, ¿qué haces aquí?

Fran abre una de las páginas del periódico y se la muestra a Marta.

—Todo el mundo está escribiendo sobre ti, menos yo. ¿Cómo te va?

—Esto es mucho más grande de lo que pensaba.

—¿Tienes tiempo para desayunar conmigo?

—¿Con estas pintas? Ni hablar. Además, tengo que ir al aeropuerto dentro de un rato. He quedado allí a las once.

—¿Asuntos de trabajo?

—A ti te lo voy a decir...

—Ya veo. ¿Tu hermana sigue por aquí?

—Sí, pero hoy se marcha. En un rato la acompañaré a la estación de autobuses.

Fran no disimula la alegría ante la noticia.

—¿Quedamos para cenar?

—Es imposible. El día se presenta intenso, y créeme, no tengo tiempo para distracciones.

—¿Sabes algo sobre el hombre y la niña de la foto? —pregunta Fran, curioso.

—Sí.

—¿En serio? —Reacciona él, lleno de emoción—. ¿Y debo de enterarme por los periódicos? Recuerda que tengo que pagar este coche.

—A ver, voy a contártelo, pero que quede claro que no fui yo quien te lo dijo.

—No revelaré la fuente.

—El hombre de la foto es Julián Canella, hermano del gerente de la joyería que destrozaron ayer. Él es el principal sospechoso del asesinato de Marc Gilabert.

—Así se llamaba el hombre de la playa —dice Fran, pensativo.

—En unos minutos, un operativo especial actuará en las dos viviendas de Julián para detenerlo. Por ahora, no puedo decirte más.

—¿Me permites publicarlo?

—Espera hasta mediodía. Si no te he llamado para decirte lo contrario, puedes hacerlo.

—¿Y la fotografía?

—Públicala. Además, es tuya. Tienes los derechos, ¿verdad?

—¿Quién es Marc Gilabert?

—Creemos que trabajaba para la familia Canella. En serio, Fran, no insistas más, que no puedo contarte nada.

—Está bien. ¿No quieres tomar un café conmigo?

—De verdad, te lo agradezco, pero tengo mucho trabajo. Ya hablamos.

10:30. Vivienda de Julián Canella. Alicante.

El operativo estaba programado para intervenir a las nueve y media de la mañana, pero un problema con la ubicación del chalet y la obtención de un plano han retrasado la operación.

En la finca de El Moralet, en una partida rural de Alicante cercana a San Vicente del Raspeig, un equipo de la unidad de Intervención acompaña al inspector Olmedo, que repasa el plano proporcionado por el Colegio de Arquitectos. A su lado está el comisario Albízar, quien no ha querido perderse el operativo y ha insistido en que se grabe en vídeo. Sabe que las imágenes del arresto serán un alivio tanto para la población como para sus superiores y los políticos.

A ocho kilómetros de allí, Silvia se encuentra en el ático de la avenida de Ramón y Cajal de Alicante, junto a cinco agentes de la unidad de Intervención. Recibe la confirmación y, de pie frente a la mirilla de la puerta, presiona el timbre. Cuatro compañeros a su lado sostienen pistolas, esperando la señal para entrar en acción. En el rellano, frente al cuadro de telecomunicaciones, el sexto hombre aguarda instrucciones, listo para solicitar refuerzos o alertar a la ambulancia que hay aparcada cerca.

Nadie responde, y Silvia ordena abrir la puerta. Un compañero manipula la cerradura y abre con cautela. El interior aparece oscuro y silencioso, pero un pitido les advierte que la alarma está activada y sonará en breve.

Silvia da la orden, y el hombre del rellano corta la línea telefónica. Los otros cuatro encienden sus linternas y acceden a la vivienda con sus armas apuntando hacia delante.

De manera simultánea, el inspector Olmedo interviene en el chalet de El Moralet. La cerradura no está pasada y apenas necesitan girar la manivela para entrar. Lo que encuentran en el interior es desolador; parece que un huracán haya pasado por allí antes que ellos.

La cámara que pretendía captar la detención del hermano menor de Canella está grabando algo bien diferente: la dificultad de moverse por dentro de la vivienda. Muebles, electrodomésticos, cuadros, lámparas, ropa, papeles, cubiertos, botellas, comida... Todo está esparcido por el suelo. El responsable de este caos se ha asegurado de no dejar ni las lámparas del techo en su lugar. Forman parte del enjambre de escombros que hay esparcidos por todo el suelo del chalet. No han perdonado ni tan siquiera el jardín, que también ha sido arrasado. Maceteros, muebles, hamacas... Incluso una moto ha terminado en el fondo de la piscina.

El comisario se lleva las manos a la cabeza y pregunta a Silvia si ha habido mejor suerte en Alicante. Ella responde que no hay nadie en el piso y que, al menos, no han tenido que caminar sobre montañas de escombros. Después de desactivar la alarma y accionar las persianas eléctricas, el sol inunda la vivienda y comprueban que no hay nada fuera de lo común. Sus compañeros empiezan a registrar el ático en busca de pistas que puedan ayudar en la investigación.

—Acaban de encontrar una caja fuerte oculta en el fondo del armario del vestidor.

—¿Está empotrada en la pared? —pregunta el comisario por teléfono.

—Sí.

—Aquí también debió haber una caja fuerte, pero en lugar de abrirla, se la llevaron después de

arrancarla. No tengo ni idea de cómo lo lograron. Por sus dimensiones, debía de pesar al menos quinientos kilos vacía, así que no quiero imaginar cuánto pesaría si estuviera llena de oro.

—¿Dónde estaba?

—En la planta baja, oculta en un mueble. Es posible que la extrajeran con una transpaleta. Del salón a la calle no hay escalones, es todo llano. Voy a hablar con Marta; no le va a gustar nada lo que hemos descubierto.

—Comisario, espera, no cuelgues...

—¿Qué sucede?

—Estoy junto al televisor y tengo frente a mí una fotografía de Julián Canella en la que aparece con una mujer que supongo que es su esposa y, atención, la niña rubia que estamos buscando... ¡Mierda! Es la hija de Julián.

10:30. Estación de autobuses. Alicante.

Las hermanas han compartido el desayuno en el apartamento de Marta. Ella ha declinado la invitación de Lara, quien pretendía bajar a la cafetería Paraíso. La inspectora se ha excusado argumentando que tenía que estar en el aeropuerto a las once en punto y que no podía llegar tarde. En realidad, no quería exponer a Lara después de haber tenido contacto con la gente de Canella la noche anterior en la discoteca Snorkel.

—Tenías razón cuando dijiste que la moto es el mejor medio para moverse por aquí — comenta Lara, después de quitarse el casco.

—Vi en Internet que el siguiente autobús saldrá a las once y media. Siento mucho que tengas que esperar una hora. Yo te llevaría a Guardamar, pero es que...

—Tranquila, que te entiendo.

—No creas que me voy tranquila —confiesa Marta—. Los tíos con los que estuviste anoche son peligrosos.

—Venga, deja de preocuparte tanto, que sé cuidarme sola.

Marta observa a su hermana con la certeza de que oculta su tristeza bajo una fachada de seguridad. Sabe que los años en prisión le han dejado huella, y su adicción a las drogas no hace más que empeorar las cosas.

—Te voy a pedir un favor, así que escúchame con atención —dice Marta mientras Lara adopta una expresión más seria—. Quiero que compres el billete y te sientes en un banco a esperar la hora. No hables con nadie y mantente siempre visible. Si hay cámaras, colócate frente a ellas. ¿Entendido?

Lara reprime la risa. Hace años que nadie le habla de esa manera.

—Todo claro, inspectora.

—Llárame en cuanto llegues. Prometo visitaros cuando mi nombre deje de aparecer en los medios de comunicación.

—¿Has acabado ya? —Lara se impacienta.

Marta duda. En su interior, una voz le anima a despedirse de su hermana con un beso, pero otra voz le habla todavía más fuerte, insistiéndole a arrancar la moto y desaparecer lo más rápido posible.

El sonido del claxon de un autobús interrumpe el silencio, y Marta decide despedirse.

—Dale recuerdos a la tía Maite y llámame cuando llegues.

11:00. Aeropuerto de Alicante-Elche. El Altet.

Apoyada en la máquina expendedora de refrescos, frente al pasillo de llegadas, Marta espera a Claudine Gilabert. Según el panel informativo, el vuelo procedente de Marsella aterrizó en hora, así que no tardará en divisar a una mujer con un sombrero verde. Marta también ha cumplido con el atuendo anunciado, lleva camiseta roja, gafas de sol y gorra blanca.

La muchedumbre aparece por las puertas de llegada. En su mayoría son recibidos con abrazos, sonrisas y algún que otro grito de emoción por personas que sostienen letreros con apellidos franceses. En medio de esta escena, una mujer delgada, vestida con una falda larga gris y una camisola blanca, camina en solitario con un sombrero verde adornado con una flor. Marta espera que la viajera se fije en ella, por eso se dirige hacia un pasillo que hay libre entre varias personas que se saludan y obstruyen el camino de los demás viajeros. La mujer del sombrero la ve y levanta la mano con timidez.

Marta la invita a la cafetería que hay justo al lado. De forma disimulada, activa la grabadora de su teléfono móvil antes de llegar a la silla de la esquina. Luego anima a la francesa a tomar asiento enfrente.

Claudine se quita el sombrero y las gafas de sol. Revela un rostro pálido. Es un poco mayor que Marta, pero las ojeras han apagado su mirada.

—Gracias por venir —saluda Claudine.

—Gracias a ti. Supongo que debes estar pasando por un momento difícil.

—Sí... Es complicado... No quiero tener nada que ver con los asuntos de mi padre, pero él me pidió que si le pasaba algo, viniera a hablar con la Policía.

—Si quieres ir a la comisaría, puedo acompañarte personalmente.

—No, no, no. Nada de comisaría.

Claudine gira la cabeza hacia un lado y a otro, consciente de que su posición de espaldas al local no es la mejor para ver quién entra. Marta observa a su alrededor y no detecta nada fuera de lo normal: dos personas piden café en la barra, una mujer y un niño toman un refresco en una mesa, un hombre lee el periódico mientras muerde un sándwich, y dos parejas toman asiento entre risas.

—Estoy a cargo de la investigación del asesinato de tu padre, así que estás en buenas manos. No te preocupes, que voy a ayudarte.

—Mi padre abandonó a su familia. Mi madre murió hace dos años, y él vino a verme, quería ayudarme. Lo odiaba porque engañó a mi madre, y nunca le perdoné. Ella decía que él se dedicaba al contrabando y que trabajaba para una organización ilegal en España. Por eso yo no quería su dinero.

—Te noto preocupada, ¿tienes miedo?

Claudine vuelve a torcer el gesto, incómoda.

—Abrió una cuenta en un banco y me enviaba dinero cada mes. Durante el último año, me llamó por Skype dos o tres veces. Me explicó que el dinero era para mí, pero yo no lo quería.

Marta echa mano a la mochila y le ofrece un pañuelo. Emocionada, la francesa rompe a llorar.

—Espera aquí, que voy a traerte un poco de agua.

—No, por favor, no te levantes. —Claudine respira hondo y vuelve a girarse. Marta imita su gesto, apenas ha cambiado nada desde la última vez que miró alrededor—. El uno de agosto, él vino a Marsella para hablar conmigo. Estaba preocupado. No quería asustarme, pero me advirtió que si algo le sucedía, yo estaría en peligro.

—¿Te contó por qué estaba preocupado? ¿Habló de oro, por casualidad?

Claudine suspira y busca algo en su bolso, pero enseguida retira la mano sin mostrarlo.

—Él trabajaba para gente con poder. Transportaba oro español a Europa por avión, barco, coche... La red es peligrosa, tienen armas y mucho dinero.

Marta siente que Claudine sabe algo importante, pero no parece dispuesta a compartirlo. De todas formas, ese rincón del aeropuerto no es el lugar más adecuado para profundizar en la conversación.

—¿Qué te parece si vamos a un hotel y hablamos con calma y sin prisas?

Claudine mira a su alrededor, nerviosa.

—Tengo mucho miedo de salir de aquí.

—Relájate. He venido en moto, pero justo detrás de aquel cristal está la parada de taxis. Subiremos a uno y te acompañaré a un hotel. Yo mostraré mi identificación y nadie sabrá que estás aquí. ¿Te parece bien?

Claudine asiente con una sonrisa de aprobación. Marta mantiene su teléfono en una mano mientras abraza el hombro de la francesa con la otra.

Claudine sigue observando su entorno con temor. Marta nota que está temblando y apura el paso para llegar al taxi lo más rápido posible. Una mujer las adelanta y, sin querer, golpea el brazo de Claudine, que está rebuscando en su bolso. La francesa le entrega a Marta un objeto, y cierra los dedos de la inspectora con fuerza.

—Mi padre me suplicó que le diera esto a la Policía. Confío en ti. No quiero saber nada más.

—¿Qué es?

Un vehículo negro se detiene detrás de la fila de taxis estacionados.

—Casa de la media luna —comenta la francesa con la voz temblorosa.

—¿Cómo dices?

—Sí, cuando mi padre vino...

Por la ventanilla del copiloto asoma el cañón de un rifle de precisión y se escucha un estruendo que rompe la calma.

Marta empuja a Claudine y cae sobre ella.

Al instante, otro disparo suena cerca.

Todo el mundo se lanza al suelo en medio del pánico.

Marta saca su arma de la cintura mientras permanece sobre Claudine, que no emite ni un sonido, ni siquiera jadea.

Un coche acelera y enseguida derrapa. Marta supone que es el mismo vehículo que realizó los disparos. Se pone de cuclillas y usa un taxi como escudo mientras observa por encima del techo. El coche es un Mercedes-Benz clase GLE de color negro. Se para unos metros más allá, cerca de la cafetería exterior.

Un hombre entra en el vehículo. Marta quita el seguro de su arma y apunta a la rueda. Dispara una, dos, y hasta tres veces; pero el Mercedes abandona la terminal a gran velocidad, llevándose por delante una barrera de seguridad.

Son momentos de confusión, el griterío y la locura es desconcertante.

Marta se repone de la sacudida y corre hacia la moto con la intención de perseguir al coche que les disparó. Sin embargo, a medio camino, una serie de gritos la hacen volver a la realidad: Claudine yace tendida en el suelo con una herida de bala en el pómulo izquierdo.

11:27. Aeropuerto de Alicante-Elche. El Altet.

Marta permanece de pie, paralizada por un conflicto interno, debatiéndose entre su instinto de persecución, que desea arrancar la moto y darle gas hasta pisar la rueda del vehículo que huye, y en el lado opuesto, su deber profesional, que la obliga a socorrer a Claudine, quien está gravemente herida.

El grito de Marta resuena en la terminal.

Su compromiso como policía prevalece, y corre a auxiliar a Claudine, quien yace boca abajo en el suelo con el rostro ensangrentado. Junto a ella, una mujer y su hijo están llorando sin saber qué hacer.

—Dejadme, soy policía. Por favor, llamad a una ambulancia.

En el suelo está el teléfono móvil de Marta, que continúa con la grabadora de sonido activada. Todo es muy confuso. La inspectora sostiene la pistola en una mano y en la otra un lápiz de memoria que Claudine le entregó instantes previos al disparo. Hasta el momento, no se había percatado de él. Lo guarda en el bolsillo.

Dos agentes de seguridad acuden al lugar y se identifican.

—¿Qué ha pasado?

—Soy inspectora de Policía. Esta mujer venía conmigo. La han disparado —dice mientras comprueba que tiene pulso—. Claudine, aguanta, te vas a poner bien.

—Los servicios médicos del aeropuerto están de camino. ¿Podemos ayudar?

Marta abre la maleta de la mujer que hay a su lado y extrae una camiseta. La pliega en varias mitades y la apoya en la herida de la cara de Claudine para detener la hemorragia.

—Está inconsciente —le dice a la mujer—. Por favor, manténle la cabeza en alto y aprieta la herida con fuerza hasta que venga un médico. Voy a informar de lo ocurrido.

Marta detiene la grabación y repasa lo sucedido, todo transcurre a velocidad de vértigo.

El teléfono del comisario Albízar no da señal. Lo intenta varias veces hasta descubrir que seleccionó el modo avión para no ser molestada. Activa la señal y comienzan a sonar multitud de notificaciones. Marta solo quiere informar a su superior.

—Escudero, ¿dónde te has metido?

—Comisario, atiéndeme con todos los sentidos. Estoy en el aeropuerto. Han disparado a Claudine, tiene herida de bala en la cara, está inconsciente y no pinta nada bien. Los atacantes han huido en un Mercedes-Benz de color negro, de alta gama, de esos grandes que no llegan a ser todoterreno. Tenía la matrícula tapada y cristales de seguridad. Hace apenas tres o cuatro minutos. No estará muy lejos.

—¿Estás bien?

—¿Cómo quieres que esté? ¡Hay que darse prisa!

—Vale, espera a que llegue la ambulancia y vete a la oficina. Voy a avisar a todas las unidades. Te llamo en unos minutos.

Dos personas con bata blanca atienden a Claudine. Son el médico y el enfermero del aeropuerto. Abren una mochila y extraen instrumental, gasas y sueros. Marta habla con uno de

los guardias de seguridad.

—Llévame a la sala de control.

—¿A dónde? —pregunta el guarda, visiblemente nervioso.

—Al lugar desde el que se controlan las cámaras de seguridad. Es importante.

Ambos acceden al interior de la terminal y corren hasta la cabina de control, donde dos compañeros están ante ocho monitores llenos de imágenes en movimiento.

—Soy la inspectora Escudero, de la Policía Nacional. Necesito ver las cámaras de la zona de llegadas, de la cafetería que hay junto a ella y también de la salida a la zona de taxis. Reproducílas a partir de las once y diez minutos.

Los operarios obedecen.

—¿Sabemos en qué dirección se fue el coche? —pregunta ella.

—Sí, tomó la salida en dirección oeste.

—Joder, qué listos, ahí hay varios ramales, al menos cuatro carreteras nacionales, más la autovía.

Marta teclea desesperadamente el número del comisario, pero los tonos se suceden sin obtener respuesta. Vuelve a intentarlo con la misma suerte.

Uno de los operarios de la sala de control atrae la atención de Marta.

—Aquí tienes, estamos reproduciendo las once y diez. Estas cuatro cámaras cubren la zona de salidas y la cafetería.

—Y estas ocho capturan las del exterior de la terminal, donde han ocurrido los hechos —añade su compañero.

Marta frunce el ceño al ver las imágenes en los monitores.

—Se ven muy pequeñas, ¿podéis ampliarlas?

Mientras las imágenes se agrandan, Marta observa con detenimiento. Reconoce su propia figura en la pantalla. Aprovecha para fijarse en todos los pasajeros que aparecen de diferentes vuelos. Orienta la mirada al otro monitor que muestra el interior de la cafetería. Recuerda a la mujer y el niño tomando un refresco. Hay ocupadas otras cuatro mesas que estaban vacías cuando ella entró.

—¿Qué buscas? —pregunta uno de los operarios.

—La víctima se llama Claudine y venía de Marsella. Estoy segura de que alguien la esperaba. —Marta recibe notificaciones en su teléfono—. Echadme un cable. Las personas que esperan en la zona de llegadas deben estar relacionadas con algún pasajero, ¿verdad? —Marta apoya la mano en el hombro de un operario y la otra en el otro—. Tú vigila el lado izquierdo, y tú el derecho. Claudine debería aparecer en la imagen en tres minutos, lleva una camisa blanca y un sombrero verde.

Todos los ojos se fijan en los monitores, incluida Marta, que solo aparta la vista para llamar al comisario e informarle:

—Estoy revisando las cámaras del aeropuerto. El coche se fue hacia el oeste, en sentido contrario a la costa. Te llamaré más tarde.

El reloj de la pantalla indica las once y trece minutos. Uno de los operarios señala a tres personas en el lado izquierdo, mientras su compañero realiza lo propio con otras dos en el lado derecho. Claudine aparece en varias pantallas desde diferentes ángulos.

—Esa, es esa.

Desde ese momento, la imagen muestra a Marta caminar hacia Claudine para después dirigirse a una mesa apartada en la esquina de la cafetería. La mujer y el niño continúan sentados, y las

demás mesas están desocupadas. A los pocos segundos, un hombre entra, pide un sándwich y se sienta a tres mesas de distancia de ellas.

—El del sándwich, ¿lo tenéis identificado? —pregunta Marta.

—Yo —responde el operador que controla el lado derecho—. Estaba en un rincón, leyendo un periódico, y os ha seguido en cuanto habéis comenzado a caminar.

—Este tipo puede ser clave —dice Marta, con un brillo de esperanza en los ojos—. ¿Podéis acelerar las imágenes?

—Sí. ¿Al doble de velocidad está bien?

—Perfecto.

El teléfono de Marta vuelve a sonar, es el comisario.

—Marta, tenemos dos helicópteros peinando la zona. He reunido a cuatro patrullas y he pedido ayuda a los compañeros de Elche. Silvia está hablando con la Guardia Civil y la Policía Local para cerrar el tráfico en las carreteras cercanas. ¿No viste nada más?

—Fue todo muy rápido. Sigo en la sala de control revisando las grabaciones. Te llamaré cuando descubra algo.

En el vídeo, Marta y Claudine salen de la cafetería, y las sigue el extraño del periódico. Lleva una camisa blanca y una mochila. En una de las cámaras, su rostro es visible: una barba probablemente postiza, gafas de montura gruesa y una gorra con la visera inclinada hacia abajo.

—Miradle, se lleva la mano a la oreja, ¡tiene un pinganillo! Está hablando con los tipos del coche. ¡Detened las imágenes! Ahora, quiero que os fijéis en el exterior. ¿Por dónde aparece el coche? Restaurad la velocidad original, por favor.

Las imágenes vuelven a la normalidad. El extraño está a dos o tres metros de ellas y mira hacia la zona de taxis.

—Ahí está el coche negro —informa un operario.

Todos están atentos, conscientes de que un arma disparará en cualquier momento.

El hombre pasa junto a ellas y clava su mirada en Claudine, quien busca algo en su bolso.

—Detén el vídeo —ordena Marta.

Se acerca a inspeccionar las imágenes congeladas.

—Solo se ve al conductor y al acompañante —dice Marta mientras toma varias fotografías con su teléfono y las envía a Teo y al comisario—. Continuemos.

Claudine entrega el lápiz de memoria a Marta mientras el hombre del periódico no quita la mirada del vehículo, que se detiene. El copiloto dispara contra las mujeres, impactando en el rostro de Claudine. El hombre del periódico da unos pasos atrás, alejándose de ellas. Desde el coche, vuelven a disparar, pero ya no tienen un ángulo claro porque Marta y Claudine están en el suelo.

—Fijaos bien —dice Marta—, el hombre del periódico tiene la mano en el bolsillo de la mochila, está pensando si regresar para rematarnos, pero se queda quieto, acojonado. Cuando llevo mi mano a la pistola, él recula. ¡No me lo puedo creer!

Desde el coche le hacen una señal, y el hombre corre para subirse.

Marta desliza la mano en el bolsillo del pantalón y saca el lápiz de memoria.

—¿Tenéis un ordenador libre para revisar esto?

—Sí, déjamelos.

En la pantalla del explorador aparece un archivo. El operario intenta abrirlo, pero da error.

—¿No se puede abrir?

—Espera, revisaré el formato. No tengo idea de qué programa usar.

—Un momento —interviene su compañero, tocando varias teclas—. Tiene pinta de ser un fichero cifrado.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Marta.

—Que está encriptado. Se necesita una clave para abrirlo.

—Gracias. Requerirán las grabaciones para la investigación. Llévame de nuevo a la calle —pide al guardia de seguridad.

La ambulancia se ha llevado a Claudine. Comentan que ha sufrido un paro cardíaco y estaban tratando de reanimarla de camino al hospital.

La zona donde Claudine cayó ha sido cercada con vallas. Los compañeros de aduanas y varios miembros de diferentes cuerpos que trabajan en el aeropuerto se han reunido allí. El tráfico aéreo se ha detenido temporalmente, y el recinto ha quedado inactivo, a la espera de instrucciones de las autoridades.

Marta observa la hora en el teléfono; son las doce y veinte. Hay varias llamadas perdidas de Silvia, el comisario y Fran Vallejo, su amigo periodista. Imagina que, a estas alturas, ya habrá publicado la imagen de Julián Canella y todos los medios estarán al tanto de que es el principal sospechoso del asesinato de la playa de Muchavista. Desconoce cómo ha ido la operación y si han logrado detenerlo. Lo que sí sabe es que pocas personas conocían que Claudine llegaba hoy a España.

El sonido del teléfono desvía a Marta de su reflexión.

—Dime, Teo.

—El comisario me ha puesto al tanto de todo. Menuda la que se ha montado en el aeropuerto. Acabo de ver las fotos que me has mandado. ¿Qué quieres que haga con ellas?

—De momento, nada. Una cosa importante, tengo un lápiz de memoria que contiene un archivo encriptado.

—Tráemelo.

—Aprovecho que te tengo en línea, ¿qué me dices del operativo de esta mañana?

—Fue un fracaso. En el piso no había nadie y el chalet estaba patas arriba, sin rastro de Julián ni su familia. Se llevaron la caja fuerte; era un armario blindado de media tonelada.

—Menuda mierda.

—Y eso no es todo. No te vas a creer lo que descubrimos. La niña rubia que viste por las escaleras es la hija de Julián Canella.

—Hostias, qué fuerte. Ya lo hablamos más tarde. Si te soy sincera, estoy bloqueada, me va a reventar la cabeza. Oye, Teo, ¿Vicente Pagán está contigo?

—Sí, aquí lo tengo.

—Dile que no se vaya.

11:33. Autovía A-70, a la altura de Alicante.

El Mercedes GLS de color negro circula a alta velocidad por la autovía A-70 en dirección Valencia. El conductor se guía por el navegador que le marca la ruta a seguir. En cuestión de segundos, el vehículo alcanza los ciento sesenta kilómetros por hora, zigzagueando entre otros coches. A través del techo solar, observa un helicóptero que vuela a baja altura en sentido norte, la misma dirección que él.

Se incorpora al carril derecho y continúa en la misma dirección, respetando ahora los límites de velocidad.

La pantalla indica que faltan dieciocho kilómetros para llegar a su destino. Las instrucciones que ha recibido son claras: «Haz caso a la chica que habla por los altavoces y ejecuta la segunda parte del plan cuando llegues».

Dentro del túnel de San Juan, se ve obligado a aminorar la marcha mientras los vehículos se detienen y encienden las luces de emergencia. Maldice al navegador, golpea el volante y se pregunta cómo un Mercedes de ochenta mil euros no ha advertido del atasco en el interior del túnel.

La caravana finalmente reanuda la marcha, pero enseguida vuelve a detenerse.

Tras unos minutos de incertidumbre, al fondo, a doscientos metros, se vislumbra la luz del sol. Se pregunta a qué se debe la retención. Avanza con lentitud, sin superar la primera marcha, con paradas constantes, y se desespera al ver que los coches del carril izquierdo circulan más rápido que él.

Una vez fuera del túnel, comprende lo que sucede: un coche de la Guardia Civil bloquea el carril derecho, y varios agentes agitan unos pivotes luminosos.

—¡Maldita sea! —se queja, revisando la situación a través de los espejos.

Observa a los agentes a tan solo veinte metros, y aumenta la distancia con el vehículo de delante.

No quiere ser reconocido, así que baja los parasoles. Después se ajusta las gafas de sol y, al pasar junto al control policial, inclina ligeramente el rostro hacia el volante. De reojo, comprueba que los agentes se aproximan a la ventanilla; supone que han identificado el coche y quieren comprobar si hay pasajeros en los asientos traseros. Sin embargo, es imposible discernirlo debido a los cristales tintados.

Levanta la mirada y nota otro vehículo cruzado, pero esta vez en el carril de la izquierda. La distancia con el coche de delante se ha ampliado cincuenta metros. Dos nuevos agentes supervisan el carril derecho y complican aún más la situación. El navegador anuncia tráfico fluido a partir de ese punto. Duda si saltarse el control o mantener la calma. Por el momento, no hay indicios de que estén allí para detenerlo.

A tan solo quince metros de la patrulla, comprueba que detrás de ellos no hay ningún vehículo detenido. Lejos de encontrar alivio, su pulso se acelera aún más al ver que el guardia civil del lado derecho se lleva la mano a la cintura y la posa sobre su arma.

Sus manos se aferran al volante con fuerza, tratando de calmar los temblores que se extienden

a sus piernas cuando el agente de su lado levanta la mano y le da el alto. El sonido de las aspas del helicóptero resuena cercano, y no ve otra opción más que acelerar el motor a ocho mil revoluciones y saltarse el control, sin mirar hacia atrás.

Inicio una carrera frenética por cumplir su cometido.

Nunca antes había conducido a doscientos por hora, y lo hace durante cuatro angustiosos kilómetros, hasta que el navegador le indica que tome la salida hacia El Campello y Villajoyosa. Esquiva los vehículos que encuentra en la carretera nacional, pero dado que no puede adelantar por el carril contrario, lo hace por el arcén lateral, entre las pitadas de los demás conductores.

La situación se complica. Si bien contaba con algún imprevisto, no sabía si estaría preparado para reaccionar con la frialdad y determinación que está demostrando. Consciente de que la Policía está tras él, debe ser hábil para culminar su plan.

El helicóptero lo sigue de cerca, reflejándose en los espejos retrovisores y a veces visible a través del techo solar. No podrá despistarlo, pero eso no le importa mientras ningún vehículo obstaculice su camino.

Al llegar a la altura de la urbanización Pueblo Acantilado, abandona la carretera nacional y toma la avenida Orihuela, un vial estrecho de un solo sentido que discurre entre un complejo residencial con chalets y adosados a ambos lados. El navegador advierte que faltan cien metros para llegar al destino.

Una vez allí, sale del Mercedes y abre el maletero.

12:50. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

Los ordenadores de Teo están en pleno funcionamiento. Tras procesar las imágenes de las cámaras de seguridad de la discoteca, ha logrado un primer plano del acompañante de Canella, aquel de expresión seria, cabello rizado y piel oscura que estaba rodeado de culturistas.

Consciente de la complejidad del caso y de la posible implicación del individuo en actividades delictivas, ha enviado una solicitud urgente al Centro Nacional de Inteligencia para que averigüen su identidad.

Por otro lado, Teo dispone de una descripción detallada de Dani, la mano derecha de Canella que invitó a Lara a consumir droga en los baños de la discoteca Snorkel. Con veintiocho años, ha sido detenido en cuatro ocasiones por provocar disturbios en discotecas, siempre relacionados con drogas. Una vez se le acusó de herir a un hombre con arma blanca y pasó dos noches en el calabozo. No tiene pareja ni hijos. En su DNI figura la dirección de sus padres, y en la única cuenta corriente a su nombre hay un saldo de mil euros que recarga periódicamente con ingresos en efectivo en un cajero. Le gusta presumir de su físico en las redes sociales y no duda en mostrar sus trofeos después de un día de caza en la montaña.

En la mesa de la esquina, Vicente Pagán recaba información sobre Diego Canella, el joyero. Tanto él como Teo apenas han intercambiado palabras; el nivel de concentración es máximo. No han descansado ni un minuto desde que llegaron a la oficina a las siete de la mañana.

El teléfono tampoco ha dejado de sonar. Hace quince minutos, el comisario se ha unido a ellos para ayudar y atender llamadas. Está ocupado en una conversación telefónica cuando, de repente, la puerta golpea con fuerza contra la mesa de al lado. La actividad se detiene y los tres hombres se giran para comprobar con estupor el rostro desafiante de Marta, quien dispara su mirada hacia la esquina donde se encuentra el recién llegado, Vicente Pagán. Este la observa desconcertado, con las manos apoyadas en los brazos de la silla.

El comisario cuelga el teléfono y se pone en pie.

—Escudero, ¿estás bien?

Durante el trayecto en moto, Marta ha tenido tiempo para pensar sobre el incidente en el aeropuerto. Las lágrimas de impotencia han brotado de su rostro, como si llorara una pérdida. Sus ojos están enrojecidos y la nariz hinchada.

Lejos de atender a su superior, lanza el casco al suelo y emprende el camino hacia Vicente. Necesita saber quién dio el chivatazo. Solo cuatro personas sabían que Claudine llegaría al aeropuerto esa mañana: el comisario, Teo, Silvia y Vicente Pagán. Marta alcanza la posición de Vicente con los brazos tensos y una expresión de rabia que nunca antes había mostrado. Abre las manos y las coloca alrededor del cuello de Vicente, apretándolo con fuerza desmedida y clavándole las uñas.

—¡Quieta! ¿Qué haces? —gritan sus compañeros.

Marta no suelta a Vicente; de hecho, acerca su boca a la altura de sus ojos y le lanza una serie de improperios.

—¡Eres un hijo de puta! ¡Chivato, traidor! Me vas a decir ahora mismo a quién le dijiste que

Claudine llegaba hoy. ¡Desgraciado! Por tu culpa la han herido, ¡te voy a...!

—¡Basta, Escudero, ya es suficiente!

El comisario agarra a Marta por los brazos mientras Teo la sujeta por la cintura y tira de ella. Vicente, por su parte, se defiende apretando las muñecas de Marta, quien no cede. Aunque ella no es dada a estallidos de temperamento, ha sobrepasado el límite y descarga su ira con el recién llegado, la única persona del equipo en la que no confía y que ha prestado atención a cada novedad en la oficina, incluida la llamada telefónica que Marta mantuvo con Claudine.

El comisario no tiene más opción que golpearla en el abdomen para lograr que afloje los brazos y retire las manos del cuello de su compañero. Lo consigue, y Teo arrastra a Marta y la obliga a sentarse. Mientras tanto, el comisario acompaña a Vicente al lavabo.

Marta apoya los codos en las piernas y se lleva las manos a la frente. Enseguida toma conciencia del episodio de locura que acaba de sufrir y del posible alcance de la agresión que ha protagonizado. Golpea su cabeza con los puños cerrados.

—Ya está, ya pasó, respira, Marta, respira —dice Teo, tratando de relajarla.

—¡Joder!

Ella empuja la silla y corre hacia el lavabo de mujeres. Mientras atraviesa el pasillo, se cruza con tres policías que la observan desde la puerta del aseo de hombres, donde el comisario comprueba las heridas de Vicente Pagán.

Marta cierra de un portazo y libera su rabia con patadas y puñetazos a la pared hasta que se agota. No soporta la imagen que refleja el espejo y sumerge su cabeza bajo el grifo. El agua fría calma la impotencia que la consume. Tantos años de terapia y entrenamiento echados por la borda en unos minutos.

Con sigilo, Silvia abre la puerta del baño y encuentra a su compañera contra la pared, con los brazos cruzados y la cabeza apoyada en ellos. Intenta consolarla.

—Acabo de enterarme de todo.

Marta se refugia en el hombro de Silvia y descarga un nuevo llanto.

—Venga, tienes que reponerte. Te necesitamos al cien por cien.

—La he cagado, Silvia —balbucea Marta.

—No es tu culpa. ¿Quién podía imaginar que esperarían a Claudine en el aeropuerto?

—¿Sabes cómo está ella? Se la llevaron en ambulancia, ¿verdad?

Silvia agarra a Marta de los hombros y mira sus ojos llenos de lágrimas. Aprieta la mandíbula, y su labio inferior empieza a temblar.

—No pudo resistirlo —confirma con la cabeza—. Murió en el hospital.

—¡No! —grita Marta y da un puntapié a la papelera.

Con los puños apretados, piensa en Claudine y en su rostro asustado, también en su mirada inquieta que escudriñaba constantemente su entorno. Ahora se culpa por no haber interpretado su preocupación, por no haberla acompañado a una sala de seguridad o no haberle proporcionado escoltas, un chaleco antibalas o incluso un búnker de hormigón.

¿Dónde ha quedado la inspectora de homicidios con la sangre fría, experta en gestionar las emociones y que jamás se deja influir por ellas, la Marta que siempre ha priorizado el deber y la justicia por encima de los sentimientos? Ha enfrentado tantas situaciones en las que tomarse la justicia por su propia mano habría sido el camino más fácil y, sin embargo, siempre ha sabido contenerse. Debido a estos méritos y muchos otros, varias jefaturas la han querido incorporar a sus filas. Sin embargo, en este momento, encerrada en un lavabo y despojada de su coraza, se muestra vulnerable frente al espejo.

Se culpa por no haber estado a la altura, por entrar en la oficina como una bestia fuera de control y agredir a un compañero. Siente vergüenza al pensar que cuando cruce la puerta de ese baño, no podrá mirar a la cara a Vicente Pagán, ni tampoco al comisario. Está convencida de que la expedientarán por el incidente y que podrían inhabilitarla incluso.

Silvia zarandea a su amiga, quiere ayudarla.

—Marta, di algo, cuéntame qué te pasa.

—Casi ahogo al nuevo, Silvia, me va a caer la del pulpo.

—Pídele perdón. Comienza por ahí, y todos te apoyaremos. Somos un equipo. En tu situación, no sé cómo habría actuado yo, pero hiciste lo correcto: socorriste a la víctima, y eso es un punto a tu favor.

—Da igual lo que me digas. Ahora solo quiero desaparecer.

Un par de golpes suenan en la puerta.

—¿Puedo entrar?

El comisario Albízar asoma la cabeza.

Marta le da la espalda y se seca las lágrimas con el dorso de la mano.

Nadie habla. Albízar le da a Marta tiempo para reponerse.

Ella cierra los ojos con fuerza y respira hondo. Segundos después, se arma de valor y enfrenta la mirada severa del comisario.

—No sé qué me pasó. Perdí los papeles, y quiero disculparme con Vicente. ¿Cómo está?

Albízar tuerce el gesto.

—Inspectora Escudero, en este momento, tu compañero está sentado en su puesto de trabajo, esforzándose al máximo para resolver el caso.

La sorpresa se refleja en el rostro de Marta. Abre la boca para hablar, pero las palabras parecen haberse desvanecido de su mente. Está desconcertada.

—El agente Pagán desea ponerte al día. Así que... Yo no lo haría esperar.

—Comisario, muchas gracias.

Marta se lleva la mano a la frente, firme, y hace el saludo oficial a su superior.

—Inspectora Escudero y subinspectora Llamazares, ahora que volvemos a tener un equipo de trabajo, os informo de que han encontrado el Mercedes negro.

13:05. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

En la oficina no hay tiempo que perder y las disculpas de Marta son recibidas por Vicente Pagán, quien sella el perdón con un apretón de manos. Ella pospone para otro momento averiguar quién la ha traicionado.

Teo, ajeno a lo que acontece a sus espaldas, se encuentra concentrado en la conversación que mantiene por los auriculares.

—Tengo en línea al mando de intervención de la Guardia Civil que está junto al vehículo. Han detenido a un individuo —informa.

—¿Podemos oírlo? —pregunta el comisario.

—Sí, un momento. Voy a conectar los altavoces.

—Sargento Gutiérrez, le escuchan el comisario Albizar y la inspectora Escudero. ¿Puede ponernos al tanto?

—Seguimos el vehículo desde el aire. El individuo se detuvo en una zona residencial cerca de la cala Baeza, en El Campello.

—¿Puede precisar la posición?

—Avenida Orihuela, número setenta y nueve.

Teo señala la ubicación en un mapa proyectado en el monitor. Mientras tanto, Marta consulta su teléfono móvil, donde se reflejan tres llamadas perdidas de un número oculto.

—Sin apagar el motor, extrajo dos bidones con quince litros de gasolina del maletero. Los vertió por todo el vehículo y le prendió fuego.

—¿Había alguien en el coche? —pregunta Marta.

—Estaba vacío. Seguimos la secuencia desde el helicóptero. Nadie más salió de él, aparte del conductor. Enseguida llegaron las patrullas de la Guardia Civil y arrestaron al sujeto. El coche todavía arde.

—Del aeropuerto, al menos tres personas huyeron. ¿Dónde están los demás? —insiste Marta, confundida.

—No lo sabemos. Localizamos el vehículo en la autovía hacia Alicante, a seis o siete kilómetros del desvío al aeropuerto, y desde entonces, nadie ha entrado o salido de él.

—¿Qué me dice del túnel de San Juan? —pregunta el comisario.

—No podemos descartar que allí hubiera un cambiao, pero lo vemos improbable.

—¿Quién es el detenido?

—Se llama Álvaro Maldonado López. Tiene veintitrés años y es natural de Alicante. Vive con sus padres y estudia un módulo de electricidad. Se niega a hablar.

—¿No habéis conseguido obtener información de él?

—Insiste en hablar solo en presencia de su abogado.

—Mierda —se queja Marta, suspirando.

—¿Llevaba teléfono encima? —pregunta Albizar.

—Está calcinado dentro del coche. La manera fría en que actuó es inusual. El hijo de puta no intentó huir. Después de prender fuego al vehículo, se sentó en la acera a fumar. Es increíble.

—¿Dónde lo llevarán? —pregunta Marta—. Quiero hablar con él.

—Íbamos a trasladarlo a los calabozos de la casa cuartel de El Campello, pero eso dependerá de la decisión del comisario y el fiscal —responde el sargento.

Marta lanza una mirada suplicante al comisario Albízar, quien cierra los ojos y evalúa la situación.

—Hablaré con un equipo de la Policía Nacional para que se haga cargo del detenido y lo lleven a la comisaría provincial de Alicante. No se preocupe, en unos minutos tendrá noticias del fiscal.

La llamada concluye y un silencio tenso llena la oficina. Nadie se anima a opinar. Marta se sienta junto a Teo y señala la pantalla.

—Pon un mapa de carreteras, quiero ver el aeropuerto.

En pocos segundos, el mapa aparece ante ellos.

—A ver si estáis conmigo. El Mercedes salió del aeropuerto y se dirigió por la carretera nacional hacia el noroeste, ¿correcto? En ese momento, había al menos tres personas en el interior. Si el sargento nos dice que lo han seguido desde la autovía hacia Alicante y no lo han perdido de vista excepto en el túnel de San Juan, eso significa dos cosas.

—Es evidente que en algún momento dos personas salieron de él —apunta Silvia.

—¿Dónde creéis que llevaron a cabo la maniobra? ¿En el túnel de San Juan?

—El tráfico llegó a detenerse debido al control policial a la salida del túnel —informa Teo.

El comisario asoma la cabeza entre Marta y Teo y señala la pantalla.

—Si no fue ahí, ¿dónde diablos lo hicieron?

Todos reflexionan en silencio, pero es Marta quien expresa sus pensamientos en voz alta.

—En el tramo entre la carretera nacional y la autovía no hay gasolineras ni áreas de descanso. A menos que se detuvieran en el arcén... Teo, quiero imágenes. Habla con Tráfico, cerca de allí hay un radar y creo que también hay cámaras. Si es posible, intenta obtener las grabaciones del túnel.

—Serralba, ¿necesitas apoyo? —pregunta el comisario.

Teo está pensativo. Prefiere trabajar en solitario, pero se siente abrumado y exhausto en este momento.

—No puedo negar que un par de ojos extra nos vendrían bien. Ahora mismo soy incapaz de dar más de mí.

—Perfecto. Hablaré con Tráfico para que nos asignen algún compañero. —El comisario da una palmada en la espalda de Teo antes de levantarse—. Muy bien, os dejo unos minutos.

Marta siente el teléfono vibrar. Está sentada frente a los monitores, bloqueada. Introduce la mano en el bolsillo y saca el teléfono, donde aparece una nueva llamada con número oculto. Lo descuelga con desgana.

—Diga.

—Ve a un lugar donde estés a solas —dice un hombre con un ligero acento andaluz—. No corras ni digas nada a nadie. Rápido.

13:17. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

La voz suena grave y penetrante.

Los sentidos de Marta resucitan de golpe, y se incorpora como un resorte. Sin decir palabra a sus compañeros, abandona la oficina apresuradamente y se encierra en el aseo.

—Estoy sola, ¿quién eres? —responde con nerviosismo.

—Tu hermana está a mi lado, y no tengo paciencia. Haremos un cambio rápido. Nadie debe enterarse, por el bien de ambas.

Marta echa un vistazo al reloj de su teléfono. Hace tres cuartos de hora que Lara debería haberla llamado para informarle de su llegada a Guardamar.

—¿Qué quieres?

—Escucha bien. Solo te diré esto una vez. Como me falles, disparo a tu hermana sin pensarlo dos veces. ¿Está claro? —La inspectora ve su rostro reflejado en el espejo, lleno de temor, y cierra los ojos con fuerza, sin saber qué responder—. Mira el reloj, es la una y diecisiete. A la una y veintisiete debes estar en el paso de peatones que hay en la puerta del Instituto Politécnico, entre los dos carriles. No se te ocurra ir armada. Si intentas jugármela, te pegaremos un tiro a ti y otro a tu hermana. Ni tú ni yo queremos más problemas.

—Faltan nueve minutos, no puedo llegar a tiempo.

—¡Claro que llegarás a tiempo! —advierte, alzando la voz con autoridad—. No hables con nadie, tengo oídos en todas partes.

—¿Qué quieres de mí?

—El USB que te entregó la francesa.

—¿Qué USB?

—Mira, guapa, no te hagas la graciosa conmigo. El tiempo está corriendo.

—¿Pará qué lo quieres?

—No hagas preguntas. La vida de tu hermana está en juego. Solo te quedan ocho minutos. Ve a pie, nada de motos ni coches. Como vea un poli, daré la orden de disparar.

Marta observa el teléfono y comprueba con desánimo que la llamada se ha cortado. No tiene tiempo que perder y regresa a la oficina mientras llama a Lara. Reza para que ella conteste el teléfono y que la amenaza del extraño sea solo una broma de mal gusto.

La suerte no está de su lado. El teléfono de Lara está apagado.

Se acerca a Teo y le pide al oído que la acompañe a tomar un café en la máquina del piso de abajo. Él la mira extrañado, aún más cuando ella se agacha y toma la bolsa donde él guarda el ordenador portátil, que carga sobre su hombro.

En el pasillo, Marta acelera el paso y llama al ascensor. Rápidamente saca el ordenador de la bolsa.

—¿Qué te ha picado? —pregunta Teo.

—¿Recuerdas el pendrive que me dio Claudine?

—Sí.

—Toma, cópialo en el ordenador. ¡Rápido! Y no le digas a nadie que está grabado. Te dije que

tenía un fichero encriptado.

—Lo recuerdo.

—Intenta desbloquearlo.

—¿Por qué tanta prisa?

Marta duda si decírselo o no. Faltan dos pisos para llegar a la planta baja y el ordenador todavía no se ha iniciado.

—Me acaba de llamar un tipo asegurando que ha secuestrado a mi hermana.

Teo tensa los músculos, como si un jarro de agua fría le hubiera caído encima.

—¿Qué quiere?

—El USB a cambio de su libertad. Tengo que estar en un lugar en cinco minutos. No me hagas preguntas y, sobre todo, no se te ocurra decírselo a nadie. Cuando digo nadie, me refiero absolutamente a nadie.

Las puertas del ascensor se abren y ambos se refugian en un rincón alejado de miradas curiosas.

—¡Estás loca! Debes informar al comisario. Esto es muy peligroso.

—No puedo. El hijo de puta sabe lo que hace. No me dio opción de ganar tiempo.

—Podrías ponerle un localizador.

—Ya te dije que no hay tiempo. Graba eso rápido, lo necesito. Y además, te estoy enviando un mensaje con el número de mi hermana. Rastréalo, por favor. Tenemos que averiguar dónde están.

—Sabes que necesitamos la autorización de un juez.

—¡Sáltatelo, por Dios! Yo me hago responsable.

Marta arranca su moto y se dirige hacia la avenida Catedrático Soler. Conduce como una fugitiva, cruzando la rotonda que enlaza con la avenida Alcalde Lorenzo Carbonell. Aparca a pocos metros de su destino y corre hacia el instituto.

Está a punto de cometer la mayor locura de su vida, pero no tiene otra opción. Quién hubiera pensado que una decisión profesional la pondría en esta situación, amenazando la vida de su hermana. Carece de un plan definido y acude a la llamada sintiéndose desprotegida a merced de lo que los secuestradores decidan hacer con ella.

Cuando llega al paso de peatones, revisa su reloj: marca la una y dieciocho. En ese punto, intenta recuperar el aliento. Los pulmones no están al cien por cien después de haber inhalado humo en el incendio del día anterior. La luz del semáforo cambia a verde, y Marta cruza hacia el espacio que separa ambos carriles. Lleva puestas las gafas de sol y observa los vehículos detenidos frente a la puerta del instituto. En busca de cámaras de tráfico que puedan enfocar hacia ella, escanea las farolas y los semáforos.

—¡Mierda! —exclama al descubrirse atrapada.

El reloj marca la hora acordada. Marta sabe que cualquier cosa puede suceder. Es consciente de que la fatiga está afectando a su agilidad mental y no piensa con lucidez. El miedo le gana terreno al control y sus pensamientos se debaten entre la posibilidad de ser secuestrada, tiroteada o que el hombre que la llamó no cumpla su parte del trato y su hermana no vuelva a aparecer. Solo le queda esperar que la suerte esté de su lado en los próximos minutos.

El semáforo da paso a los vehículos que circulan frente al instituto, y Marta los observa sin discreción. De repente, escucha el sonido de un derrape detrás de ella. Se voltea y ve a alguien vestido con un mono negro y un casco integral con visera opaca. El desconocido extiende la mano para que Marta le entregue el lápiz de memoria.

—¿Dónde está mi hermana? —pregunta con ansias.

Él mantiene firme la mano, sin intención de responderle. Otro individuo se detiene al otro lado, detrás de ella, al mando de una moto de gran cilindrada.

—No pienso dártelo hasta que no vea a mi hermana —insiste ella, firme en su posición.

De repente, siente un objeto presionando su espalda. Comprende que está rodeada y no tiene más opción que obedecer.

Marta extrae el lápiz de memoria del bolsillo. Lo coloca en la mano del extraño, a quien explora de arriba abajo antes de hacer lo mismo con el compañero de la moto. No tiene tiempo para observar nada más, porque el individuo de atrás la golpea en la base del cuello.

Marta se desploma. La figura del motorista se distorsiona como si mirara a través de un vaso de agua. El rugido del motor retumba bajo sus pies, seguido de otro ruido similar detrás de ella. Finalmente, cae desmayada en el suelo.

13:35. Avenida Alcalde Lorenzo Carbonell. Alicante.

Marta y Lara crecieron en la población albaceteña de La Roda. Hijas de un mecánico de tractores, compartían la mayor parte del tiempo en la casa familiar, un antiguo almacén de trigo convertido en vivienda. Pasaban las tardes jugando en el patio trasero mientras su madre elaboraba pastas caseras en un viejo horno de leña. Aquellos dulces deleitaban a las hermanas.

Marta rememora aquellos años felices, donde el tiempo parecía estar detenido y las sonrisas fluían sin esfuerzo. Incluso su padre, que nunca fue cariñoso, llegaba a casa de buen humor y jugaba al escondite con ellas.

Una voz desconocida la saca de su profundo sueño, instándola a abrir los ojos y regresar al presente. Marta se encuentra tan a gusto reviviendo esa escena familiar que se resiste a abandonarla. Las imágenes en su memoria son los únicos recuerdos que perduran de aquella época, ya que las escasas fotografías familiares desaparecieron el día en que la casa quedó reducida a cenizas.

Lara se aproxima a ella y le susurra al oído.

—Vamos a jugar juntas.

La dulce voz de niña de su hermana es interrumpida por una voz ronca de hombre.

—Tengo oídos en todas partes.

Marta sacude la cabeza de un lado a otro. La pesadilla es demasiado intensa. Luego, escucha la voz de una mujer desconocida.

—Despierta, te has dado un golpe. Vamos, abre los ojos.

La voz se mezcla con la imagen de su madre acostada en una cama de hospital con varios sueros conectados a su brazo y un respirador cubriendo su rostro.

Marta vuelve a sacudir la cabeza y siente frescura en la nuca. Un nuevo recuerdo toma el protagonismo: está en un pantano donde ha pasado el día con sus abuelos. El agua está fría y mete una bolsa de plástico con latas de bebida para mantenerlas frescas hasta la hora de comer.

Otro temblor la zarandea, como si estuviera en la furgoneta del abuelo, recorriendo caminos de piedra y arena después de recoger almendras.

—La ambulancia está de camino. Vamos a elevarte las piernas.

—¿Has llamado a la Policía? —dice otra voz.

La pregunta retumba en la mente de Marta, quien desconecta de su placentero sueño y abre los ojos. Está tumbada en el suelo mientras cuatro personas la observan con preocupación. Una mujer con delantal le coloca un trapo húmedo en la frente, otra sostiene sus piernas en alto, y un hombre acerca una silla para que pueda apoyar los pies en ella.

—Tranquila, te has mareado —dice la mujer del delantal con sonrisa amigable.

Marta no sabe dónde se encuentra. Gira la cabeza en busca de un punto de referencia.

—¿Dónde estoy? —Cierra los ojos por culpa del dolor punzante que siente en la cabeza al hablar.

—Estás en la calle México. No te muevas, que la ambulancia está en camino.

—¿Ambulancia? —repite Marta, mientras una imagen la asalta con fuerza: un hombre con

casco negro listo para huir en una moto.

—Sí, dijeron que llegaría pronto.

—Dejad que me levante.

—Sería mejor que te quedaras quieta, no vaya a ser que te hagas más daño.

—Necesito ponerme de pie, al menos para sentarme en esa silla. Soy policía y tengo que informar de lo que ha ocurrido, es importante.

Nadie se opone y la ayudan a incorporarse. De repente, las cuatro personas se han multiplicado, ahora hay más de diez a su alrededor. Marta extiende el brazo y pide calma.

—Estoy bien, por favor, que cada uno siga con su rutina. Gracias por preocuparos.

Finalmente, Marta reconoce el lugar: está en una cafetería, a pocos metros del paso de peatones donde la golpearon. Le duele la cabeza. Dirige la mano hacia la base del cuello y siente un bulto importante que le impide erguir la cabeza. Después de agradecer de nuevo, toma su bolso y se marcha de allí antes de que la ambulancia o la Policía informen de lo sucedido.

Camina por la acera a escasa distancia de las fachadas, en dirección al lugar donde aparcó la moto. Le cuesta mantener el equilibrio, parece una presa herida luchando por seguir de pie en medio de su agonía. Se tambalea, pero no se detiene. Las pocas personas que se cruzan con ella la observan como si estuviera bajo los efectos de las drogas.

Pronto llegará a la plaza María Yolanda Escrich, donde hay una farmacia. Se esfuerza por recomponerse, aunque es difícil; el dolor es tan intenso que no consigue aplacar las lágrimas.

—Da igual, ¡a la mierda! —se dice a sí misma antes de entrar al establecimiento.

El bar que hay al lado opuesto de la rotonda es testigo del dolor y la soledad que han invadido a Marta. Sentada en una mesa, ingiere los potentes medicamentos que la farmacéutica le ha suministrado. Toma un sorbo de agua con la esperanza de que el analgésico y el antiinflamatorio alivien el dolor.

En su teléfono aparecen varias notificaciones del número particular de su compañero Teo. La mirada de Marta se pierde en las aspas del ventilador de techo mientras escucha el tono de llamada.

—Marta, ¿cómo estás? —pregunta Teo en voz baja.

—Muy jodida.

—¿Qué ha pasado?

—Es mejor que te lo cuente en persona. ¿Qué hay del teléfono de mi hermana?

—Es pronto, espero recibir noticias en menos de una hora.

—Dejé a Lara en la estación de autobuses a las diez y media. ¿Puedes pedir las grabaciones de las cámaras de seguridad?

—Uf... Voy a tope, pero enseguida me pondré a ello. El comisario ha preguntado por ti. Dijo que al chaval que arrestaron en la puerta de la casa de Canella, el que incendió el coche, lo están trayendo a la comisaría.

—¿Silvia está contigo?

—Acaba de salir a por unos bocadillos. Oye, ¿has vuelto a saber algo de tu hermana?

—De momento, no. Ponte con las cámaras de la estación. Enseguida iré a la comisaría.

Por la puerta aparece un hombre bañado en sudor, que empuja un carro con dos barriles de cerveza. Después de descargarlos en el almacén, regresa a la barra donde el camarero le prepara un vaso de cerveza fría.

—Gracias, Damián. Este calor es insoportable —dice el repartidor.

—¿Te falta mucho por repartir? —pregunta el responsable del bar.

—Hoy se me van a hacer las tantas. Hay varios compañeros de vacaciones y me toca cubrir la zona de El Altet.

—¡Hostias! Cerca de allí se ha liado una buena. Uno del barrio me ha contado que hubo un tiroteo en el aeropuerto. Su hijo trabaja allí. Parece ser que unos tíos montados en un Mercedes negro se liaron a pegar tiros.

—¿Un Mercedes negro?

—Sí. Uno de esos que ni tú ni yo podremos pagar nunca. —Damián ríe y le sirve una tapa de rabo de toro—. Dice que la ambulancia se llevó a una mujer moribunda. ¡Esto es la hostia! En tiempos de mi padre, no pasaban estas cosas.

—Fíjate por dónde, esta mañana un Mercedes negro me adelantó por la autovía. Manda cojones, cómo iba el pájaro, a toda velocidad, como si lo persiguieran.

Marta concentra su atención en la conversación y espera el momento adecuado para interrumpir al repartidor y hacerle varias preguntas. Sabe que a veces las personas se sienten inseguras al hablar con la Policía. Se acerca a la barra para pagar la botella de agua.

—Y si no, mira la que se montó ayer en la joyería —continúa Damián, en busca del periódico—. Dos tipos armados con metralletas. Aquí lo tienes. —Señala la fotografía de la joyería Canella en la portada—. ¡Lo nunca visto en Alicante!

—Dentro de poco, te veremos detrás del mostrador con una escopeta, como en el lejano oeste —bromea el repartidor.

—A este paso, no tardaremos en verlo. Anda que... Yo no me lo pensaría... Estoy harto de esa gentuza. Y lo peor es que sabemos que es por culpa de las drogas. Me los cargaría a todos, como en los campos de concentración, uno tras otro. Seguro que acababa con esta mierda de un plumazo.

Damián se da cuenta de que Marta ha estado escuchando y le dedica una mirada de complicidad, una mezcla de arrepentimiento y comprensión. Ella paga su agua y abandona el bar, lista para abordar al repartidor.

Mientras camina, su teléfono vibra. La llamada es de un número oculto, y Marta descuelga rápidamente.

—¿Diga?

—Inspectora, siento mucho el golpe que te has llevado.

—¿Dónde está mi hermana? —pregunta Marta, inquieta.

—Pronto la verás.

A pesar de la dificultad, Marta sabe que debe mantener la calma y actuar con inteligencia para obtener información.

—Mi hermana no tiene nada que ver en esto.

—Ya lo sé. Solo te llamo para decirte que olvides a la francesa, ¿entendido? Y ni una palabra del USB a nadie. Sé dónde vives y que quieres mucho a tu tía de Guardamar. No me gustaría tener que visitaros.

—Te prometo que no diré nada, pero por favor, deja libre a mi hermana. Ella no tiene culpa.

—Lo que te he dicho, inspectora, ni una palabra a nadie o habrá consecuencias.

La llamada finaliza, y la sensación de impotencia se apodera de Marta. Un fuerte dolor la asalta en la boca del estómago. Gritaría para liberar la ira. El simple amago de abrir la boca le causa un tormento en la parte posterior de la cabeza.

El repartidor aparece en la acera con la carretilla repleta de cajas de cerveza vacías. Mientras el

hombre carga en el camión, Marta se le acerca.

—Perdona, soy policía, y te he escuchado ahí adentro. —Marta le muestra su placa—. Tranquilo, solo tengo una curiosidad. ¿En qué punto de la autovía te adelantó el Mercedes negro?

El repartidor observa el rostro de Marta, desfigurado debido al golpe que sufrió hace unos minutos. Se debate entre responder o no.

—Déjame pensar... —murmura—. Fue en el carril en dirección a Murcia. Me adelantó y enseguida tomó la salida al área de servicio que hay cerca del aeropuerto, la que tiene un hotel.

Marta no hace más preguntas. Se encamina hacia su moto, que dejó aparcada a pocos metros de allí.

14:22. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

Tan pronto como se queda a solas, a Marta le invade una profunda desazón y un vacío que la dejan sin fuerzas, como un globo desinflado. A pesar de todas las adversidades, aún mantiene la esperanza de volver a ver a su hermana y no deja de consultar su teléfono mientras sube las escaleras de la comisaría.

En este momento, todo lo demás ha pasado a segundo plano: la investigación de la muerte de Marc Gilabert, el tiroteo en la joyería Canella, el asesinato de Claudine... Incluso el entusiasmo que sentía por su nueva relación sentimental con Fran Vallejo, el periodista. El secuestro de Lara eclipsa todo lo que antes tenía importancia para ella, incluso su ilusión por haber comprado un apartamento junto al mar.

Cuando llega frente a la puerta de la oficina, le falta el valor para enfrentar la situación. Se siente culpable de lo sucedido. El dolor ha aplastado cualquier deseo de luchar y lo único que quiere es desaparecer. Un atisbo de pánico la invade, y decide dar la vuelta. Camina en la dirección opuesta, hacia los ascensores. Allí, con la cabeza gacha, apoya los puños contra la pared, consciente de que el aire no llena sus pulmones, como un toro tras recibir la estocada final.

En medio de su sufrimiento, la silueta del comisario se alza frente a ella. Albízar la observa esperando una reacción. Marta se gira hacia él, con la mirada vidriosa, sin pronunciar palabra alguna.

Albízar no duda en tomar su brazo para guiarla por el pasillo hasta la oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal, donde encuentran a Teo, Silvia y Vicente Pagán. Todos detienen sus ocupaciones al ver el rostro abatido de Marta.

La única que reacciona es Silvia, quien acude a abrazar a su amiga.

—¿Qué te pasa? —pregunta Silvia. Trascurren unos segundos sin que Marta responda—. ¿Es por Claudine? Tú no tuviste la culpa.

Marta se cubre los ojos con las manos y el comisario le ofrece varios pañuelos antes de animarla a sentarse en la silla roja. Vicente abre una botella de agua y se acerca para ofrecérsela, acompaña el gesto con una caricia en el hombro de Marta.

El comisario toma la palabra:

—Chicos, la jornada está siendo caótica y reconozco que hay mucha presión. Creo que nos vendrá bien una pausa para hablar. Formamos un equipo, pero, antes que nada, somos personas, ¿está claro?

Todos asienten, a la espera de que Marta recobre el aliento.

Ella todavía no ha tomado conciencia de que su malestar es evidente para todos. El dolor se agudiza al mostrarse frágil frente a los demás, y la sensación de inseguridad crece cuando se da cuenta de que ha perdido su caparazón protector.

Alza la mirada y se encuentra al comisario, cuyos ojos penetrantes le exigen una explicación. Marta se aclara la garganta antes de hablar.

—Lo siento por no haberlo comunicado, pero... —Mira a cada uno de sus compañeros—.

Pero esta mañana han secuestrado a mi hermana.

—¿Qué dices? —reacciona Silvia, que agita los brazos en señal de incredulidad.

Todos lanzan preguntas, excepto Teo, quien permanece en silencio. Siente cierto alivio al saber que ya no necesita mantener el secreto.

—Esta mañana la dejé en la estación de autobuses. Eran las diez y media. Tenía que esperar una hora para tomar el autobús a Guardamar. Veréis, anoche salimos un rato y nos cruzamos con Canella y su gente en una discoteca. Lara estuvo coqueteando con uno de ellos, ¡maldita sea! Así que esta mañana le dije que debía marcharse. Era por su seguridad. —Marta se muerde el labio para contener el llanto—. Solo quería alejarla de esta mierda hasta que todo se calmara. —Cierra los ojos con fuerza, las lágrimas amenazan con brotar—. Le advertí que no hablara con nadie y que se mantuviera en el campo de visión de las cámaras. ¡Mierda! Debería haberla acompañado o haber llamado un taxi.

—No te culpes, Escudero —dice el comisario—. Hiciste lo correcto. Quién se iba a imaginar que...

—Yo estaba preocupada porque anoche quedamos expuestas, las dos, sí, sí, las dos. Por eso mismo pedimos la orden de registro y fui con Teo a averiguar quién se había reunido con Canella. Nunca debí llevar a mi hermana a esa discoteca. ¿Cómo pude ser tan estúpida?

Silvia apoya su mano sobre el hombro de Marta, ofreciéndole apoyo en este difícil momento.

—Venga, no te lo reproches.

—Y es que hay más. Joder, es como si estuviera dentro de una pesadilla.

—Tranquila, Escudero, que todo va a salir bien —la anima Albízar.

Marta recuerda las condiciones del secuestrador: no hablar del lápiz de memoria con nadie y olvidar a Claudine. Observa a Vicente Pagán, a quien horas antes había cogido del cuello. Pese a haber hecho las paces, aún desconfía de él. Sabe que si es un topo y escucha a Marta hablar del tema, podría ser el desencadenante que crucifique a su hermana, así que toma tiempo para pensar qué datos está dispuesta a revelar.

—A propósito —vuelve a intervenir Albízar, frunciendo el ceño—, ¿cómo sabes que está secuestrada?

—Un hombre me llamó por teléfono desde un número oculto.

Marta retiene las palabras en los labios. Recuerda el tono amenazador de la voz del secuestrador y su acento andaluz. La confusión y la dificultad para concentrarse la abruman.

—¿Y qué te dijo? —pregunta Silvia.

—Que había secuestrado a Lara y...

—Tengo los resultados de la geolocalización de su teléfono. —Teo alza la voz para tomar el protagonismo.

Sus compañeros le disparan con la mirada, sobre todo el comisario, que no entiende qué hace Teo trabajando en el secuestro y cómo ha obtenido esos datos sin pedirle el oportuno permiso.

—Siento mucho no haberos puesto al tanto —se apresura a explicar Marta—, pero tuve que salir corriendo... La amenaza...

—Dejemos los formalismos para más tarde —interrumpe el comisario, al comprobar que Marta duda—. ¿Qué podemos hacer?

Teo emite un chasquido para pedir la palabra.

—Según los datos que me han enviado, tu hermana subió al autobús. A las doce y cuarto se perdió la señal a la altura de La Marina.

Los suspiros de lamentación llenan la oficina de un silencio sombrío.

—Marta, ¿nos puedes contar qué quería el secuestrador? —insiste el comisario.

Marta busca con la mirada a Vicente Pagán, evaluando si puede confiar en él. Se siente como si estuviera jugando a la ruleta rusa con su vida y la de su hermana. Las miradas de sus compañeros le presionan para obtener una respuesta.

Finalmente, se pone de pie, de espaldas a los demás, niega con la cabeza y aprieta los puños. Inhala aire profundamente y la exhala con fuerza.

Justo en ese momento, su teléfono vibra en el bolsillo del pantalón. El cosquilleo se transforma en melodía de llamada. Marta saca el teléfono y ve un número kilométrico en la pantalla. No duda en responder.

—¿Diga?

—¿Hablo con Marta Escudero? —pregunta una voz femenina al otro lado de la línea.

—Sí —responde Marta, con nerviosismo palpable en su voz.

—Soy la cabo Miralles, de la Guardia Civil de Guardamar.

Marta siente una punzada en el pecho y su preocupación aumenta.

—Dígame.

—¿Es usted la hermana de Lara Escudero?

—Sí, soy yo. ¿Está bien? —pregunta ante la mirada de preocupación de sus compañeros.

Al otro lado del auricular se escucha una especie de interferencia, seguido de silencio.

—Cabo Miralles, ¿está ahí? —reacciona Marta, desesperada.

—Marta, soy Lara —dice la voz al otro lado del teléfono.

14:27. Partida Rochet. Agost.

Hace una hora, Ramón Berenguer regresó a su casa de campo en una partida rural de Agost, al oeste de Alicante. Desde esta mañana, cuando abandonó su vivienda para ir a trabajar, una imagen se ha apoderado de su mente.

El camino que conduce a su finca es de tierra y piedra. Llevan años pidiendo al Ayuntamiento que lo asfalten. Un puñado de casas circundan la zona, habitadas solo durante los meses de verano. La zona es frecuentada por los propios vecinos y por ciclistas en busca de lugares tranquilos para transitar sin peligro.

Esta mañana, a las siete y media, Ramón salió de su casa montado en su coche. Esperaba que la puerta se cerrara de forma automática, cuando un objeto blanco captó su atención. Era la parte trasera de un vehículo estacionado al borde de un desvío intransitable, bajo la sombra de una pinada donde solo existe maleza. Hacía tiempo que Ramón no había pasado por allí. A esa hora de la mañana, pensó que encontraría a una pareja durmiendo dentro del coche, tras haber buscado un lugar escondido para intimar.

Ramón no le dio más importancia hasta que al mediodía regresa y comprueba que el vehículo aún yace en el mismo lugar. Con el mercurio marcando treinta y ocho grados, duda que alguien permanezca en su interior. No obstante, entra a su casa y lo comenta con su mujer. Ella le insiste en que llame a la Policía, convencida de que se trata de un coche robado.

Después de comer, e intranquilo por la situación, decide acercarse al coche. Conforme se aproxima, descubre que el vehículo es un Volkswagen Golf blanco. Como intuía, el terreno está cubierto de plantas silvestres que sobrepasan los treinta centímetros de altura. Al mirar por la ventanilla trasera, confirma que nadie ocupa el interior. Movido por su instinto, lleva la mano a la manija de la puerta del conductor y se sorprende al descubrir que está desbloqueada. Con cautela, asoma la cabeza, pero un fuerte olor lo fuerza a retroceder varios metros. Sin perder más tiempo, toma el teléfono y marca el número de su amigo Nicolás Azorín, un agente de la Policía Local de Agost.

14:33. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

Escuchar la voz de su hermana le devuelve el pulso a Marta. Cierra los ojos para contener las lágrimas. De repente, una cascada de preguntas brota de sus labios.

—¿Dónde te has metido? ¿Cómo estás? ¿Qué te han hecho?

El comisario le pide calma con los brazos extendidos.

—Tranquila, no me ha pasado nada. En el autobús, un chico se sentó a mi lado y empezamos a hablar. Parecía majo. El viaje se me hizo corto. Él también se apeó en Guardamar. Cuando eché mano al bolso para llamarte, me di cuenta de que había desaparecido el teléfono. El chico me preguntó si podía ayudarme. Le dije que iba a casa de mi tía, pero no sabía la dirección ni tenía su número de teléfono, porque estaba registrado en el móvil. Tampoco recordaba tu número. Solo sabía el nombre completo de la tía Maite, así que el chico me dijo que me acompañaba al ayuntamiento a ver si allí podían ayudarme. Al poco tiempo, un coche paró a nuestro lado. Abrieron la puerta desde el interior, y el chico, que hasta ese momento me había parecido un amor, me empujó dentro, y me pusieron una bolsa en la cabeza. Me resistí, pero eran fuertes y enseguida comprendí que no serviría de nada. Enseguida me dijeron que me tranquilizara, que pronto me dejarían libre.

—¿Pudiste ver quiénes eran?

—Sí, había dos delante y otro detrás.

Una voz interrumpe a Lara, y se vuelve a escuchar una interferencia.

—¿Marta? Soy la cabo Miralles. Su hermana dice que la han secuestrado y que usted trabaja en la Policía Nacional. Dígame qué hacemos.

—Deme un momento para hablar con mi superior y le devolveré la llamada enseguida.

Marta cuelga el teléfono. Siente el latido de su corazón martillando en sus sienes. Levanta la mirada hacia sus compañeros y, con un hilo de voz temblorosa, les informa de que Lara está a salvo.

Las muestras de cariño no se hacen esperar, y entre aplausos de alivio, destaca el fuerte abrazo de Silvia. El comisario se une a la celebración con los brazos en alto. Teo y Vicente Pagán también sonríen con alegría. Marta está emocionada y no puede contener la tensión que aún la consume. Necesita desahogarse, así que da un golpe brusco contra la mesa.

Olmedo aparece en la oficina con un vaso de granizado de limón en la mano y bebe a través de una pajita, ajeno a la crisis que acaba de vivir el equipo. Se detiene en el umbral de la puerta.

—¿Me he perdido algo?

Marta decide hablar con Albízar en su despacho para tomar decisiones. Le confía sus dudas sobre Vicente Pagán y le pide que lo mantenga al margen del operativo. También le menciona la amenaza tajante del secuestrador, quien le advirtió que debe detener sus investigaciones sobre Claudine y el lápiz de memoria que le entregó en mano a Marta; la moneda de cambio para la liberación de Lara.

—Bien, chicos, vamos a organizarnos —anuncia el comisario, al regresar a la oficina de la

Unidad Central de Inteligencia Criminal—. Olmedo, vas a ir a Guardamar para recoger a la hermana de Marta. No vayas solo. Por favor, Pagán, acompáñale. —Vicente Pagán reacciona con sorpresa, incrédulo ante la orden de Albízar—. Venga, marchad ya, que los compañeros de la Guardia Civil de Guardamar os esperan.

La pareja abandona la oficina y el comisario cierra la puerta asegurándose de que nadie ajeno al equipo pueda escucharles.

—Escudero, el chico que incendió el Mercedes en la puerta de Canella está al llegar. Quiero que lo interrogues, pero Llamazares estará contigo, ¿entendido? —Ambas asienten—. Bien, el asunto de Claudine debe manejarse con cuidado. ¿Has averiguado qué contiene el USB? —pregunta a Teo.

—Está encriptado.

—Ya lo sabemos, ¿y...?

—Pues que apenas he tenido tiempo. He intentado descifrarlo con varias herramientas informáticas, pero tiene capas de seguridad que no logro romper. Había pensado hablar con mi amigo Chicho, el hacker, ¿os acordáis de él?

Albízar tuerce el gesto hacia Marta para conocer su opinión.

—¿Hay riesgos al abrir el fichero? —pregunta ella.

—Mientras lo hagamos en un equipo aislado, no debería haber problemas, pero dudo que podamos hacerlo sin usar herramientas alojadas en servidores potentes. En fin... No perdemos nada por consultar a Chicho.

—Teo, habla con tu amigo, pero sé discreto. Preferiría que lo visitaras en persona antes de que alguien pueda notar algún movimiento inusual desde esta oficina, ya sabéis por quién lo digo.

Todos comparten miradas cómplices. Saben que el comisario se refiere a Vicente Pagán.

—Antes de dispersarnos —interviene Marta—, quiero compartir un detalle que descubrí hace un rato. Teo, muestra un mapa de las carreteras cercanas al aeropuerto.

—Marchando, jefa.

—Coincidí con un transportista que afirmó que esta mañana un Mercedes negro lo adelantó por el carril de la autovía en dirección a Murcia y tomó la salida hacia un área de servicio con un hotel.

—¿Te refieres al área de servicio de Elche? —pregunta Silvia—. Muchos camioneros paran en ese hotel.

—Pero está en sentido contrario a la dirección que tomó el vehículo —añade el comisario.

—Aquí lo tenemos —anuncia Teo, mostrando el mapa en la pantalla del ordenador.

—¿Podría ser que el coche se incorporara a la autovía en sentido sur, saliera en el área de servicio y después tomara el carril opuesto en sentido norte? —pregunta Marta.

—Es absurdo —opina Silvia—. Se entiende que durante la huida del tiroteo, no se arriesgarían a perder tiempo con esa maniobra... A menos que...

—¿Te refieres a que hicieron el cambiazco de conductor en el área de servicio? —pregunta Marta.

—Eso mismo pienso yo —dice el comisario.

—Teo, por favor, antes de irte a ver a tu amigo, pide imágenes —dice Marta—. Sé que te exijo mucho, pero...

Albízar levanta la mano y pide la palabra.

—No te preocupes, que yo le echaré una mano.

Marta y Silvia caminan hacia la puerta para dirigirse a la planta baja, cuando escuchan la

melodía del teléfono de Albízar. Observan al comisario, deseando que la llamada no sea importante.

—Sí, soy yo —responde él mientras se enciende un cigarrillo junto a la ventana—. Exacto, estoy a cargo de ese caso. ¿Está seguro? Vale, enseguida iré para allá. —Él esboza una sonrisa de incredulidad. Después, vuelve su mirada hacia ellas—. Acaban de encontrar el Volkswagen Golf de Marc Gilabert abandonado en una montaña, con un hombre muerto de un disparo en la frente. En su bolsillo llevaba la cartera: es Julián, el hermano de Canella.

14:52. Comisaría Provincial de la Policía Nacional. Alicante.

Por el pasillo aparece el sargento Gutiérrez luciendo su tricornio de la Guardia Civil. Acompaña a un joven esposado que sonríe mientras observa a los agentes que se cruzan en su camino, como si disfrutara siendo el centro de atención.

Marta Escudero se planta firme frente a la puerta de la sala de interrogatorios, concentrada en la aparición Álvaro Maldonado. El chico es más alto que ella, delgado, moreno y lleva barba. Al pasar frente a la inspectora, él dirige la mirada a ella y exagera aún más su sonrisa, como si se encontrara con un amigo. Marta lo escudriña detenidamente y se fija en su camiseta blanca con el logotipo de Adidas y en el piercing que adorna una de sus cejas.

El detenido entra en la sala bajo la custodia de Silvia, mientras el sargento y Marta comparten impresiones en el pasillo. Gutiérrez menciona la actitud desenfadada del joven y se ofrece voluntario para acompañar a Marta en el interrogatorio, pero ella prefiere ir con Silvia para sorprender al arrestado.

—Álvaro, soy la inspectora Marta Escudero y ella es la subinspectora Silvia Llamazares. —Marta observa las muñecas del chico—. ¿Podrías levantar los brazos un momento? —Él obedece, y Marta comprueba que no tiene tatuadas las letras «Au», lo que descarta por ahora su vínculo con la banda de Canella.

Al lado de la inspectora, Silvia repasa el informe proporcionado por el sargento Gutiérrez.

Frente a ellas, Álvaro no retira la sonrisa de su rostro. Está sentado como si estuviera en su propio sofá, recostado con una pose vacilona.

Marta consulta la hora antes de silenciar su teléfono y verifica que el piloto de grabación está encendido.

—¿Te resulta divertido? —Marta le pregunta con seriedad y lo desafía con la mirada.

Por un instante, él parece reaccionar, pero luego vuelve a dibujar su expresión risueña y despreocupada.

—¿Aquí dan de comer? Tengo hambre.

Marta está a punto de responderle que si continúa en ese tono, podría comerse un bofetón, pero se contiene y busca la manera de llevar la conversación hacia su terreno.

—Es una pena, porque la cocinera acaba de marcharse. —Álvaro resopla y se lamenta por la afirmación de la inspectora—. Cuéntame qué ha pasado esta mañana.

Marta y Silvia esperan la respuesta de Álvaro, que no llega. El sargento había advertido que el chico solo hablaría en presencia de su abogado.

—Conducías el coche en el aeropuerto, así que te enfrentas a graves acusaciones. —Él niega con la cabeza sin dejar de sonreír—. Tú y tus amigos habéis asesinado a una mujer, ¿te parece gracioso? —Álvaro retira la sonrisa de su rostro, pero se niega a responder—. Has reventado una barrera del aeropuerto, te has saltado un control de tráfico, has conducido de manera temeraria y también has incendiado un vehículo. ¿Crees que no habrá consecuencias? De aquí te irás directamente al calabozo, luego al juzgado y pasarás unos años en la cárcel. ¿Cómo puedes ser tan gilipollas?

Ahora es Marta quien eleva el tono y añade una sonrisa a su pregunta, burlándose de él.

—Menuda manera de arruinar tu futuro, chaval —agrega Silvia, que le sigue el juego a Marta.

—Acabas de echar por tierra tus estudios, tus colegas, tu novia... ¿Tienes novia? Porque te advierto que los vis a vis en la cárcel los pasarás con tus padres. ¿Qué pensarán de ti?

Álvaro sigue sin reaccionar, pero su expresión ha cambiado. Ahora parece más serio y reflexivo.

—Puedes llamarlos ahora mismo, ¿te traigo un teléfono? —pregunta Marta, provocadora—. ¿O prefieres hablar con un abogado? Porque déjame decirte que lo vas a necesitar. También te vendrá bien una ayudita del juez para reducir tu condena. Podrías empezar colaborando con nosotras. Te garantizo que te caerán unos cuantos años. La vida en la cárcel es dura...

—No voy a hablar. Así que no pierdas el tiempo.

—Al menos, dinos dónde dejaste a los otros y por qué llevaste el coche a aquel lugar y lo quemaste.

—Dejadme en paz y encerradme de una vez en el puto calabozo.

—Sé que no quieres traicionar a los demás, pero también mira un poco por ti, hombre, solo tienes... ¿Cuántos años? ¿Veinticinco?

—Veintitrés —corrige Silvia, sosteniendo los documentos en alto.

—Pero si todavía eres un pipiolo. Es una lástima que vayas a pasar los mejores años de tu vida en la prisión, rodeado de asesinos y violadores. Cuéntanos lo que sabes y yo misma escribiré en mi informe que colaboraste desde el principio. Piénsalo, Álvaro, aún estás a tiempo. Has cometido la mayor gilipollez de tu vida, pero puedes intentar enmendarla un poco. No te pedimos detalles, tan solo dinos algo que nos sea útil. Recuerda que una mujer ha muerto, el asunto es grave.

—No voy a hablar. Esperaré a que llegue mi abogado.

—¿Tienes abogado? —pregunta Marta, veloz.

Él no responde.

—¿Quieres uno de oficio?

Mantiene la boca cerrada.

—Así que... —Marta tiene una idea súbita que le sorprende—. ¿No me dirás que los mismos que te metieron en este lío te prometieron un abogado?

Álvaro alza los carrillos, como si acabara de desvelar una carta ganadora.

—Y también te aseguraron que es un abogado fantástico que te sacará de esta en un periquete y sin consecuencias. Vaya tela, Álvaro, pensé que habías dejado de creer en cuentos de superhéroes hace años. Además de temerario, eres ingenuo hasta la médula.

—Estoy segura de que te suministraron droga, ¿verdad? —pregunta Silvia.

Álvaro recobra la seriedad y traga saliva, pensativo.

—Buena idea. Pediremos un análisis para verificar si tomaste drogas esta mañana. Eso añadiría una nueva condena. Muchacho, menuda colección.

Álvaro parece a punto de hablar, pero luego desvía la mirada hacia el piloto de la cámara y decide retener las palabras. Marta está atenta al detalle.

—Bueno, chico, no vamos a perder más tiempo contigo. Ya hablarás con el juez —dice Marta, poniéndose de pie—. Espero que pagues por lo que has hecho.

Silvia sigue a Marta mientras salen del cuarto. Una vez en el pasillo, Marta le pide a su compañera que vaya a la sala de control y detenga la grabación. Quiere hablar con Álvaro a solas, cara a cara, sin grabadoras de por medio.

No transcurre ni un minuto cuando Marta vuelve a entrar en la sala, aproxima una silla a la posición de Álvaro y se sienta a su lado. Apoya el codo en la mesa y descansa la cabeza sobre la palma de su mano, de espaldas a la cristalera opaca.

—Mira detrás de mí, donde está la lente de la cámara —le susurra—. ¿Ves que se ha apagado el piloto? Ahora nadie nos escucha. Dime algo, aunque sea por la mujer que ha muerto. Tiene hijos, más jóvenes que tú —miente—. Necesito saber qué ha sucedido y por qué. Dame una pista. Tranquilo, no te pondré en una situación comprometida.

Álvaro no esperaba que la inspectora le rogara información de esta manera. Su estrategia está clara: esperar a que venga un abogado en su ayuda. Aunque se muestra confiado, la noticia de los niños huérfanos le ha cambiado el semblante.

—No tengo nada que ver con el asesinato del que hablas.

—Te creo. No pareces alguien que se meta en problemas, pero no entiendo cómo has terminado en esto.

Álvaro se lleva las manos cerca de la boca y habla en voz baja:

—Me citaron a una hora en un sitio. Un taxi me recogió y me llevó a otro lugar. Allí esperé sin saber qué hacer. Entonces me dieron el coche y me dijeron que condujera y siguiera las indicaciones del navegador. Solo serían veinte kilómetros. Me prometieron mucha pasta.

—Y las cosas se complicaron, ¿verdad?

—Ya lo has visto.

—¿Dónde recogiste el coche?

—No te lo puedo decir.

—¿Cuántas personas estaban en el coche cuando te lo entregaron?

—Eso tampoco te lo voy a decir.

Marta se detiene a pensar. Observa a Álvaro con la mirada fija en sus ojos.

—Verás, puedo sacarte de esta en menos de una hora, pero solo si me dices quién te contrató y dónde hicisteis el cambio.

Álvaro niega con la cabeza. Su gesto es tan convincente que Marta entiende que no obtendrá más información. Entonces, una idea se ilumina en su mente, al recordar el comentario del repartidor de cerveza. Decide arriesgarse y jugársela al todo o nada.

—Tú esperabas en el área de servicio de Elche, frente al hotel.

La reacción de Álvaro es instantánea: aprieta los labios y abre los ojos con sorpresa.

—Allí, los del tiroteo del aeropuerto llegaron en el Mercedes negro, se bajaron y te pusiste al volante en dirección a El Campello. —Acompaña sus palabras con una ligera sonrisa. Por la reacción de Álvaro, sabe que acaba de dar en el blanco—. Amigo, hay cámaras de seguridad en ese lugar y te tenemos grabado.

Álvaro cambia su postura: apoya los antebrazos en la mesa y se reclina en la silla, alejándose de Marta.

—Te doy una última oportunidad: ¿me das un nombre?

15:29. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

Marta ha pedido a Silvia que la deje a solas en la oficina. Allí, toma un trago de Coca-Cola, recostada en la silla ergonómica de Teo y con las piernas en alto, apoyadas en el escritorio. Este es el primer momento de calma que ha tenido en todo el día, y lo disfruta a pesar de saber que la jornada pronto se complicará.

En un instante de pausa, recuerda la imagen de su hermana. Lara no tardará en aparecer por la puerta, en compañía de Olmedo. Sin embargo, ese pensamiento se desvanece frente al recuerdo del rostro de Claudine Gilabert pidiendo ayuda momentos antes de recibir un disparo mortal.

Marta encuentra imposible dejar su mente en blanco, ni siquiera los ejercicios de respiración que aprendió con una psicóloga logran reducir sus pulsaciones. «Piensa en algo bonito», le decía la misma psicóloga para desviar los pensamientos hacia lo positivo. Entonces se esfuerza por traer a la memoria el último encuentro a solas con Fran Vallejo, apenas tres días atrás en su apartamento, después de una cena improvisada a base de sándwiches de pavo y mayonesa. Marta se siente tan bien en su compañía, que pensar en él es el único refugio para abstraerse del agitado mundo en el que vive.

Así que decide llamarle.

—Por fin te localizo. Estaba preocupado por ti. Me enteré del tiroteo del aeropuerto. ¿Te pilló allí? —pregunta Fran, con la voz llena de emoción.

—Dispararon a la mujer que fui a recibir. Me salvé de milagro, aunque ella...

—Me han dicho que ha muerto, ¿es verdad?

—Sí.

—¿Quién era?

A Marta le resuena en la mente la voz del secuestrador prohibiéndole hablar de la mujer francesa.

—No te lo puedo decir. Es información confidencial.

—Joder, Marta. Lo voy a averiguar en unos minutos.

—Lo sé, pero créeme que no puedo decírtelo.

—De acuerdo. Pero ¿estás bien?

—Gracias por preocuparte. Estoy muy estresada. Este día está siendo un infierno.

—¿Quieres que nos veamos? Hoy me dijiste que tu hermana se marchaba a Guardamar.

La frase sacude a Marta. No recordaba haberle mencionado a Fran los movimientos de Lara. De hecho, le había dicho que la acompañaría a la estación de autobuses y luego iría al aeropuerto a recoger a alguien.

—Oye, ¿estás ahí?

Marta está presente, pero enmudecida. Empieza a considerar si Fran podría haber sido la fuente de información que alertó a la banda de asaltantes sobre sus planes. La advertencia del secuestrador resuena en su mente: «Tengo oídos en todas partes».

—¿Marta?, ¿sigues ahí?

—Fran, voy a hacerte una pregunta y necesito que seas sincero conmigo.

—Estás muy rara.

—¿Le dijiste a alguien que yo iba a ir a la estación de autobuses y al aeropuerto?

—¿Yo? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Te lo digo en serio. Es muy importante.

—Marta, creo que necesitas descansar, estás desvariando. No hablo de ti con nadie.

—Prométemelo.

—Te lo prometo, te lo juro y, si es necesario, lo sello con sangre. ¿Qué te pasa? Pensaba que confiábamos el uno en el otro.

—Y confiamos, pero tengo razones para preguntar. Créeme, no lo haría si no fuera importante.

—¿Quieres hablar de ello?

—No, olvídalo. Tengo que volver al trabajo otra vez.

—Oye, como no me avisaste antes, publiqué en la web del periódico que Julián Canella era sospechoso del asesinato en la playa de Muchavista.

Marta lo había olvidado por completo.

—Oh, mierda, ha habido novedades...

—Dime, soy todo oídos.

—No tengo detalles, pero escuché que al mediodía encontraron a Julián muerto en el interior de un coche.

—¡Joder! ¿Sabes dónde?

—Uf, ni idea... ¡Espera un momento! —Marta se levanta y busca entre los papeles esparcidos en el escritorio de Teo—. Fue en Agost, en un camino rural. El comisario lo había escrito en algún lugar... Creo que es esto... Partida Rochet, en Agost.

—Muchas gracias. Voy yo también a ponerme en marcha —dice Fran con un tono renovado—. Si quieres, puedo pasar por tu apartamento más tarde, cenamos y te hago un masaje, creo que te vendría bien.

—No puedo.

—Venga, no te hagas la remolona.

—No, de verdad, no insistas.

—Vale, como quieras. Siempre te sales con la tuya.

Marta piensa en Lara y recuerda que el secuestrador sabe dónde vive y que en su apartamento no estaría a salvo. Piensa en un hotel, aunque no imagina a Lara con la suficiente paciencia para estar confinada entre cuatro paredes. Entonces, ¿dónde?

—Fran, perdona. Necesito un favor.

—Ves, lo que yo decía, que siempre llevas el mando.

—Te hablo en serio. Te juro que te lo compensaré con creces.

—Me das miedo, Marta.

Ella consulta el reloj de su teléfono.

—Nos vemos en una hora en la comisaría... Bueno, no... Mejor en una calle más abajo, en la puerta de la frutería marroquí. Ven en coche, porque tendrás que llevar algo grande y pesado.

En ese momento, Teo Serralba sorprende a Marta sentada en su silla. Entra por sorpresa, sin llamar a la puerta, y ella cuelga para averiguar qué noticias trae su compañero.

—¿Conseguisteis descifrar el fichero?

Teo coloca la mochila del ordenador portátil en la mesa y emite un suspiro prolongado antes de responder.

—Mi colega está de vacaciones en las Maldivas, incomunicado. Así que no hemos avanzado nada en ese frente. Nuestra única opción es hablar con el departamento de Delitos Informáticos o con...

—Olvidalo —ordena Marta—. Recuerda que el secuestrador me advirtió que no compartiera el tema del USB, así que no podemos derivarlo a nadie más. Tenemos que abrirlo por nosotros mismos, y todo debe mantenerse en secreto. —Ella señala con la mirada hacia la mesa de Vicente Pagán.

—Comprendo. ¿Y cómo fue el interrogatorio con el chaval del Mercedes?

—De eso mismo quería hablarte. No logré sacarle nada, pero estoy convencida de que recogió el coche en el área de servicio de Elche. ¿Pedisteis las imágenes?

—Eso iba a hacerlo Albízar, pero se fue pitando en cuanto le llamaron sobre el hermano de Canella.

—Ah, claro.

Marta recuerda que aún no ha revisado las grabaciones de los registros en el ático y el chalet de Julián Canella de esa misma mañana, ni ha leído el informe que Vicente Pagán había preparado sobre el hermano mayor de este, el joyero. Ella busca con la mirada la carpeta con su nombre en la mesa de Vicente Pagán y la encuentra.

La inspectora abre la carpeta y, en ese momento, es sorprendida por el propio Vicente Pagán, que aparece en la oficina con Olmedo. Ella pregunta con la mirada por su hermana.

Alguien silba por el pasillo. El sonido se silencia cerca de la puerta.

Lara aparece con las manos en los bolsillos, aparentemente ajena al sufrimiento que han padecido debido a su secuestro.

—Lara...

Un impulso tienta a Marta a salir corriendo hacia su hermana, con los brazos abiertos, pero una fuerza invisible la retiene, como un millón de garras que la impidieran reaccionar. Desde que su madre quedó postrada en la cama, un profundo resentimiento creció dentro de ella, no solo hacia su padre, que fue quien trajo la pena al hogar, sino también hacia Lara, que estuvo ausente cuando más la necesitaba.

Si un solo deseo le concediera la vida, Marta pediría borrar aquellos años de su memoria. La figura de Lara le transmite sufrimiento, siempre lo ha hecho y ahora, con su vuelta tras salir de la cárcel, lo vuelve a hacer. Lara es un imán para los problemas, así la ve Marta cuando piensa en ella. A pesar de que le roba la energía, hay un lazo inquebrantable que las une, y Marta puede sentirlo en lo más profundo de su ser. Le duele acercarse a Lara, pero le duele aún más alejarse.

La batalla interna dura solo unos segundos, el tiempo suficiente para que Lara se dé cuenta de que su hermana está paralizada. Aunque sea más impulsiva que Marta, y su temperamento en ocasiones la convierta en un ogro, también es la más cariñosa de las dos. Lara siempre está dispuesta a abrazar a su hermana. No le importan los desplantes de Marta ni la distancia que haya entre ellas. Hay lazos de unión que ni la más feroz de las tormentas puede romper, así que Lara no duda en dar el primer paso.

Hay abrazos que jamás se olvidan, y este es uno de ellos. Lara logra romper los candados que protegían la coraza de Marta, y la liberación es tan intensa que la inspectora rompe a llorar. Necesita retirarse al baño para liberar la presión acumulada durante tanto tiempo.

—Venga, todos a currar, que la peli del sábado por la tarde acaba de ir a publicidad. —Lara acompaña su mensaje con unas palmadas y la debida sonrisa—. Aquí se está rodando una de polis, y los únicos que lloran son los malos, así que a por ellos —bromea e imita a los jefes de

Policía que tantas veces ha visto en la televisión.

Teo, Vicente y Olmedo agradecen el toque de humor de Lara y le siguen la corriente mientras esperan el regreso de Marta.

Minutos después, Marta lleva a Lara al pasillo y le muestra las grabaciones en la discoteca Snorkel y también los vídeos que ella misma grabó con su teléfono móvil. Le pide a Lara que preste atención a todas las personas que aparecen y que le diga si reconoce a alguna de ellas.

—No me suena ninguno.

—¿El tipo del autobús te dijo su nombre?

—No.

—Por casualidad, ¿tenía acento andaluz?

—¡Sí! Oye, ¿cómo lo sabes?

—Cosas de policías. ¿Y recuerdas si llevaba tatuajes en las muñecas?

—¿«Au»?

—Eso es.

—Pues no creo, porque me habría dado cuenta. Llevaba una pequeña cadena de oro con un símbolo raro, como una letra «s». Por lo demás, no recuerdo ningún detalle.

—¿Y de los que iban en el coche, los que te secuestraron?

—Todo fue muy rápido. No tuve tiempo...

—Vuelve a ver los vídeos, que quizás algo refresque tu memoria.

Lara mira las grabaciones, pero no puede señalar a nadie con certeza. Sus recuerdos del momento en que la metieron en el vehículo son muy vagos, y apenas retiene el rostro del hombre que le puso la bolsa en la cabeza. No lo reconoce en las grabaciones.

—A quien más recuerdo es a Dani. —Lo señala en la pantalla.

—¿Tenía acento andaluz?

—No, para nada. Además, tenía voz profunda, como la de un locutor de radio.

Marta está segura de que los secuestradores de Lara no tienen relación con los hombres de Canella. Apaga la pantalla de su teléfono y observa a su hermana con mirada compasiva.

—Lara, tengo que darte una noticia: vas a tener que esconderte durante unos días.

16:20. Vivienda de Diego Canella. El Campello.

Silvia Llamazares conduce un coche oficial mientras Marta Escudero consulta el informe que su compañero Vicente Pagán ha realizado sobre Diego Canella, el dueño de la joyería. Hace unos minutos han dejado a Lara al cuidado de Fran Vallejo, quien ha accedido a albergarla en su casa de campo durante unos días para mantenerla a salvo, a la espera de que el caso se resuelva y todo regrese a sus cauces.

—¿Dices que este tipo es prepotente? —pregunta Silvia.

—Yo diría que bastante. Lo conocí el día del tiroteo y me sorprendió su frialdad. Más tarde lo vi en la discoteca, rodeado de su séquito, y me recordó a los capos de las pelis de gánsteres. Aquí —dice señalando los documentos— pone que está divorciado. A ver quién aguanta a un tipo así. La madre falleció por enfermedad cuando él tenía veinticinco años y el padre apareció muerto en su casa por circunstancias desconocidas. En la ficha policial del padre hay escritas unas cuantas líneas... Drogas, altercados, peleas... Y ¡jojo! Estuvo tres años en la cárcel.

—Si es que de tal palo...

—Volvió a casarse y cedió el negocio de la joyería a sus hijos, Diego y Julián, y una pequeña parte a su segunda esposa.

—¿Crees que deberíamos ser nosotros quienes le demos la noticia de la muerte de su hermano? —pregunta Silvia.

—De hecho, espero que seamos los primeros. Tengo curiosidad por ver su reacción. El sargento de la Guardia Civil que trajo a Álvaro me dijo que Canella se enfureció al llegar a su casa y ver el coche calcinado. Es evidente que no se lo esperaba.

—¿Quién se esperaría algo así?

—Yo, al menos, no. Además, tengo ganas de recriminarle que no reconociera a su sobrina en la foto que le mostré junto a Marc Gilabert. Estamos tratando con un tipo peligroso. No me sorprendería que estuviera detrás del secuestro de Lara.

El vehículo policial se desvía hacia la cala Baeza. A medida que avanzan, aparecen fincas con chalets y adosados con vistas privilegiadas al mar. Algunas de estas propiedades valen una fortuna, como la que están a punto de visitar.

—Debe ser aquí. —Silvia señala una gran mancha negra en el asfalto donde se supone que el Mercedes se incendió.

—Ahí enfrente está el número setenta y nueve —confirma Marta, apartándose por primera vez del informe de Vicente Pagán.

En las últimas páginas se detallan los bienes de Diego Canella. Posee tres propiedades, entre ellas el chalet al que se dirigen. Además, la empresa tiene cuarenta y siete empleados registrados, que trabajan en sus diecisiete negocios de compra de oro y en tres agencias inmobiliarias ubicadas en Murcia, Torrevieja y Alicante. De entre todos los datos, lo que más llama la atención a Marta es que Joyería Canella tiene tres socios: los hermanos Diego y Julián Canella, y una tercera persona con una pequeña participación, cuyo nombre Marta recuerda muy bien: Luisa Carrizo. Luisa es la dueña del Volkswagen Golf que conducía Marc Gilabert, donde encontraron

muerto el menor de los Canella. Cuando Marta la visitó, Luisa dijo que su marido había fallecido y que vivía de las rentas de varias propiedades. La inspectora deduce que Luisa es la segunda esposa del padre de los Canella, el fundador del negocio.

Antes de salir del coche, Marta decide llamar al comisario para averiguar si hay novedades sobre la muerte de Julián Canella.

—Acaban de llevar su cuerpo al Anatómico Forense —informa Albízar—. Ha estado aquí Luis Villacreces, ¿lo recuerdas? Es el médico forense. Dice que Julián murió de un disparo en la cabeza, a quemarropa. No presenta signos de lucha y calcula que ocurrió hace veinticuatro horas, es decir, ayer por la tarde. Marta, ahora que lo recuerdo, ¿qué sabemos de los teléfonos de Julián Canella y su esposa?

—Teo los investigó, pero las señales de ambos se perdieron hace días en su chalet de El Moralet. En fin... Estoy con Silvia en la puerta de Diego Canella. Vamos a darle la noticia y a charlar un rato con él. Deséanos suerte.

—Tened mucho cuidado con ese hombre. No olvides el tiroteo en su joyería. Es peligroso.

—Lo tenemos presente. No creo que se atreva a hacer daño a dos policías. De todas formas, te llamaremos cuando salgamos. Si en media hora no tienes noticias nuestras, envía a alguien a buscarnos.

—No me hace gracia. Largaos de ahí cuanto antes.

—Tranquilo, a nosotras tampoco nos entusiasma estar con este tipo. Hablamos.

Por la calle no circula ningún vehículo a esa hora de la tarde. El silencio reina. Silvia toca el timbre con determinación, hasta que una voz masculina pregunta desde el interfono:

—¿Quién es?

—Policía Nacional. Queremos hablar con Diego Canella.

La comunicación se corta, y poco después escuchan el sonido del abrepuertas. Silvia empuja y ambas acceden a la finca a través de un pasillo de piedra flanqueado por un jardín en obras. Hay herramientas esparcidas, ladrillos apilados y sacos de cemento junto a la cerca exterior.

A su encuentro aparece un hombre de mediana edad, con pantalón corto y el torso al descubierto, tatuado y musculoso. Lleva gorra y gafas de sol. Marta enseguida identifica a Dani, la mano derecha de Canella, el mismo que tuvo un encuentro íntimo con Lara en los baños de la discoteca Snorkel.

Dani camina sin camiseta y exagera su postura como si fuera el modelo de una portada de revista. El sudor que recorre su pecho y mejillas indica que lo han interrumpido durante su entrenamiento.

—Hola, ¿hay algún problema? —pregunta a Silvia y Marta, quienes están a pocos metros de la fachada de la vivienda.

—¿Eres Diego? —pregunta Marta, aunque conoce la respuesta.

—No, soy un colega. Diego está ocupado. ¿Puedo ayudaros?

Marta también lleva gafas de sol y no pierde detalle de lo que sucede detrás de las ventanas de la casa, donde un par de rostros se asoman para averiguar quiénes son los visitantes. Sabe que no será sencillo tratar con ellos, así que decide adoptar una postura firme y un tono de voz intimidante.

—Venimos a hablar con él. Dile que es importante. Esperaremos.

Dani espera unos segundos, pensativo.

—¿Es por lo del coche que se ha quemado fuera?

—¿Acaso es importante? —responde Marta dejándole claro que desea hablar con Diego.

—Está bien. Pasad y sentaos ahí —dice señalando un conjunto de jardín bajo la sombra de una palmera, con vista a una piscina en forma de media luna.

A lo lejos, se oyen voces, a modo de reprimenda. Silvia señala una moto estacionada en el lado opuesto de la entrada, que da a la calle paralela. Marta asiente sin decir palabra. Hay un detalle en la fachada que le resulta curioso. Se incorpora para acercarse a la pared que hay junto a la puerta de acceso a la casa, donde se expone un cuadro pintado a acuarela con el paisaje de una playa y un faro al fondo. Es parecido al que vio en el chalet de Luisa Carrizo. Marta se aproxima para leer las letras que firman la obra, pero Diego la sorprende.

—¿Te gusta?

Su voz es ronca y directa, casi punzante. Viste una camiseta ajustada de tirantes y pantalones de un equipo de baloncesto estadounidense. Su mirada se clava en Marta, como si ella lo hubiera molestado.

—Hola. Soy la inspectora Marta Escudero. No sé si me recuerdas. Ayer...

—Sí. Nos vimos en la joyería. ¿Habéis atrapado a los vándalos?

—Bueno... Vamos por partes. Ella es la subinspectora Llamazares, y queremos hablar contigo sobre otro asunto.

Diego permanece en el umbral de la puerta, con los brazos en alto y los codos apoyados en los marcos. Su postura chulesca y su mirada lasciva incomodan a Marta, que retrocede unos pasos para sentarse junto a Silvia. Espera en silencio a que Diego abandone la pose de matón de barrio y se siente a hablar como una persona civilizada.

Él consulta su teléfono y se acomoda el peinado antes de dirigirse a la mesa. Una vez allí, vuelve a mirar la pantalla y se arregla el flequillo hacia arriba.

—A ver, ¿qué es tan importante?

—Venimos a hablar sobre tu hermano.

—¿Mi hermano? —Diego simula estar sorprendido.

—Sí, Julián —matiza Marta—. Tengo entendido que es tu hermano menor y socio en los negocios.

—¿Qué pasa con él?

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Hace unos tres días o así.

—¿Y a su mujer?

—Joder, ¿y eso qué importa?

—Importa, créeme.

—Pues... No sé... Quizás hará dos o tres semanas.

—¿Y a tu sobrina? —Diego reacciona con una sonrisa irónica y desvía la mirada hacia la piscina—. ¿Puedes responder?

—¿Qué coño importa cuándo vi o no vi a mi sobrina?

—Mira, Diego, ayer no empezaste con buen pie conmigo, y espero que hoy lo arregles, porque hay muchos frentes que apuntan hacia ti. Con nosotras no funciona jugar al gato y al ratón. Me mentiste cuando te enseñé la foto de Rosa.

—Joder, estaba tenso, maldita sea. Quiero a esa niña como si fuera mi hija. La vi hace unos días, sí, eso es. Estuvo aquí, bañándose con su hermano.

—¿Por qué me mentiste?

—Te lo acabo de decir. Estaba nervioso, ¿no te basta?

—¿También me mentiste cuando te enseñé la foto de Marc Gilabert? —La pregunta inquieta a

Diego, quien juega con su barbilla sin disimular la preocupación. Se humedece los labios antes de responder—. Dinos la verdad y todo será más sencillo —insiste Marta.

—El francés era amigo cercano de mi hermano, ¿entiendes?

—Bien, es un primer paso. Le rajaron el cuello.

—Sí, ya me lo dijiste. A mí no me importan sus asuntos, pero sé que estaba metido en malos rollos.

—¿Qué rollos?

—Negociaba con maleantes, gente de...

—Venga, Canella...

—Yo qué sé. Ya te digo que era amigo de mi hermano. Pregúntale a él.

Silvia busca a Marta con la mirada, quien le pide paciencia con una mueca. Todavía no ha llegado el momento de soltar la bomba.

—¿Conoces a la hija de Marc Gilabert?

—Ya te digo que apenas tenía contacto con él. No me importaba su vida, ¿comprendes?

—Porque era el novio de Luisa Carrizo. —Diego condena a Marta con la mirada. Ella presiente que de un momento a otro él se pondrá a la defensiva—. Diego, escucha. Sé que hablar de esto no es plato de buen gusto, pero hay muchas piezas que necesitamos unir. Y tú puedes ayudarnos a resolver el caso más rápido.

—Luisa se casó con mi padre. Siempre se portó bien conmigo, pero nadie puede reemplazar a una madre. —Se levanta la camiseta y muestra un tatuaje del rostro de su madre sobre el corazón—. Mi padre le dejó la casa y varios locales en su testamento, para que no pasara necesidades. Como os dije, la respeto, pero cada cual en su casa. Mi hermano tiene más contacto con ella y también con el francés.

—Hemos intentado localizar a tu hermano y a tu cuñada. Sus teléfonos dejaron de funcionar hace dos días.

—Mi hermano me dijo que se iba unos días de vacaciones.

—¿Dónde?

—Le gustaba ir a Roquetas de Mar, en Almería.

—¿Sabes que han entrado a robar en su ático y también en el chalet? —Diego se queda perplejo, y Marta se pregunta si la reacción está teatralizada—. Desvalijaron ambos lugares. Del chalet se llevaron la caja fuerte, y la moto acabó en la piscina.

—No me lo puedo creer —responde Diego, con tono bañado de rabia.

—¿No irás a decirme que también fue obra de vándalos?

—¡Joder! —Diego manipula su teléfono y lo acerca a su oído.

—¿Llamas a tu hermano? —pregunta Marta, y él asiente.

Diego vuelve a tocar la pantalla con nerviosismo.

—No te va a responder.

Él se incorpora y continúa intentándolo. Ya no esconde la preocupación. Alguien contesta al otro lado del teléfono, y Diego regresa rápidamente a la casa. Una breve conversación se convierte en un grito agudo y prolongado, seguido de ruidos estridentes que indican que ha destrozado algo de cristal en el suelo.

Marta y Silvia corren hacia la entrada y ven a Diego apoyado en la mesa del salón, con el rostro hacia abajo. Golpea el tablero con el puño y emite otro grito, manifestando su frustración.

Dani aparece desde una puerta interna, sobresaltado.

—¿Qué coño pasa aquí? —pregunta de manera intimidante a las policías, quienes permanecen

firmes en la puerta—. Vamos, largo de aquí, a tomar por culo de una vez. —Se aproxima como un gorila para empujar a Marta y a Silvia.

—Déjalas en paz —ordena Diego con un hilo de voz.

—¿Qué coño dices?

—Que las acompañes a la puerta. Ya se iban.

A Marta aún le quedan preguntas por realizar, pero prefiere poner fin al interrogatorio por ahora, así que da media vuelta y toma el camino hacia la salida.

—¿Se puede saber qué coño le habéis dicho? —pregunta Dani mientras sostiene la manivela de la puerta.

Marta le respondería con los mismos modales con los que él las ha tratado, pero recuerda que está de servicio y debe respetar ciertas reglas. No obstante, adopta una postura firme, y con voz entera y sonora le anuncia el motivo de la visita.

—Hemos encontrado a Julián Canella muerto en un coche, con un disparo en la frente.

17:10. Urbanización La Almajada. Muchamiel.

Marta Escudero abandona la casa de Diego Canella con una idea clara de cuál será el próximo paso. Está acostumbrada a que la gente oculte información, generalmente para protegerse a sí misma. Pero en esta ocasión, las mentiras están entorpeciendo la investigación y provocan que aparezcan nuevos problemas y, lo que es peor, más víctimas.

Tal y como había quedado con Albízar, ella lo llama para ponerlo al día sobre el encuentro con Diego y las conexiones entre él, su hermano, Marc Gilabert y la pieza que vuelve a aparecer en el juego: Luisa Carrizo. El comisario le informa que un abogado ha llegado para ocuparse de Álvaro, el joven que quemó el coche en la puerta de Diego, y ha dejado claro que su cliente solo declarará en sede judicial. Después, Albízar ha enviado a Olmedo y a Vicente Pagán a casa para permitir que Teo Serralba trabaje en solitario.

La llamada concluye justo cuando el coche conducido por Silvia llega a la urbanización donde Marta visitó a Luisa el día anterior. Tienen la intención de hablar con ella y aclarar qué sabe sobre la mujer de Julián Canella, los niños, los líos en que estaba metido Marc Gilabert y, de paso, por qué ella y Diego tienen un cuadro con un faro en sus casas.

Hunden el pulsador del timbre varias veces, pero no obtienen respuesta, ni siquiera de los perros que en la anterior visita ladraron al timbre. Marta observa la cortina de la ventana del segundo piso, la misma que vio cerrarse en un par de ocasiones.

—Esto no me gusta nada, Silvia. Es extraño que los perros no estén aquí. —Golpea varias veces la puerta metálica por la que acceden los vehículos.

—¿Quieres entrar? —pregunta Silvia.

—No me lo digas dos veces, que estoy impaciente, pero debemos actuar con cautela e inteligencia, ¿no dices eso tú?

—Eso dicen los reglamentos. Pero si fuera por mí, ahora mismo reventaba la puerta y entraba en la casa como un toro de Miura.

—Mantengamos la calma —insiste Marta y da unos pasos hasta llegar a la acera del otro lado de la calle.

La inspectora da por hecho que, por el silencio del entorno, los vecinos están durmiendo la siesta. Entonces, recuerda que Luisa le dijo que a veces la visitaba el hijo del vecino de al lado. Marta no duda en dirigirse hacia esa puerta.

—¿Quién es? —pregunta una mujer desde dentro sin utilizar el interfono.

—Estamos buscando a Luisa Carrizo.

—Vive en la casa de al lado, la de la puerta marrón.

—Sí, lo sabemos, pero no parece estar en casa. ¿Puede salir un momento? Quiero dejarle un aviso.

Una mujer que ronda los setenta años abre la puerta vestida con un pareo y chanclas de piscina. De aspecto cercano, su rostro se arruga por la preocupación y encoge los hombros.

—Somos de la Policía Nacional —anuncia la inspectora.

—¿Le ha pasado algo a Luisa?

—No, tranquila. Veníamos a verla y nos pareció extraño que no estuviera. ¿Sabe si ha salido?

—Pues no tengo ni idea. Esta mañana escuché al niño jugando en la piscina, pero luego...

—¿Ha dicho al niño?

—Sí, a su nieto.

—¿Cómo se llama?

—Joel.

—¿Y tiene una hermana?

—Claro, Rosita. ¿Por qué lo pregunta?

Marta recuerda los juguetes en el jardín y las chaquetas en la percha de la entrada. Según Luisa, pertenecían al hijo de la vecina, pero en realidad son de Joel y Rosita, los hijos de Julián Canella.

—¿Sabe si la nuera de Luisa ha estado por aquí estos días?

—¿Rosa? Ahora que lo dice, hace un par de días la escuché discutir con su marido, pero no me gusta entrometerme en asuntos ajenos, así que cerré la ventana y seguí con mis cosas.

—¿Sabe si pasaban mucho tiempo aquí?

—Oh... No sabría decirles... Tampoco es que yo tenga una relación muy cercana con la familia.

—¿Tiene el número de teléfono de Luisa?

—Ves, eso sí. ¿Lo quieren?

—Sí, por favor.

—Enseguida traigo mi móvil, lo tengo anotado allí.

La mujer se da la vuelta y regresa a la casa.

—Disculpe —dice Marta—, ¿cuál es su nombre?

—Puri.

—Muy bien, Puri. Veo que su casa tiene una terraza en la parte superior, ¿podría dejarnos subir un momento? Es para echar un vistazo desde allí a la casa de Luisa. Le prometo que solo será un minuto.

—Claro, adelante, síganme.

Como intuían, el chalet de Luisa parece tranquilo. Desde la terraza de Puri atisban una parte de la piscina y el pasillo lateral con cuatro ventanas, todas ellas con las persianas bajadas. No pueden confirmar si el vehículo está dentro o no.

Marta y Silvia deciden marcharse de allí y llaman al número de teléfono que Puri les ha proporcionado. No obtienen respuesta; solo escuchan la voz de un contestador automático. Marta le deja un mensaje pidiéndole que la llame lo antes posible.

De regreso a la comisaría, Marta comenta que está agotada y que, al llegar a casa, se dará un baño en la piscina. Se lamenta por no usarla más a menudo y apenas tomar el sol. También menciona que lleva varias semanas sin hablar con Quiroga, su anterior compañero en la comisaría de Oviedo, quien siempre le pregunta si está morena. Ella suele responder que las pocas veces que encuentra un hueco para tomar el sol, siempre es de noche. Planea llamarlo en cuanto el caso le dé un respiro. Ahora necesita recargar energías y esperar al día siguiente para volver a visitar a Canella y averiguar más sobre esa familia.

Mientras tanto, Teo trabaja duro para obtener imágenes del área de servicio de Elche y espera una respuesta del Centro Nacional de Inteligencia para identificar a la persona que acompañaba a Canella en la discoteca. Marta continúa inmersa en sus pensamientos y se da cuenta de que tiene pendiente revisar las grabaciones de las intervenciones en las casas de Julián Canella y hablar a

solas con Teo para ver cómo pueden descifrar el contenido del USB de Claudine Gilabert.

—¿No vas a ver a tu hermana? —pregunta Silvia cuando están cerca de la comisaría.

—Llamaré a Fran más tarde para ver cómo está ella. Prefiero que se quede un par de días en el campo. Espero que esto termine pronto. Me preocupa el tipo que me llamó con acento andaluz. Antes dijo Canella que a su hermano le gustaba ir a Almería... Además, los tipos que entregaron el maletín a Gilabert... ¿Recuerdas? El coche pertenecía a una empresa de Granada... Andaluces. No sé... Me huele a crimen organizado y quizás Canella no sea más que un pequeño eslabón.

—Ya, pero van tres muertos en tres días.

—Eso es lo que más me preocupa.

Marta se siente culpable por no haber protegido a Claudine de forma adecuada. Todo está sucediendo muy rápido. Es un día de infarto, de los que no dan un instante de tregua. En medio de la aparente calma, las imágenes y las palabras vuelven a asaltar la mente de la inspectora con fuerza. Ahora recuerda la reacción de Diego cuando le confirmaron por teléfono que su hermano Julián había fallecido. Marta se pregunta quién estaba al otro lado de la línea y entonces recuerda que tienen intervenido el teléfono de Diego.

No duda en llamar a Teo.

—¿Me escuchas?

—Sí, jefa.

—Oye, esto es urgente. ¿Todavía tenemos pinchado el teléfono de Canella?

—Sí.

—Entonces, habla con los responsables. Realizó una llamada sobre las cuatro y media de esta tarde. Necesito saber a quién llamó, y si además está grabada, pues...

—Pues, ¿qué?

—Que te invitaré a chocolatinas, joder. Venga, consíguemelo.

—¿Dónde estáis?

—Aparcando en la comisaría. Así que al lío, a ver si lo tienes todo para cuando suba.

Nada más colgar el teléfono, Marta se lleva la mano a la nuca y aprieta sobre un punto del que emana una leve molestia.

—Voy a tener que ir al fisioterapeuta. ¿Conoces a uno bueno?

Silvia aparca el coche y luego se gira hacia Marta.

—Tengo que decirte algo. Sé que no lo haces a propósito, pero a veces eres dura con la gente.

—¿Lo dices por Teo?

—Te involucras tanto en el trabajo, que en ocasiones olvidas que estás tratando con personas. Ya te lo dije ayer, pero mira cómo acabas de hablarle a Teo. Te vuelves muy exigente. Recuerda que trabaja horas extra y además es padre de un bebé. No sé si te lo ha dicho, pero su mujer no te tiene mucho aprecio.

—Teo me dijo que le gustaba la acción y trabajar con varios frentes abiertos, que se sentía útil en esa situación. Quizá en ocasiones mis formas no sean las más correctas, pero intento transmitir entusiasmo al equipo y... Sí, es verdad que a veces puedo parecer arrogante. En fin... Gracias por recordármelo. Y respecto a su mujer... No sé qué decirte. Nuestro trabajo es complicado.

—Habla con él. Al menos, que vea que te preocupas.

—Soy la primera en animarlo y felicitarlo, pero es que llevamos un ritmo tan alto, que ni siquiera tenemos tiempo para tomar un café. Mira qué hora es. No he comido nada desde las

ocho de la mañana.

Teo permanece concentrado en las pantallas mientras Marta se le acerca y apoya las manos en los hombros de él. Observa uno de los monitores que muestra un Mercedes negro.

—¿Es el área de servicio de Elche? —pregunta Marta señalando el coche.

—Acertaste. Acabo de localizar la secuencia y, jefa, no lo vas a creer, las imágenes son muy buenas.

Teo reproduce el vídeo. La cámara está en la gasolinera y enfoca un aparcamiento que hay frente al hotel, cubierto por un techado de uralita. El Mercedes se detiene en un espacio donde un hombre está de pie.

—Ese de ahí es Álvaro, ¿verdad?

—Hay otras cámaras que lo capturan mejor, pero sí, es él.

La grabación continúa, y las puertas del Mercedes se abren. El conductor y otras tres personas, que por su constitución parecen hombres, descienden. Dos de ellos llevan varios bultos que podrían contener las armas utilizadas en el tiroteo del aeropuerto. El copiloto se acerca a hablar con Álvaro, y ambos intercambian algunas palabras. El relevo apenas dura unos segundos y se despiden con un apretón de manos.

El Mercedes reanuda la marcha, pero en lugar de dirigirse hacia la autovía, lo hace en sentido contrario.

—Fíjate en este detalle. —Teo señala otro monitor con una vista aérea de la zona y las carreteras—. Toma un camino de tierra que cruza la autovía por debajo y luego regresa a la gasolinera del otro lado. Observa esta imagen. —Reproduce un vídeo con otra perspectiva, grabado desde la gasolinera que hay en sentido norte—. El coche aparece por el camino de tierra y enseguida se incorpora a la autovía en dirección a El Campello.

—Gran trabajo, Súper Teo —celebra Marta, confirmando el relato de Álvaro—. ¿Y qué hay de los demás?

—Buena pregunta. Otra cámara los capturó subiendo a un BMW gris. Aquí están.

—¿No nos podemos acercar más?

—Sí, aunque el rostro aparece borroso. Tengo que pasarle un filtro, pero te adelanto que no conseguiremos verlos con nitidez. Lo bueno es que tenemos la matrícula.

—Esperemos que no sea falsa —comenta Silvia, que también permanece atenta.

—Teo, ¿sabes algo de las escuchas?

Él gira su silla y responde a Marta con la mirada. Apenas hace unos minutos que ha telefoneado a los responsables. Tienen que poner un agente a revisar las grabaciones.

—Intuyo que es pronto —se anticipa ella antes de que él le responda—. ¿Y qué hay del tipo que se reunió con Canella en la discoteca? —pregunta dejándose caer en la silla roja.

—Pues estoy esperando una respuesta del CNI. Ten en cuenta que hoy es sábado y todo va mucho más lento los fines de semana.

—¿Has pensado en cómo descifrar el USB?

—Tengo pocas alternativas y todas son oficiales, o sea, que las solicitudes quedarían registradas, lo que dejaría un rastro. Eso va en contra de la advertencia del secuestrador.

—Tenemos que buscar otra opción —dice Marta, pensativa—. ¿No hay nadie en la empresa de tu amigo que pueda echarnos una mano?

—Es una empresa, y cualquier cosa que pase por allí querrán cobrarla. Lo que hizo mi colega la otra vez fue de extranjería.

—¿Te han dicho cuándo vuelve?

—El martes por la tarde.

—¡Mierda! Tres días, son muchos días —opina Silvia, concentrada en cada movimiento—. Tengo un primo informático, pero es del montón. Arregla todo buscando respuestas en YouTube.

—Centrémonos —dice Marta, tomando el control de la conversación—. Desde las Maldivas, él no puede ayudarnos directamente, pero puede ponernos en contacto con un compañero. Teo, ¿tienes su dirección de correo personal?

—Tengo una de Gmail.

—Por favor, escríbele y pídele ayuda. Dile que necesitamos contactar con alguien de confianza y competente. Pero sobre todo, avísale de que el tema es delicado y confidencial.

—Oído, cocina.

Teo es tan pacífico que no se atreve a quejarse, pero su cara expresa agotamiento y casi hastío.

—Y una cosa más. En cuanto envíes ese correo, lárgate pitando a casa, que por hoy ya has currado bastante. Mañana será otro día.

Él agradece la propuesta con una sonrisa y dice:

—De todas formas, estaré atento al correo electrónico por si llega algo del CNI o de las escuchas de Canella.

Silvia le lanza una mirada de advertencia a Marta, que la comprende de inmediato.

—Hablaré con el comisario para ver si pueden darte un plus de productividad, porque eres un fuera de serie —dice Marta mientras Teo alza el dedo pulgar—. Pero olvídate de un ascenso o un traslado, porque yo no te dejo marchar de mi lado, ni loca.

Los tres ríen la broma de Marta, quien finaliza la risa con gesto de agotamiento. Consulta el teléfono en busca del contacto de Fran Vallejo. Desea preguntarle sobre su hermana. Mientras consulta la pantalla, suena una llamada de un número oculto.

Marta comienza a odiar esas llamadas porque siempre traen problemas.

—Diga.

—¿Inspectora Escudero? —pregunta una voz femenina, emocionada y con la respiración entrecortada.

—Sí, soy yo.

—Me llamo Rosa y soy la mujer de Julián Canella.

Marta activa el altavoz del teléfono para que sus compañeros escuchen la conversación.

—¡Rosa! Llevamos varios días buscándote. ¿Estás bien?

—Sí, pero la cosa se va a poner muy fea. No sé qué hacer...

—¿Qué ocurre? Dímelo... Tranquila.

—Es que todo se ha complicado y van a hacer una locura... Estoy segura de que la van a armar...

—¿Quién? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Diego ha entrado en cólera y va a vengarse.

Marta, Silvia y Teo prestan atención y comprenden que la jornada de trabajo no ha llegado a su fin.

—¿Dónde? Venga, Rosa, dime algo más. —Marta insta a Rosa a dar más detalles, pero la mujer rompe a llorar—. Podemos evitarlo, pero necesito que me ayudes. ¿Dónde va a ir Diego?

—Al chalet del Cabo de las Huertas.

—¿Cuál? ¿Sabes la dirección?

—Es uno que da al mar... Blanco... Con vallas metálicas... Y tiene dos alturas.

—Rosa, no cuelgues, te dejo con mi compañera Silvia. Dile dónde estás y mandaremos a alguien para ayudarte. Tranquila, que nos ponemos en marcha.

Marta pide a Teo que transfiera la llamada desde su móvil al fijo de la oficina.

—Silvia, consigue su número de teléfono.

19:10. Cabo de las Huertas. Alicante.

No hay tiempo para preparar un operativo. De camino al lugar donde tiene aparcada la moto, Marta llama al comisario Albízar para ponerlo al corriente de la última información que han recibido. Él le exige que se mantenga alejada de cualquier conflicto y que no se le ocurra intervenir sin el apoyo de más unidades.

Ella le promete que mantendrá actualizada su posición con Teo y le insta a reunir el máximo número de efectivos en la zona, porque prevé que algo importante está a punto de suceder. Antes de arrancar, envía un mensaje de voz a Fran Vallejo. Le comenta que está en el Cabo de las Huertas cubriendo un operativo y le pide que le dé un beso a su hermana Lara de su parte.

Durante el trayecto, Marta se concentra en sortear el tráfico que se acumula en la zona del puerto y en la carretera que conduce a la Albufereta. No hay semáforo que la interrumpa y utiliza todas las artimañas posibles para llegar cuanto antes.

La última vez que estuvo en el Cabo de las Huertas, visitó un chalet al que habían entrado a robar, muy cerca de donde ahora se encuentra. Se detiene y llama a la oficina, donde Teo y Silvia la escuchan.

—He llegado. No veo ningún chalet con la fachada blanca y vallas metálicas. Teo, ¿puedes ayudarme?

—Estoy consultando en Google Maps. Allí hay un paseo. Espera, que sigo barriendo la zona.

—Silvia, ¿has averiguado algo más?

—Rosa está con Luisa Carrizo y con los niños en una casa de campo de la familia de Rosa, a salvo. Solo Canella lo sabe.

—¿Has conseguido su número de teléfono?

—No. Se ha negado. Dice que solo hablará contigo.

—Maldita sea. Venga, Teo, encuéntrame el puto chalet. —Marta se pone en marcha con el casco en el brazo y la otra mano con el teléfono en el oído—. ¿Me oyes?

—Sí, te oigo, pero no encuentro nada. Quizá sea un chalet nuevo y no aparezca en Google.

Marta se detiene en una esquina y mira a ambos lados, a pocos metros del mar. En ese momento, nota la presencia de un coche que pasa por delante de ella a demasiada velocidad.

—¡Hostias! Un BMW gris.

—¿Qué dices? —pregunta Teo.

—¿Era gris el BMW en el que se fueron los del tiroteo del área de Elche?

—Sí, gris.

—Pues acaba de pasar uno por delante de mí. Está entrando en una finca por una puerta automática.

—Ten mucho cuidado, Marta.

—Voy a dejar la moto y a acercarme a pie.

—¿En qué calle estás? —pregunta Teo.

—Calle Océano. Es una finca que hay al final, a la izquierda.

Marta se aproxima por la acera con el teléfono pegado a la oreja y simula pasear en busca de la

brisa marina. La calle finaliza en una rotonda que obliga a los vehículos a dar la vuelta en sentido contrario. Solo se cruza con una pareja de mediana edad que disfruta del paseo vespertino.

Todo parece tranquilo en aquel lugar.

Marta inspecciona la finca de forma disimulada. Es el número dieciséis y se lo comunica a Teo. Observa que hay varias cámaras de seguridad en el perímetro y escucha voces que provienen del interior de la finca. Se aproxima a la puerta por donde acaba de entrar el BMW gris y se agacha a atarse las cordonerías con el oído pegado a la ranura que hay entre la base de la puerta y la guía del suelo.

Dos hombres discuten sobre una metedura de pata de uno de ellos. La inspectora se sorprende al averiguar que ambos tienen acento andaluz y entonces camina unos metros más allá, hasta el paseo que separa la finca de las rocas del mar.

—Teo, estoy casi segura de que son ellos, los de la banda que disparó en el aeropuerto y secuestró a mi hermana. He escuchado su acento. Si también son los responsables del asalto a las casas de Julián Canella y de su desaparición, entonces es probable que este sea el destino de Diego Canella. No quiero ni pensar la que se podría montar aquí dentro, sobre todo teniendo en cuenta que estos tipos están armados hasta los dientes.

—Marta, por favor, ponte a cubierto y no te vuelvas a meter en líos —le advierte Silvia—. Recuerda que hace poco te jugaste la vida en un incendio.

—Esto está en calma, de momento. Hablad con Albizar.

—Rosa me ha dicho que Diego va a rajarles el cuello a todos. Esas fueron las palabras del joyero antes de colgarle el teléfono.

—Ya digo yo que esto va en serio —dice Marta—. Teo, ¿hay alguna novedad en las escuchas?

—¡Qué va! Son unos incompetentes. Les he llamado, pero me dicen que tenga paciencia, que hacen una cosa detrás de otra.

—¡Menudos cabrones! —Marta se lamenta sentada en una roca, con el cuerpo orientado hacia el mar, pero sin perder de vista lo que sucede en la calle. Hasta ahora, todo sigue en calma.

El teléfono emite un sonido y Marta mira la pantalla. Tiene una llamada entrante de Fran Vallejo. Lo ignora y decide enviarle un mensaje con su posición y una advertencia sobre el peligro que representa acercarse.

Al momento, el teléfono suena de nuevo, pero esta vez es el comisario.

—Chicos, os cuelgo, que me llama Albizar. Comisario, dime.

—Ya me han puesto al corriente de tu posición. Varias patrullas se dirigen hacia allí. No te muevas ni hagas nada raro, ¿entendido?

—Sí, tranquilo.

—No te arriesgues, Escudero.

—Te repito que la situación está bajo control.

Marta escucha un ruido sordo, como un temblor, y se gira para ver de dónde proviene.

—¡La madre que los parió! —exclama al descubrir que una lancha se acerca a su posición, con al menos diez individuos vestidos de negro y con pasamontañas—. ¡Están llegando por el mar, comisario! Vienen en lancha como si fueran un equipo de asalto. Me muevo de aquí, antes de que me aplasten. Avisa a la guardia costera. ¡Madre mía! Esto va a ser de locura —dice ella mientras avanza por el paseo en dirección norte.

A solo unos metros de la costa, el motor de la lancha se apaga y el conductor la aproxima a las rocas. Nueve personas desembarcan con un impresionante arsenal de armas.

Marta se encuentra resguardada detrás de una imponente palmera, a cincuenta metros del lugar

donde acaban de descender. Mantiene la comunicación con Albízar, quien aguarda expectante al otro lado de la línea.

—Fuera, fuera de ahí —susurra Marta a dos chicas que aparecen doblando la esquina, a escasos metros del grupo de Canella.

Al ver las armas, las jóvenes huyen despavoridas en dirección opuesta. El miedo ni siquiera les deja gritar.

Dadas las circunstancias, Marta empuña su arma, apuntando hacia el suelo. Permanece agazapada tras el enorme tronco de una palmera, sin perder de vista al hombre de la lancha, quien también empuña un arma equipada con mira telescópica y apunta hacia los pisos superiores de la finca. Los nueve individuos restantes se dividen en dos grupos: cuatro permanecen en la fachada principal, que da al mar, cerca de la puerta de entrada, agachados y con las espaldas apoyadas en la pared exterior. Los otros cinco se pierden de la vista de Marta, supuestamente planeando acceder por el lado sur, donde el BMW había entrado minutos antes.

—La situación se está complicando, comisario. ¿Dónde están los nuestros? —pregunta Marta.

—Hay un coche patrulla impidiendo el tráfico hacia esa calle. Otros están en camino.

—¿Cómo actuamos?

—En estos casos es preferible dejar que se maten entre ellos. Nuestra tarea es detener a los que intenten escapar. Intervenir ahora sería pasear en medio de un tiroteo, seguramente te alcanzaría una bala.

En ese momento, Marta siente una presencia a sus espaldas y gira la cabeza para comprobar con sorpresa que se trata de Fran Vallejo. Baja el teléfono hacia su cintura para así evitar que el comisario la escuche hablar con él.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta, haciendo gestos para que se agache aún más.

—Recuerda que me invitaste —responde Fran.

—No puedes quedarte, es peligroso.

—Lo sé, pero es mi trabajo. ¿Esos de ahí tienen intención de entrar en la casa?

—Sí, ten cuidado, que hay uno en la lancha.

Fran no pierde el tiempo y saca su cámara de la mochila. Captura una serie de fotografías con el teleobjetivo, tanto de los asaltantes como del hombre que custodia la lancha.

—Fran, debes irte de aquí. El de la embarcación te va a pillar, y eso nos meterá en problemas a los dos.

En ese preciso instante, resuena un disparo.

19:26. Chalet de Malik Alami. Alicante.

Diego Canella ha jurado venganza. Lleva varios meses recibiendo chantajes, pero la última jugada de Malik ha cruzado la línea. El marroquí le advirtió que no toleraría más tonterías y que su paciencia se había agotado.

El negocio del oro ha experimentado drásticos cambios en los últimos años. Varias familias se repartieron el control en la península, tras años de complicados enfrentamientos. A pesar de los altercados, se alcanzó un reparto de zonas que dejó a todos satisfechos.

El problema surgió cuando años después, la mafia internacional quiso tomar su parte del pastel. Los clanes opusieron resistencia, entre ellos, los Canella, responsables de las provincias de Alicante y Murcia. Pero al final, cedieron en una negociación que les beneficiaba. Se comprometían a vender todo el oro que fundieran en sus establecimientos, para después ser enviado a diversos bancos europeos. Allí engordarían las cajas de seguridad de personas y organizaciones mafiosas dedicadas a negocios delictivos.

Los clanes sabían que aquellas transacciones tendrían consecuencias a largo plazo, pero les era indiferente porque tenían garantizada la venta a un alto precio.

Marc Gilabert era quien intermediaba entre los Canella y los tipos del crimen organizado. Era un hombre de confianza, leal y hábil negociador, pero todo dio un giro hace meses cuando entró en escena una familia marroquí también interesada en el oro español.

Diego recuerda el día que Malik, el hijo mayor del capo marroquí Tariq Alami, lo visitó por primera vez. Se presentó en la Joyería Canella acompañado por dos guardaespaldas, exigiendo hablar con Diego. Los modales arrogantes de Malik no le agradaron a Diego. Desde entonces, la negativa de los Canella a trabajar con él ha sido inquebrantable, a pesar de las continuas amenazas.

Dani acaba de reventar la cerradura de un disparo y abre la puerta de una patada. Tras él, un hombre con un fusil automático apunta hacia la entrada de la casa. Otro corre hasta la puerta y se apoya en un lateral, mientras el anterior lo cubre. A continuación, Diego Canella entra en la finca, con la imagen de su hermano Julián grabada en su memoria. Dani y él se deslizan hacia el lado opuesto de la puerta principal.

Para entonces, los otros cinco hombres ya están distribuidos en varios puntos clave de la finca. Han saltado la cerca principal justo antes del disparo que pretende sembrar la confusión en la casa. Dos de ellos acceden por la puerta que conduce a la terraza y que, como esperaban, está abierta. Allí abren fuego contra las personas que hay dispersas en el salón y la cocina. En uno de los balcones de arriba, otros dos se adentran en un dormitorio y con sigilo se ocultan en varios puntos del pasillo, listos para abatir a cualquier intruso. El quinto miembro fuerza la cerradura de la puerta metálica del garaje. Al entrar, se encuentra con dos motos de gran cilindrada y una caja fuerte abierta con cortes de radial. Al fondo, hay una puerta que lleva a la cocina. La abre con sigilo y, desde allí, dispara a varios hombres que se resguardan detrás de los sofás y la isla de la cocina.

En menos de un minuto, la banda de Malik sufre seis bajas.

Uno de los integrantes del grupo de Canella abre la puerta principal, permitiendo que Diego, Dani y los otros dos hombres refuercen el operativo desde el interior. Uno de ellos se mantiene apostado en el exterior, pendiente de las órdenes a través del pinganillo.

Un estruendo se escucha en la distancia, seguido del tintineo de cristales cayendo al suelo. El tirador que hay en la lancha no duda en disparar a alguien que intenta asomarse por una ventana en la segunda planta.

Dos hombres barren la planta baja, mientras otros dos suben al primer piso. Los compañeros que hay apostados en las esquinas del pasillo les brindan cobertura, atentos a cualquier movimiento desde arriba.

A unos cincuenta metros de allí, Marta está tendida en el suelo, resguardada tras una palmera. Ha visto al tirador de la lancha hacer añicos un cristal. Mantiene la esperanza de que el silencio que acaba de surgir sea definitivo. De reojo, observa a Fran, tumbado detrás de una roca con su cámara apuntando a la vivienda, como un francotirador más.

—Comisario, ¿cómo está la situación? —pregunta Marta por teléfono.

—Tenemos cinco parejas, un total de diez oficiales preparados para intervenir. Conoces la zona, ¿cómo podemos cubrirla?

—Es complicado. Hay un francotirador en la lancha con un gran campo de visión. Descartamos el acceso por la calle, sería un blanco perfecto. Otra opción es que yo me encargue de él.

—No, ¡ni se te ocurra! Te ordeno que no lo hagas —exclama el comisario con voz tensa.

—Es la única forma de cortarles la huida.

—Escudero, es demasiado arriesgado. ¿A qué distancia estás de él?

—Calculo que a unos sesenta metros.

—Es demasiado para acertar con un único disparo.

—Voy a intentarlo —dice Marta, decidida.

—¿Estás loca? ¡Te lo prohíbo!

—Dile a los agentes que se preparen para correr como atletas. Si no acierto, al menos lo obligaré a cubrirse y nos dará ventaja para posicionarnos. Seguro que hay ángulos donde puedan resguardarse.

—No voy a enviar a nadie a su línea de fuego, Escudero, ¿queda claro?

—Albizar, que corran ya. Dispararé en diez segundos. Diez, nueve, ocho, siete... —Marta se arrodilla y apoya el brazo contra el tronco de la palmera—. Seis, cinco, cuatro, tres... —Apunta al hombro del francotirador de la lancha—. Dos, uno...

Aprieta el gatillo, y la detonación la empuja hacia atrás. Enseguida regresa para averiguar si el disparo ha alcanzado al hombre. No lo ve. Rápidamente toma su teléfono. La llamada con el comisario sigue activa.

—Creo que le he dado.

—He enviado a seis agentes, están cerca de la esquina.

Escuchan un ruido. El motor de la lancha acaba de arrancar.

Diego corre hacia la ventana de un dormitorio en el primer piso. Un disparo en el exterior llama su atención, y asoma la cabeza para ver qué sucede. Se enfurece al ver la lancha alejándose con el conductor recostado y malherido.

Regresa al pasillo, alterado.

—No hay tiempo. ¡Vamos arriba!

Tres de sus hombres ascienden la escalera con sus armas listas. Como preveían, varios oponentes les esperan en el pasillo del segundo piso, y los reciben con una lluvia de disparos.

El primero de los tres extiende el brazo y responde con ráfagas de izquierda a derecha. No tienen tiempo que perder. Trabajan en equipo, cubriéndose mutuamente mientras entran en el primer dormitorio que encuentran al frente de las escaleras.

La habitación está decorada con motivos de Disney y un enorme peluche de Pluto sobre la cama. El olor a colonia infantil pasa desapercibido para los asaltantes, que se atrincheran en su interior.

De repente, los disparos vuelven a atronar, esta vez perforando el tabique de la habitación contigua. Decenas de agujeros se dibujan en la pared de yeso. La munición alcanza a dos de los hombres de Canella, quienes malheridos se refugian detrás de una silla y un escritorio.

Malik siempre supo que moriría de un disparo. A sus veintiséis años, se ha enfrentado a numerosas situaciones comprometidas. Aunque es precavido y toma medidas de protección, sabe que en su trabajo siempre se juega al límite.

Su padre lo preparó para la guerra. Él y sus cuatro hermanos son los ojos y los oídos de la familia en todo el mundo. El apellido Alami resuena no solo entre los clanes del crimen organizado, sino también entre las fuerzas de seguridad a nivel internacional. Tariq Alami es su padre, y posee tanto poder que se rumorea que tiene en nómina a altos funcionarios de los países desarrollados. Droga, trata de blancas y contrabando de armas son sus actividades tradicionales, aunque en los últimos años han incursionado en el blanqueo de oro para grandes bancos de inversión.

Malik recibió educación en uno de los mejores colegios de Almería. En su familia lo conocen como «el andaluz» debido a su marcado acento. En estos momentos se encuentra contra las cuerdas, acorralado en la habitación del fondo del segundo piso, la que solía ser su despacho y donde ahora se esfuerza por destruir cualquier documento u objeto que pueda comprometerlo a él o a sus cómplices. Cierra la cremallera de una mochila donde ha introducido un ordenador portátil y una carpeta que contiene detalles de todos sus negocios turbios en la zona, así como información sobre su personal.

Prende fuego a un sillón donde ha volcado archivadores, teléfonos móviles, fotografías y una pequeña escultura tallada a mano; un camello que le recuerda sus orígenes y su misión en la vida. Junto a la puerta, detrás de una mesa volcada en vertical, está Lolo, su contable, fiel amigo y mano derecha. Sujeta un arma semiautomática con munición recién cargada. A sus pies hay una caja que contiene seis granadas de mano. Lolo tiene claro su deber. Juró lealtad a Malik y está dispuesto a todo por él. Sabe que le quedan pocos minutos de vida, los que consiga aguantar mientras su jefe intenta escapar.

Malik se acerca a Lolo y se agacha para abrazarlo. Lolo se queja de la presión en el brazo, ha sido alcanzado por un disparo de los hombres de Canella. Malik le besa la frente y toma dos granadas, que guarda en el bolsillo lateral de su mochila.

—Nos vemos arriba, amigo —le dice Malik.

—Te estaré esperando.

—Tranquilo, que no tardaré en llegar.

Malik abre la ventana del balcón y se agacha para coger una escalera de mano. La apoya sobre la barandilla y la extiende hasta que alcanza el muro que delimita la finca. Al otro lado, se expande un terreno baldío, sin construir, repleto de ramas y desperdicios, por donde planea

escapar campo a través.

Todo lo había planeado, incluso la huida. Carga la mochila en su espalda y se asegura de que las dos pistolas que lleva consigo estén listas antes de guardárselas en el cinturón del pantalón. En lo alto de la silla, con las manos aferradas al extremo de la escalera, da la última orden a Lolo. Su fiel aliado obedece: vacía el cargador contra la pared donde, al otro lado, los hombres de Canella se retuercen de dolor.

19:31. Chalet de Malik Alami. Alicante.

Los disparos sorprenden de nuevo a Diego Canella y a los cuatro hombres que le acompañan en el primer piso. Se resguardan rápidamente. Las detonaciones persisten durante varios segundos, minando la moral de todos. Diego comprueba con impaciencia que el asalto ha superado los cinco minutos que había planeado y evalúa la situación. El hombre que los esperaba en la lancha ha escapado y las posibles vías de huida se desvanecerán a medida que la Policía tome posiciones.

La situación parece irreversible, pero Diego está tan familiarizado con el miedo que enfrentarlo es parte de su rutina diaria. Ha venido para cumplir un propósito y no se marchará sin lograrlo.

Después del último disparo, se crea una atmósfera tensa mientras todos esperan a ver qué sucede. Finalmente, es Diego quien decide tomar la iniciativa.

—Chicos, vamos a por ese desgraciado.

Los hombres que protegían el pasillo en el primer piso caminan hacia la escalera con sus fusiles listos para el combate. Suben los escalones con determinación, tratando de ser lo más sigilosos posible. Dani, alentado por la orden de su jefe, se les une demostrando su lealtad. Abajo, Canella se mantiene a la expectativa. Ansía vengar a su hermano Julián. En este momento, la rabia lo guía y no le importan las consecuencias ni lo que deje atrás. Sabe que estos podrían ser sus últimos minutos, pero está decidido a eliminar a Malik, aunque eso le cueste la libertad o incluso la vida.

La puerta del dormitorio infantil está abierta, y los hombres que llegan al segundo piso encuentran los cuerpos de sus tres compañeros, acribillados a balazos. Hay rastros de sangre esparcidos por las paredes y el techo. La escena los detiene en seco. Son excombatientes que han luchado en condiciones extremas en los Balcanes y comprenden la gravedad de la situación. A la derecha, al fondo del pasillo, una puerta entreabierta muestra innumerables impactos de bala. Dos hombres de Canella se aproximan hacia ella, cuando una mano surge por el hueco de la puerta, a media altura, y arroja dos objetos hacia ellos.

—¡Mierda! ¡Granada! —grita el primero, girándose para intentar huir. Tropezaba con su compañero y ambos caen al suelo. Dani salta hacia las escaleras mientras una explosión lo lanza por los aires.

Abajo, Diego Canella corre hacia el final del pasillo y se precipita al suelo mientras la nube de polvo se desplaza por las escaleras. Desorientado, se incorpora y entra en la habitación más cercana.

—¡Dios! —se lamenta, aunque sus oídos no pueden captar el grito.

Ha entrado en un dormitorio con tres camas desordenadas y ropa sucia por el suelo. La cortina de la ventana está recogida, y a través del cristal parece ver algo extraño que se mueve a pocos metros de distancia.

Diego corre hasta el ventanal y nota que un hombre se desliza hacia la finca vecina, descendiendo por una escalera de aluminio. Diego está seguro de que solo puede ser Malik.

Guarda su arma en la cintura, dentro del pantalón, y sube hasta la base de la ventana. Calcula que, con un salto y estirando los brazos, podría alcanzar la escalera. No admite la idea del fracaso ni contempla la posibilidad de que la hoja de aluminio pueda tambalearse y caer.

Toma una profunda bocanada de aire y flexiona las rodillas, impulsándose con todas sus fuerzas para agarrarse a los laterales de la escalera. Espera un momento para recuperar la estabilidad y avanza con los brazos en alto hasta llegar al muro. Allí, se balancea hacia un lado y, cuando su cuerpo se inclina hacia el otro lado, levanta la pierna y la apoya en el muro. Realiza dos maniobras más y consigue trepar a lo alto.

Como había supuesto, ve a Malik correr campo a través con una mochila en la espalda. Sentado sobre el muro, no lo piensa dos veces y extrae su arma. Sabe que si logra herirlo, será más sencillo darle caza. Apunta a la espalda, el lugar con más probabilidad de acertar en el blanco, y dispara.

Silvia aparece por detrás de Marta. Tiene órdenes del comisario de sacarla de allí y le informa que el inspector Gallardo ha asumido el mando del operativo.

—¿Qué dispositivo ha montado? —pregunta Marta.

—Tres coches rodean la fachada del chalet con seis oficiales apostados tras ellos. Hay otros dos al comienzo de la calle y otros dos en el paseo, detrás de nosotras.

Marta se gira y observa a dos policías lidiando con la multitud de curiosos que, sorprendidos por las detonaciones, no dudan en acercarse con los teléfonos en alto para captar el directo.

Marta está convencida de que se trata de granadas debido al ruido y la rotura de cristales. Vuelve la vista hacia el chalet y ve a alguien sobre el muro interior. Se incorpora.

—¿Ese de ahí no es...?

Por los rasgos físicos, intuye que es Diego Canella, que levanta el brazo, aunque no puede ver su mano.

Vuelve a escuchar otra detonación. Está segura de que Diego acaba de disparar.

Ni Marta, ni Teo, ni ningún compañero han caído en la cuenta de que el solar adyacente al chalet es un descampado y que el muro que ven desde la playa solo busca evitar que animales y adolescentes lo utilicen como vertedero.

—Fran —le dice Marta al periodista, que sigue concentrado y apostado en una roca a dos metros de ella, apuntando con su cámara—. Acaba de salir una persona por la segunda planta.

—Lo he visto.

—Escucha, lárgate de aquí, que esto se pone muy chungo. Y tú, Silvia, voy a meterme ahí. — Señala hacia el muro que está en el paseo, a dos metros de distancia y otros dos de altura.

—De ninguna manera. Sabes perfectamente lo que el comisario me ha ordenado.

—Necesito que me ayudes a subir —le pide, pasando por alto su comentario.

—Joder, Marta, estás muy mal de la cabeza. —dice Silvia, mientras se levanta y camina en cuclillas hasta el muro, donde entrecruza las manos para que Marta pueda apoyar su pierna y así lanzarla hasta arriba.

Malik ha caído al suelo. El disparo de Diego le ha alcanzado en la espalda, en el costado derecho, pero no es lo bastante profundo como para causar heridas graves. El portátil que hay en su mochila ha amortiguado la velocidad de la bala. Recostado sobre ramas secas y piedras, observa que a sus espaldas, Diego corre hacia él con el arma apuntando a su cabeza.

Diego tiene a Malik a tiro. Sabe que treinta metros es poca distancia para él. Acaba de

corroborar su buena puntería y está decidido a poner fin a la vida del marroquí. Sin embargo, desea que sufra y que ruegue por su vida antes de cerrar los ojos para siempre. Así que continúa avanzando sin apretar el gatillo.

Marta tiene una visión directa de lo que sucede dentro: dos hombres que se batan en un duelo como en el viejo oeste. Observa a Diego caminar decidido a rematar a Malik y se pregunta qué puede hacer ella al respecto. Recuerda las palabras del comisario por teléfono minutos antes: «Dejemos que se maten entre ellos».

Todavía no ha puesto un pie en tierra. De hacerlo, quedaría expuesta sin ningún obstáculo donde escudarse. Desde su posición poco puede hacer, salvo disparar a la persona armada, en este caso, Diego Canella. Malik está indefenso, recostado en el suelo. Marta levanta su arma y apunta hacia Diego, que camina con el objetivo fijado en Malik. Está tan concentrado que ni siquiera nota la presencia de Marta en la parte superior del muro, a su derecha.

Faltan veinte metros, y Diego dibuja una sonrisa en su rostro mientras piensa en el mensaje que le va a dar a su rival, sin darse cuenta de que Malik ha introducido la mano en el bolsillo lateral de la mochila.

—¡Maldito hijo de puta! —le insulta mientras prepara el disparo que seguramente será letal.

Malik tiene dificultad para incorporarse. Mueve las piernas y el tronco hasta que se impulsa con la mano izquierda. Logra enderezarse, pero todos esos movimientos disimulaban su verdadera intención: retirar la anilla de la granada que en ese preciso instante sale volando hacia Diego, cuyo instinto lo lleva a protegerse en lugar de disparar. El proyectil explota en el suelo, a poca distancia de él.

Diego cae rodando sobre sí mismo y gravemente herido, quién sabe si muerto, mientras que Malik vuelve de nuevo al suelo debido a la onda expansiva.

Marta observa la escena y decide saltar. Una vez en tierra, orienta el cañón de su arma hacia Malik y encuentra la pistola de Diego a un par de metros. No duda en acercarse a por ella y empuñarla.

Mientras tanto, Malik se incorpora con la mochila, de la cual hace unos instantes extrajo la granada de mano. Marta duda si darle el alto o advertirle de alguna manera. No quiere complicaciones y con el arma de Diego decide dispararle a las piernas.

¡Pum!

Malik cae nuevamente al suelo. Se retuerce hacia el lado derecho, donde ha sido herido. Encuentra la mirada de Marta, que lo está apuntando a treinta metros de distancia.

Silvia escucha el disparo y corre hacia el muro. Pide a Fran que la ayude a subir y le ordena que se largue de allí. Él obedece. Una vez arriba, Silva no puede creer lo que ve.

Marta se acerca a Diego. Estudia a Malik con la mirada mientras llega a la posición del joyero y se agacha con lentitud. En ningún momento pierde de vista a Malik. Comprueba que Diego todavía tiene pulso y cree haber visto que le falta parte de una pierna, pero prefiere no mirar más y así centrarse en lo más importante ahora mismo: salir ilesa del enfrentamiento en el que se encuentra.

Marta dirige la mirada hacia el hombre que ha lanzado la granada. No recuerda haberlo visto antes, ni siquiera en las grabaciones de la discoteca. Es delgado, de piel morena y barba bien cuidada. Lleva vaqueros cortos y una camisa blanca.

—Inspectora, un placer conocerte —dice con una sonrisa mientras sostiene sus manos en alto.

Ella reconoce su voz. Han hablado por teléfono en dos ocasiones. Es el hombre de acento andaluz que secuestró a su hermana. Recordar las llamadas de amenaza agita su interior, la ira se

apodera de ella, y por primera vez, la palabra «venganza» surge en su mente.

Nuevos disparos resuenan en el chalet. A Marta le es indiferente si son las últimas balas que las bandas se disparan entre sí o si, finalmente, sus compañeros de la Policía han intervenido.

Malik se incorpora y muestra un objeto negro que sostiene en su mano derecha. No despega la mirada de Marta. Retrocede con dificultad, hacia una puerta de madera ajada, de color azul, encajada en un muro de ladrillo sin enlucir. Detrás de él se alza una estructura que semeja un adosado de fachada rojiza.

—¡Quieto ahí! Un paso más y disparo —advierte Marta.

El hombre suelta una carcajada y desafía a la inspectora dando otro paso.

—Deja eso en el suelo y apártate. Hazlo despacio, sin trucos.

—Inspectora, ¿qué tal está tu hermana?

Sus palabras hacen temblar a Marta, quien aprieta la mandíbula convencida de que debe accionar el gatillo.

—Será mejor para ambos que nos despedamos de manera amigable —comenta él mientras da un nuevo paso. Apenas le faltan tres metros para alcanzar la puerta.

—Ni un paso más. Te lo advierto.

Él levanta las dos manos con lentitud, en señal de rendición. Una vez arriba, tira con fuerza de la anilla de seguridad de la granada, que queda lista para explotar en cuanto toque el suelo.

Marta observa el movimiento y contiene la respiración.

—Inspectora, hasta aquí hemos llegado. Has ganado el juego, aunque no la partida. Si me disparas, yo caeré, pero tu vida se convertirá en un infierno. No dudes que mi gente se encargará de eso.

—He dicho que no des un paso más. —La amenaza suena menos imperativa.

Las sirenas de las ambulancias comienzan a sonar. Silvia es testigo de lo que ocurre a ambos lados del muro. Permanece paralizada, y tumbada boca abajo para pasar inadvertida.

—Hagamos un trato —propone él—. Nos despedimos y que cada uno regrese con su familia, sin miedo, como si no hubiera pasado nada.

Marta niega con la cabeza, sin darse cuenta de que el cañón de su arma ya no está firme, sino ligeramente inclinado. Mantiene una guerra interna, una más en la que, hasta ahora, siempre ha ganado la cordura.

Mientras ella piensa, Malik da otro paso, y luego otro.

Marta siente un cosquilleo en la pierna, cerca del tobillo, y baja la vista, pensando que un roedor se ha unido a la escena. Pero no encuentra un ratón, sino la mano de Diego que busca su atención. Está gimiendo. Marta se alegra de ver que todavía lucha por aferrarse a la vida. El gemido se repite, esta vez con más claridad.

—¡Mátalo!

Es el deseo de Canella y, muy a su pesar, también el suyo. Ahora, su debate interno se reduce a vivir con miedo o hacerlo con la conciencia recordándole cada día que dejó escapar a un criminal a cambio de paz.

Con un último paso, Malik alcanza la puerta y desliza el cerrojo que la libera del marco. Vuelve el rostro hacia la inspectora, quien está más confusa que nunca, y hace ademán de asentir, insinuando que ha tomado la mejor decisión.

Pero ella no está segura de la rendición de Malik y reorienta con firmeza los cañones de las armas hacia su pecho.

Él da una patada con la base del pie, golpeando la puerta.

—Adiós, inspectora —se despide con la granada en alto y llevándola atrás.

El movimiento no escapa a la atención de Marta, y se fija en la mirada de Malik, que le sonríe con los labios ligeramente curvados. Por primera vez, ella decide seguir lo que le dicta su corazón.

¡Pum! ¡Pum!

Dos disparos alcanzan el pecho de Malik, quien resiste con ambos brazos apoyados en el marco de la puerta, sin capacidad de reaccionar. Con lentitud, va cayendo al suelo, derrotado. La granada se desliza por su brazo y luego sigue una trayectoria curva por su pecho, deteniéndose a la altura de la cintura.

—Un, dos, tres... —cuenta Marta, con las manos presionando con fuerza sus oídos.

20:15. Chalet de Malik Alami. Alicante.

Diego Canella agoniza de dolor. Marta lo socorre sin saber cómo actuar ante las numerosas heridas. Se centra en mantenerlo consciente. Las fuerzas le abandonan a él, y su aliento se debilita con cada segundo que transcurre.

Al otro lado del muro, Silvia, llena de impaciencia, dispara contra el candado que protege la única puerta que hay en el paseo. Marta, a lo lejos, le hace señas desesperadas para que se apresuren en socorrer a Canella.

Silvia dirige su mirada hacia la puerta del chalet, donde una pareja del SAMUR aparece, evidentemente confundida.

—¡Aquí! —grita Silvia.

A Marta le duelen los oídos. Debió apartar la vista de Malik cuando su cuerpo voló por los aires. Ese recuerdo se incrustará en su mente para siempre. Pero al menos tiene la certeza de que nadie podrá certificar que fue ella quien le asestó dos disparos. Los hizo con la pistola de Canella.

—Venga, Diego, aguanta. Mira, ya vienen los médicos.

Marta empieza a considerar la posibilidad de que la amenaza de Malik se haga realidad y piensa en las consecuencias que tendría para Lara si se lleva a cabo.

Marta y Silvia acceden al paseo donde el comisario las espera. Cubre el rostro de Marta con una toalla para que nadie pueda identificarla o fotografiarla y así mantenerla al margen de lo sucedido. A paso ligero, la conduce al inicio de la calle, lejos del tumulto. Allí, toma una decisión salomónica:

—Préstame atención, Escudero. Sube a tu moto y lárgate de aquí. Ponte a salvo.

Marta intenta defenderse, pero el comisario no le da opción.

—Lo más importante en este momento es desvincularte de todo lo que ocurrió allí atrás. El hombre que voló por los aires es Malik Alami, hijo de uno de los mafiosos más peligrosos del mundo.

—He oído hablar de los Alami.

—Entonces sabes lo que debes hacer. El inspector Gallardo se encargará de las diligencias, con el respaldo de la subinspectora Llamazares. Ella fue testigo directo del enfrentamiento entre Canella y Alami. Deja que esto parezca un ajuste de cuentas, ¿te queda claro?

—Sí, pero necesitas saber...

—Has desobedecido mis órdenes y te has jugado la vida una vez más. ¡No puedes seguir así! Pero ahora no es momento de discutirlo. Anda, lárgate, y si te necesito, te llamaré.

Marta obedece las instrucciones del comisario y se aleja de la zona. Duda si ir a su apartamento o directamente a la casa de campo de Fran Vallejo, donde está Lara. Decide que es el lugar perfecto para refugiarse. Además, ansía estar con su hermana y hacerla cómplice de todo lo ocurrido, como harían dos buenas amigas. Mientras reflexiona sobre esto, detiene la moto en un espacio reservado a autobuses. Llama a Fran para saber su ubicación y contarle la versión de

la Policía.

—Vamos, Fran, por favor, contesta —dice después de escuchar el sexto tono de llamada. Observa los espejos retrovisores y nota que un coche se detiene detrás de ella, un Audi negro. El conductor mira hacia delante, mientras que el acompañante sostiene un teléfono en alto, como si estuviera fotografiando a Marta.

—¡Marta! ¿Estás bien? —responde Fran por fin.

—Hombre, menos mal. Sí, estoy bien. No te preocupes por mí. ¿Cómo estás tú?

—Estoy tan acojonado que casi me meo en los pantalones.

—¿Lograste salir de allí?

—Sí, en cuanto vi al comisario acercándose con cara de pitbull, di la vuelta y salí por patas antes de que me reconociera. ¿Dónde estás?

—Voy de camino a tu casa. Tendré que quedarme allí, al menos hasta mañana. ¿Te importa?

—No, qué va, al contrario, me gusta la idea —responde él, sin pensarlo—. Después de lo de hoy, no sé si podré dormir. ¡Fue una jodida batalla campal!

—Respecto a las fotos, tenemos que hablar. Tengo que contarte la verdad de lo que ocurrió y hay cosas que viste que debes olvidar, ¿me entiendes?

—Sí, claro.

—Nos vemos en tu casa —dice Marta, mientras observa el espejo de reojo. Los dos hombres hablan entre sí.

Marta comprueba que tiene llamadas perdidas de Teo, Silvia y también de un número oculto. Decide reanudar la marcha y atender a sus compañeros más tarde.

Se ajusta el casco y regresa a la calzada, avanzando por una avenida de dos carriles en dirección a la Gran Vía. Poco después, comprueba que el coche de detrás también reanuda la marcha y se mantiene próximo. Ella aminora la velocidad para que ellos se impacienten y la adelanten; quiere ver sus caras. Les observa por el espejo retrovisor izquierdo. Circula tan despacio que cualquiera habría tocado el claxon varias veces, pero los ocupantes del Audi son pacientes...

La tensión de hace unos minutos aún la persigue, y está dispuesta a detener la moto en medio de la calle para hablar con ellos. Observa que siguen conversando y haciendo gestos.

—¿A qué esperáis, cabrones?

De repente, giran a la derecha y los pierde de vista. Sin ser consciente, acaba de experimentar su primera situación incómoda influenciada por la amenaza de Malik Alami. Decidida, acelera hacia la casa de campo de Fran.

20:37. Casa de Fran Vallejo. San Vicente del Raspeig.

Marta aún tiene numerosas preguntas sin respuesta. Durante su viaje hacia la casa de Fran, detuvo la moto para revisar si había algún localizador GPS adherido a la carrocería. Desconoce cómo averiguaron que ella acompañaría a Lara a la estación de autobuses. Tal vez nunca llegue a conocer esa información, ya que ningún miembro de la banda de Malik ha sobrevivido, y el ordenador portátil con el que pretendía escapar ha quedado hecho añicos en el amplio descampado.

También desea reunirse con Luisa Carrizo y, sobre todo, con Rosa, la esposa de Julián Canella. Está convencida de que ellas pueden proporcionar detalles sobre la relación entre Diego y Malik, así como el papel que desempeñaba Marc Gilabert en el entramado. Sin embargo, Marta rechaza de inmediato la tentación, sabe que ha cometido varias faltas graves y no quiere enfurecer aún más al comisario.

Apenas le quedan dos kilómetros para reunirse con su hermana, y una imagen regresa a su mente: alguien que se ocultaba tras una cortina en casa de Luisa. Después de averiguar que Rosa y Julián habían estado en aquella casa días atrás, valora que fuera la misma Rosa quien se ocultara en el segundo piso. Esta cuestión le lleva a otra: ¿qué llevó a Julián a morir de un disparo?

—Marta, déjalo ya. ¿No ves que estás fuera del caso? —se dice a sí misma—. El comisario te ha ordenado descansar, obedece y aprovecha para cuidar ese golpe de la nuca. Piensa un poco en ti.

Entre los pensamientos que giran en su mente, se sorprende a sí misma dándose consejos. Como siempre, busca excusas para postergar los asuntos personales. A medida que se aproxima a la casa de Fran, sabe que tendrá que hablar con su hermana Lara, y una vez más, un nudo se forma en su garganta. Aunque, al mismo tiempo, anhela estar a su lado para confesarle el miedo que sintió durante su secuestro y el temor de perderla para siempre.

Abandona la carretera general y toma una desviación hacia una zona rural con varias casas que alguna vez fueron cobertizos agrícolas. La de Fran es fácilmente reconocible porque es la única con placas solares en el tejado.

No hay timbre, así que Marta toca el claxon y espera a que Lara aparezca.

Y allí está. Lara asoma la cabeza por una de las ventanas. La puerta exterior se abre para dar paso a Marta, quien conduce hacia la parte trasera de la casa con la intención de ocultar la moto.

Después de apagar el motor y quitarse el casco, siente la presencia de Lara a su lado. Está vestida con un biquini, el cabello recogido y unas chanclas que tomó prestadas de Fran. La recibe con una sonrisa.

—¿Has atrapado a los malos de una vez?

Marta apoya el casco en el manillar, luego se gira hacia su hermana y le devuelve la sonrisa, emocionada.

—Me los he cargado a todos.

Da el primer paso para reencontrarse con Lara, y ambas se abrazan. El encuentro se prolonga

mientras ambas derraman lágrimas de cariño.

—Venga, que no somos de las que se ponen ñoñas —dice Lara, dándoselas de fuerte—. Has llegado a tiempo para disfrutar de un baño en la impresionante bañera de tu novio. —Señala una antigua balsa de riego reconvertida en piscina.

—¿Ahora? —Marta consulta su teléfono.

—¿Acaso tienes algo mejor que hacer? Además, hueles fatal. ¿Dónde diablos te has metido?

Marta recuerda cuánto ha sudado durante el día, las veces que ha estado en el suelo y, por último, lo que ha visto en el descampado del Cabo de las Huertas.

—Mejor no te lo digo. ¿Tienes un bañador para mí?

Lara sonríe y entra en la casa.

—Fran es un encanto. Me ha traído comida y ropa. Hay varios bañadores. El chico tiene buen gusto.

Se escucha el motor de la puerta.

—Hablando del rey de Roma —dice Marta.

Fran corre a abrazar a Marta y la besa en los labios. Está tan emocionado de verla de nuevo, que apenas puede articular palabra.

—Tranquilo —le dice ella.

—Lo he pasado tan mal... Saber que estabas allí metida y no paraba de escuchar disparos...

—¿Qué habéis armado? —pregunta Lara, que todavía no sabe a qué viene tanta preocupación.

—Si os parece bien, primero nos bañamos en la piscina y luego hablamos —sugiere Marta, que necesita sumergir la cabeza en agua.

Unos minutos después, Fran y Lara esperan a que Marta termine de hablar con Silvia. El teléfono comenzó a sonar justo cuando la inspectora estaba a punto de sumergirse en la piscina.

Silvia le cuenta que han detenido a cuatro hombres; tres dentro del chalet y el cuarto lo interceptó la guardia marina en el momento del desembarco. Por ahora, no han logrado identificarlos, porque no llevaban documentación y se han mantenido en silencio.

El teléfono de Fran también suena y él sale corriendo de la piscina. Desde el periódico le insisten que acuda de manera urgente para redactar la noticia. Saben que presencié los incidentes y que tiene imágenes de primera mano y altísima calidad. Él intenta ganar tiempo y promete acudir lo antes posible. Termina la llamada y observa a Marta, que todavía habla con Silvia.

—¿Estáis seguros de que el líder era Malik Alami? —pregunta Marta.

—La mujer de Julián Canella nos lo confirmó, y la vivienda pertenece a una sociedad que tiene vínculos con la familia Alami.

—¿Cómo se encuentra Diego Canella?

—No va a salir de esta. Lo trasladaron al hospital, pero... De un momento a otro...

Marta recuerda las heridas causadas por la metralla y la sangre brotar por su pierna.

—Estoy en casa de Fran.

—Ahora que nombras a Fran, a ver cómo le justificas esta vez al comisario que él estuviera en el lugar de los hechos y fotografiara el desembarco. Te lo digo para prevenirte.

—Gracias por recordármelo, pero ya lo he pensado. Te dejo trabajar.

Al fin, los tres se reúnen en la piscina.

—Oh, sí, un momento de tranquilidad —dice Marta—. Pensé que nunca llegaría.

—¿Quién es ese Malik Alami? —pregunta Lara.

—El hijo de puta que te secuestró.

—¿Y te lo has cargado?

Marta rememora el instante en que apretó el gatillo por segunda vez y lo bien que se sintió. Esboza una sonrisa, pero enseguida la esconde, sabe que ese será su secreto mejor guardado.

—Tranquila, hermana, que no volverá a molestarnos.

23 de agosto de 2015

Diario *Información* de Alicante.

Un ajuste de cuentas entre bandas deja once muertos en un chalet de Alicante.

Corrían las siete de la tarde del día de ayer, cuando el sol ofrecía un paisaje de postal en el mar del Cabo de las Huertas. Ajena al espectáculo de la naturaleza, una lancha con nueve hombres a bordo desembarcó en la cala de las Nereidas. No regresaban de disfrutar de una jornada de buceo, ni tampoco se disponían a buscar conchas entre las rocas; estaban ataviados con armamento militar y preparados para vengar a uno de los suyos.

A los mandos estaba D. C., gerente de una de las joyerías más conocidas de Alicante. Como una unidad de Asalto, sus hombres se dividieron en dos grupos mientras uno de ellos permanecía en la lancha para cubrir a los demás con un fusil de mira telescópica. Enseguida, el primer disparo truncó la paz de la tarde en el paseo de las Oceánidas.

Los asaltantes acababan de acceder al chalet de M. A., un marroquí fichado por la Policía internacional y miembro de una familia con conexiones en el mundo criminal. En el interior estaban preparados para repeler la ofensiva. Seis hombres defendían al cabecilla de la organización y respondieron al ataque con armamento pesado.

En cuestión de minutos, la lujosa propiedad de tres alturas se convirtió en el escenario de una batalla con más de un centenar de disparos y la detonación de varias granadas de mano. Los dos líderes lograron escapar a un solar adyacente, donde se batieron en un duelo de disparos y explosiones.

El desenlace fue devastador. Dieciséis personas murieron, entre ellas los dos cabecillas, y tres fueron detenidas y puestas a disposición judicial. El comisario de la Policía Nacional, Arturo Albízar, e instructor del caso, lamentó el incidente y lo atribuyó a una disputa entre bandas. También aprovechó su intervención para tranquilizar a la población y expresar su gratitud al inspector Gallardo por su destacado trabajo en la operación.

Albízar confirmó que el incidente estaba relacionado con el tiroteo ocurrido días antes en la avenida Alfonso El Sabio, donde una pareja de asaltantes abrió fuego indiscriminadamente contra la fachada de la joyería de D.C. Además, hay que añadir otro suceso al caso, porque en la mañana de ayer se encontró el cuerpo sin vida de J.C., hermano de D.C. Fue hallado en el interior de un coche abandonado a las afueras de la población de Agost.

A veces, como se suele decir, la realidad supera la ficción, y este caso, la supera con creces.

Informa: Fran Vallejo.

6:12. Casa de Fran Vallejo. San Vicente del Raspeig.

El canto de un gallo vecino la despierta.

Marta ha logrado dormir siete horas seguidas, vencida por el agotamiento. Antes de caer rendida, acordó con Fran que evitara mencionar el incidente del aeropuerto en su artículo, ya que deben mantenerse al margen de cualquier asunto relacionado con Claudine y el USB. La sola idea de que la familia Alami tome represalias es suficiente para preocuparla.

Lara duerme plácidamente en la cama de al lado, como si en su cabeza no rondara ningún asunto por resolver. Marta la observa con cariño durante unos minutos y en silencio le cuenta cómo se siente. Le habla del abuelo Alberto y le pregunta si recuerda cuando las mojaba con la manguera. También del día en que Marta tomó la comunión y Lara, a escondidas, intentó ponerse su vestido y acabó rompiéndole un lazo. ¿Y qué hay de aquella noche, cuando se marcharon a dormir, y estando como hoy, cada una acostada en su cama, Marta saltó desde la suya a la de Lara, y al caer, el somier se partió en dos mitades?

Marta mantiene la sonrisa hasta que decide salir del dormitorio. Se siente revitalizada, y cuando eso ocurre, no hay vuelta atrás hacia el sueño.

Fran no está en la habitación de al lado, y Marta se pregunta si habrá pasado la noche en otro lugar. Supone que se fue a la redacción a preparar el artículo de hoy.

Camina a la cocina y se sirve un vaso de zumo. En la terraza, se sienta en un banco balancín, y se mece en él mientras consulta la web del periódico de Fran. Descubre una fotografía de los hombres de Canella rodeando el chalet de Malik. Fran ha respetado la versión de los hechos que acordaron con el comisario Albízar, que indica que Malik murió a manos del joyero en un ajuste de cuentas.

Durante un rato, vaga entre periódicos para contrastar qué han publicado y se siente aliviada al ver que su nombre ha desaparecido de los titulares. Da un trago y piensa qué hacer. Es temprano para llamar a Silvia y conocer las novedades. Le encantaría poner el ojo en los atestados, en el informe del inspector Gallardo, averiguar qué sucedió dentro del chalet y ver imágenes, pero sobre todo saber qué relación tenían Diego Canella y Malik Alami. También planea hablar con Teo, quien tenía varias investigaciones en curso. Por último, evita pensar en el comisario Albízar, quien seguramente la llamará para expresar su descontento en cualquier momento.

Mantiene la mirada perdida en el cielo, hipnotizada por los tonos rojizos y el sonido de las aves que merodean cerca. De pronto, recuerda que todavía no ha visto las grabaciones de las intervenciones en las viviendas de Julián Canella.

Selecciona el primer vídeo en su teléfono, que muestra la visita al ático de la avenida Ramón y Cajal. Silvia da instrucciones mientras la imagen se mueve, y Marta deduce que su compañera grabó el vídeo con una cámara deportiva montada en su frente. El ático está distribuido en un salón-cocina y tres dormitorios. La colada está por hacer, la nevera contiene alimentos y en el fregadero quedan restos del desayuno. Todo indica que vivían allí hasta que, por razones desconocidas, lo abandonaron a la carrera.

Se escucha una voz que informa de la presencia de una caja fuerte en el trasfondo de un

armario y la cámara se dirige a ella. No hay rastro de la familia, ni ordenadores o documentos. Silvia regresa al salón y habla por teléfono con Albízar. En la imagen se aprecia un mueble recibidor, la cámara baja de forma brusca hacia él. Silvia ha descubierto la fotografía de Julián Canella con su mujer Rosa, a quien Marta por fin pone cara, y su pequeña hija Rosita mostrándose risueña entre sus padres, en contraste con la niña aterrada que Marta encontró en el edificio en llamas.

Un agudo dolor en las cervicales le recuerda el golpe que el motorista le propinó en la cabeza el día anterior. Sin embargo, Marta decide no buscar medicación hasta visualizar el siguiente vídeo, que corresponde a la intervención en el chalet de la partida de El Moralet.

Las observaciones del comisario le habían suscitado dudas, y Marta quiere comprobar por sí misma el alcance del destrozo que él le había hablado.

—¿Qué miras? —pregunta Lara desde la puerta.

Marta detiene el vídeo y sonríe a su hermana.

—Aquí estoy, entreteniéndome.

—¿No estarás viendo tíos macizos en calzoncillos?

La inspectora ríe la gracia y se lleva la mano a la base del cuello, donde palpa el bulto; ha bajado la inflamación.

—Si no quieres, no contestes, pero me siento a tu lado. ¿A quién no le gusta levantarse por la mañana acompañada por un tío buenorro? Aunque sea en el móvil.

—Ven, siéntate y verás la que armaron tus amigos en un chalet.

Marta vuelve a reproducir el vídeo. Olmedo y varios agentes acceden a la casa y se oye «¡Joder! La madre del amor hermoso. La que hay liada aquí dentro». La primera imagen es impactante. En el lateral del salón se ve la pantalla del televisor cuarteada y rodeada de platos y cristales, como si hubieran hecho diana en ella. Los agentes tienen dificultades para moverse debido a la cantidad de objetos esparcidos por el suelo, incluyendo lámparas, sillas mutiladas, botellas y hasta un jamón incrustado en una vidriera que separa el salón y el pasillo.

—¿Y dices que esto lo han hecho los marroquíes?

Marta asiente sin perder la atención de cada objeto que aparece en el vídeo. Todos los dormitorios fueron profanados con odio, incluso los peluches de los niños acabaron descuartizados. La cámara se dirige al dormitorio de matrimonio y enseguida enfoca al hueco donde antes estaba la caja fuerte.

Marta detiene la grabación.

—¿Qué pasa? —pregunta Lara.

La inspectora vuelve a reproducir unos segundos atrás.

—Me ha parecido ver algo extraño.

—¿El qué?

—Un cuchillo clavado en un cuadro —dice Marta, dubitativa.

—Con tanta mierda, cualquiera se fija en eso. He visto una pared pintada con un líquido rosa, como si fuera detergente o gel de baño, pero ¿un cuadro? ¿Acaso han dejado algo en las paredes?

La imagen se reanuda en el momento en que sale del baño y camina por el pasillo, en dirección al dormitorio principal. Enfrente está la ventana, con las cortinas rasgadas con cortes verticales. Después, gira hacia la izquierda y se aprecia la cama, también rajada y con un cuadro roto en pedazos sobre ella. Al desplazarse hacia el armario, donde está el hueco de la caja fuerte, se ve en la pared un cuadro colgado.

Marta detiene la reproducción.

—¡Hostias! Tenías razón —dice Lara—. Joder, menuda vista tienes.

Marta amplía la imagen y se queda imantada a ella, en silencio.

—¿Un faro? —pregunta Lara.

Marta está convencida de que es el mismo faro dibujado en acuarela que vio en las casas de Luisa Carrizo y de Diego Canella.

—Ese faro significa algo —dice a su hermana mientras busca el vídeo del ático de Julián Canella.

Lo reproduce.

La cámara de Silvia recorre la vivienda. Marta se fija en todo aquello que cuelga de la pared.

—Menuda casa más guapa. Ya quisiera yo una así —opina Lara, ajena a la búsqueda de su hermana.

Marta se concentra más aún cuando la grabación llega al dormitorio de matrimonio. Hay un espejo junto a la puerta y un dibujo abstracto sobre la cama. Ni rastro de faros. La imagen regresa al salón y enfoca la entrada, donde está el mueble recibidor con la fotografía familiar. Conforme la cámara se aproxima, Marta observa que hay un cuadro en la pared, centrado con el mueble y que deja de estar borroso conforme Silvia se aproxima.

A Marta se le ilumina la cara al comprobar que es un dibujo del faro.

—¡Toma! ¡Ahí lo tienes! —Señala a la pantalla del teléfono, donde aparece la imagen del faro congelada—. Otro más para la colección. ¡Y van cuatro!

Lara contempla absorta a su hermana. No entiende qué significa el faro y por qué se ha puesto tan contenta, pero comparte su felicidad sonriéndole.

—Yo flipo contigo. Ese faro debe de ser...

—Es una pista, Lara. Un símbolo, algo que se nos escapa...

Observa el teléfono y comprueba que son las siete menos veinte. Es temprano para despertar a Silvia un domingo por la mañana.

El sonido de un coche sobre el camino de tierra se aproxima a la finca y se detiene al otro lado de la puerta. Marta da un salto y tira el vaso de zumo al suelo, que acaba hecho añicos. No le importa. Camina hasta la esquina de la casa y se asoma. Tras la puerta aparece un Nissan Qashqai negro. Marta solo conoce a una persona que lleve un coche así: el comisario Albízar.

6:43. Casa de Fran Vallejo. San Vicente del Raspeig.

Marta está convencida de que la visita no augura nada bueno. Del coche desciende Albízar, Fran y, para mayor sorpresa de Marta, también Silvia. Esta es la primera que corre al encuentro y abraza a su jefa y amiga.

—¿Cómo estás? —pregunta Silvia.

—Bien, un poco más tranquila.

—Escudero —saluda el comisario con tono distante.

Fran da los buenos días con cara de circunstancias. Su débil sonrisa tampoco aporta esperanzas a Marta.

—¿Qué hacéis todos aquí? —pregunta ella, sin saber cómo reaccionar.

—Voy a preparar café para el desayuno —dice Fran, alzando una bolsa de bollería.

Enseguida aparece Lara que, al igual que Marta, viste con pijama.

—Buenos días. ¿Acaso hay una reunión de empresa? —saluda la mayor de las Escudero.

—Más o menos —responde Silvia—. ¿Todo en orden por aquí? Vamos dentro, que el comisario quiere hablar con tu hermana —le dice Silvia a Lara.

A unos metros de la casa, junto a la piscina y al abrigo de un olivo, hay una mesa con un tablero de mármol y varias sillas de aluminio. Marta y Albízar toman asiento. Él enciende un cigarrillo antes de hablar.

—Escudero, llevo toda la noche pensando. Y no sé qué hacer contigo. Desde que llegaste a Alicante, has demostrado tu valía, y tienes un talento indiscutible. La intuición y la tenacidad son tus mayores virtudes.

Marta escucha atentamente las palabras de elogio de su superior. No es la primera vez que él le reconoce su trabajo y dedicación.

Albízar deja escapar una leve sonrisa mientras niega con la cabeza.

—Pero al mismo tiempo, eres rebelde y tozuda —añade con seriedad—. Tu osadía y atrevimiento podrían haberte costado la vida en varias ocasiones. Como compañero y superior, debo decirte que ese no es el camino correcto, porque cualquier día la suerte podría volverse en tu contra y lo pagarás muy caro. ¿Por qué no te limitas de una vez por todas a cumplir tus funciones? ¡Maldita sea!

—Saltaron a la finca de al lado y...

—Las instrucciones eran claras: dejarlos pelear entre ellos.

—Pero estaban a punto de escapar...

—Entraste en la boca del lobo sin invitación. ¿Por qué te expusiste tanto?

Marta no encuentra una respuesta adecuada. Sabe que la adrenalina del momento la llevó a intervenir en el enfrentamiento entre Malik y Diego. Ahora, desde la distancia, comprende que fue una locura.

—Hace dos días te colaste en un incendio... ¿Qué te está pasando, Marta?

Es la primera vez que el comisario la llama por su nombre. Oírlo de su boca le parece más autoritario que si hubiera utilizado su apellido. El tono paternal de su jefe la conmueve.

Comprende la preocupación de todos sus compañeros.

Al principio, Marta se siente incapaz de encontrar una respuesta clara. Sabe que el traslado a esta ciudad, su esfuerzo por ganarse la confianza en la comisaría, su implicación profesional, la compra de su casa y la visita de su hermana son factores que se acumulan en su mente.

—¿Tiene algo que ver tu relación con ese chico?

Albizar le ha leído parte de sus pensamientos. Marta sabía que el tema surgiría y debe ser sincera.

—Lo nuestro avanza poco a poco, pero es verdad que he encontrado un gran apoyo en él. Fíjate en lo rápido que se ofreció a alojar a mi hermana. Ayer le llamé para interesarme por ella y me preguntó dónde estaba, así que se lo dije. No es lo correcto, pero sentía que le debía ese favor.

—No es la primera vez que haces algo así.

—Pero esta vez no creo que haya sido tan grave.

—¿Cómo que no es grave? —Albizar reacciona con un tono bronco mientras apaga el cigarrillo—. Captó el desembarco con su propia cámara. Vamos... Que parece un chivatazo de primera. Solo te diré que en Jefatura están considerando investigarlo. Hasta ahora, he logrado desviar la atención argumentando que es tu amigo y que el aviso os pilló a ambos paseando por la zona. Me miraron como a un tío al que descubren meando en la calle. Pero esta vez ha sido demasiado obvio, y debo advertirte que si ocurre algo así de nuevo, lo cual estoy se-gu-ro de que no sucederá, habrá consecuencias.

Silvia se asoma para ver cómo va la conversación y les anuncia que el desayuno está listo.

—No quiero volver a hablar de esto —continúa Albizar—. Necesitas relajarte, y estoy dispuesto a darte unos días libres, te los mereces, has trabajado muy duro.

—Gracias, pero el caso todavía no está cerrado, tenemos que averiguar...

—Ahora no, Escudero. De verdad, la intensidad con la que hablas me quita la energía. Necesito un café largo. Luego podrás contarme tus inquietudes, pero te adelanto que no quiero verte en la oficina durante unos días. Vete de vacaciones con el periodista... Te vendría bien un balneario. Eso es... Calma, masajes, silencio...

Marta se dirige a desayunar mientras escucha los consejos de Albizar. Cada palabra que escucha le sugiere aburrimiento. Ella preferiría lanzarse en paracaídas o conducir una moto acuática. Fran anima al comisario a entrar a su casa y de seguido, en la misma puerta, aborda a Marta y la besa. Ella extiende los brazos contra el pecho de él para apartarlo.

—Estoy deseando estar contigo a solas y poder hablar tranquilos —dice Fran.

—Y yo también, pero ahora no es el momento, nos esperan adentro.

—Vale, pero si...

—Oye, ¿por qué no me avisaste de que venías con el comisario?

—Se presentó con Silvia en la redacción. No pude darles largas, ni tampoco llamarte, además, las horas eran...

—Venga, vamos a tomar café. Ya hablaremos tú y yo más tarde.

Durante el desayuno, Marta tiene que pellizcar a Lara varias veces para que deje de hablar. Ha tomado el protagonismo y está quedando en evidencia al revelar anécdotas de la cárcel que no tienen relevancia en ese momento.

Albizar regresa a la mesa de mármol con una taza en las manos, acompañado de Silvia y Marta.

—Podríais haber invitado a Teo —dice Marta, recordando a su compañero.

—Serralba logró averiguar la identidad del hombre que estaba con Diego Canella en la discoteca —anuncia el comisario.

—¿De verdad?

—Sí. El CNI ha insistido en saber por qué nos interesa tanto. Se llama Antonio Mendoza, pero todos lo conocen como «el Marqués». Es el dueño de ese grupo de empresas andaluzas del que Teo habló.

—El dueño de El jardín dorado —recuerda Marta.

—Dijimos al CNI que lo vimos con Canella, posiblemente negociando asuntos relacionados con la compra y venta de oro.

—Si no recuerdo mal, este tío tenía tropecientas sucursales en Andalucía.

—Creemos que Canella y él son socios en algunos negocios, pero aún no lo hemos confirmado.

Marta desvía la mirada hacia su teléfono, que está sobre la mesa, y le vienen a la mente los vídeos que vio hace un rato.

—Silvia, ¿recuerdas el cuadro del faro que había en la casa de Canella?

—Sí, me dijiste que Luisa Carrizo tenía uno parecido.

—He visto las grabaciones de las intervenciones en el chalet y en el ático de Julián Canella. Me diréis que estoy chiflada, pero en ambas casas había cuadros con el mismo faro pintado.

—¡No puede ser! —reacciona Silvia, incrédula—. He visto esos vídeos decenas de veces.

—Luego los revisamos, pero hay un detalle que me ha llamado la atención. Observad esto. —Marta busca en su teléfono la captura de pantalla del cuadro en el dormitorio del chalet—. ¿Veis el cuchillo clavado en el centro del faro? Creo que es una señal.

—¿Por qué lo crees? —pregunta Albízar.

—Tú estuviste allí. Destrozaron todo, desde los muebles hasta los espejos. Abrieron cajones y se ensañaron con los cojines y colchones. El único objeto que no lanzaron por los aires fue el cuadro del faro. No hace falta explicar lo que significa un cuchillo clavado en el centro de la imagen.

—Un mensaje —dice Silvia—. Algo como «eres hombre muerto».

—Al menos, ¿sabemos de qué faro se trata? —pregunta el comisario prendiendo otro cigarro. Silvia saca su teléfono y busca información.

—Según Google, en España hay ciento noventa y un faros.

—¿El que has visto tantas veces tiene alguna peculiaridad? —pregunta Albízar.

—Está en lo alto de una colina, sobre una edificación. Ah, y tiene varias antenas parabólicas en un lateral. Esperad, que en la grabación del ático se ve bastante bien.

Marta busca el vídeo para reproducirlo, cuando la pantalla se vuelve blanca y aparece un círculo verde en la parte inferior con la inscripción «número desconocido». Al pensar en la familia de Malik y en su promesa de venganza, a Marta le da un vuelco el corazón. La melodía del teléfono alerta a Albízar y Silvia, quienes notan que Marta está boquiabierta y sus manos tiemblan.

—Es un número oculto —dice al cuello de la camiseta.

—¡Contesta, rápido! —le insta Silvia, sin dudar.

Marta logra desbloquear la llamada y activa el altavoz, permitiendo que el interlocutor hable primero.

—¿Inspectora?

Para su sorpresa, la voz es de una mujer y suena visiblemente nerviosa.

—¿Quién eres? —pregunta Marta.

—Soy Rosa. Perdona por llamarte a estas horas, pero ya no puedo soportar los nervios.

—¿Qué te ocurre?

—He visto lo que dicen los periódicos y cada vez estoy más asustada. No sé cómo acabará esto. Tengo miedo, mucho miedo.

—¿Está Luisa contigo?

—Sí, pero no quiere que hable con la Policía. Dice que lo estropearé todo. Mira, ya no aguanto más, esto es un infierno. ¿Cuánto tiempo tendré que esconderme? ¿Y mis hijos? Las pobres criaturas las tengo encerradas en una habitación como si estuvieran prisioneros. Que no, que esto no es vida, que me voy de aquí o acabo haciendo una locura. Necesito ayuda, inspectora.

Albizar presta atención. Sabe que Rosa está en una situación crítica y que es deber de la Policía protegerla. Además, en su estado, podría proporcionar respuestas a varios interrogantes en la investigación. Con gestos, anima a Marta a que avance con la llamada y haga lo necesario.

—Y para eso estoy aquí, Rosa, para ayudarte. Estamos a tiempo. Eres una buena mujer y no tienes nada que ver con los negocios de tu marido. Tú y tus hijos no merecéis sufrir más. Dime dónde podemos encontrarnos y estaré allí en unos minutos.

—Vi la tarjeta que le diste a Luisa con tu número. Si se entera, se enfadará —dice Rosa.

—Es hora de que ella también dé un paso adelante. Ya está bien de vivir bajo amenazas. Estoy segura de que con vuestra ayuda podremos avanzar en el caso y así lograr que os dejen en paz.

—Ella dice que la gente de Alami vendrá a por mí, me violarán y matarán junto con mi hijo. Y lo peor de todo es que dice que se llevarán a mi hija como trofeo. Antes le pego un tiro que dársela a esos cabrones.

—Te aseguro que nadie va a dañar a nadie. —La tranquiliza Marta, recordando que Luisa Carrizo es accionista del negocio y que, tras la muerte de su marido y su cuñado, Rosa heredará el resto de los bienes. Desconoce las intenciones de Luisa, por lo que cree que es mejor dejarla al margen—. Dime dónde estás y enseguida estaré allí. Conozco a Luisa, y juntas conseguiremos que entre en razón.

—La casa de campo está en Muchamiel. Camí Vell del Marqués, número 71. La puerta es roja. Marta busca a Albizar con la mirada y él asiente.

—Nos vemos en diez minutos.

8:15. Casa de campo de Rosa. Muchamiel.

Marta no imaginaba regresar al caso, y mucho menos tan pronto. Albízar le recuerda que asuma el mínimo riesgo posible y que informe en cuanto pueda. Él y Silvia estarán cerca de la finca de Rosa por si precisara ayuda.

La inspectora conduce su moto por las inmediaciones del polideportivo municipal. Sigue las indicaciones del navegador del teléfono móvil y toma un desvío por un camino estrecho de tierra. A unos metros, se detiene en el lateral para permitir el paso de un Mercedes plateado. Intenta identificar a la persona que conduce, pero los cristales ahumados le impiden ver con claridad los rasgos. Luego, vuelve a acelerar y rápidamente llega a la finca cuya puerta metálica es roja. Toca al timbre.

La puerta se desliza por la guía corredera, y bajo el porche de la casa, ve a una mujer joven con pantalones cortos y una camiseta de tirantes. No supera los treinta años de edad y oculta la mirada bajo unas gafas de sol. Marta aparca la moto y se acerca a saludarla. Le tiende las dos manos.

—¿Eres Rosa?

—Sí.

—¿Está Luisa?

—Acaba de irse —responde Rosa, y entonces, Marta ata cabos. Recuerda que Luisa tenía aparcado un Mercedes plateado de alta gama en su casa—. Dice que no quiere saber nada, que acabo de apretarme la soga al cuello.

—¿Dónde iba?

—No me lo quiso decir, pero ella asegura que no tiene miedo, que a su edad ha vivido bastante y que no le importa lo que le pase.

—Así que ha vuelto a su casa.

—Es probable. Pero ahora estoy más expuesta. Con ella a mi lado, al menos tenía la protección de...

Rosa de repente se queda en silencio. Desde que se han encontrado, no suelta las manos de Marta. La mujer tiembla de miedo.

Los segundos pasan sin que Rosa hable. Marta tiene un nombre en la punta de la lengua, quisiera que fuera Rosa quien lo citara, pero al ver su nerviosismo, decide jugársela.

—¿La protección del Marqués?

La mirada de Rosa se ilumina al escuchar ese nombre. Levanta la cabeza y sus ojos empiezan a brillar. Marta intuía que después del tiroteo en su joyería, Canella buscó la protección del Marqués, por eso se reunió con él esa misma noche en la discoteca. Seguramente fue él quien le proporcionó los militares que le ayudaron a asaltar el chalet de Malik Alami.

—Tengo prohibido hablar de él —dice Rosa.

—No es preciso. Sabemos quién es y cuál es la relación con la familia de tu marido. Aprovecho para expresarte mis condolencias. Era demasiado joven para fallecer de esa manera.

—Le dije muchas veces que se retirara. —Rosa eleva la voz y extiende las palmas de las

manos—. Ese negocio no era para él. Estaba harto de ser un peón y lidiar con esos asuntos. Hace un año comenzó a padecer problemas estomacales. Le advirtieron que todo era por culpa del estrés. Teníamos dinero para empezar una nueva vida donde quisiéramos, pero su juramento de lealtad valía más que todo el oro del mundo y que cualquier persona.

—¿Te refieres al tatuaje en la muñeca?

Rosa cambia su actitud y empieza a observar a Marta como si intentara leerle la mente; adivinar qué información posee.

—Eso es.

Marta aprovecha el desconcierto de Rosa y le plantea una de las cuestiones que deseaba abordar:

—¿Conocías bien a Marc Gilabert?

—Lo suficiente como para saber que no era buena compañía. Le dije a Julián mil veces que se alejara de él. Incluso Luisa, que hasta hace poco fue su pareja, le pedía que dejara de trabajar con él. Últimamente estaba bajo mucha presión y se le veía bastante alterado.

—Vi a Julián escapando con tu hija del edificio en llamas. Cuéntame qué hacían allí.

—No, no me preguntes por eso, por favor —suplica Rosa emocionada—. Ven, vamos a sentarnos aquí. —Señala un par de sillas apartadas de la entrada de la casa—. No quiero despertar a los niños.

—A pocos metros de allí, en la playa, encontramos el cuerpo de Marc degollado. Marc estuvo con vuestra hija, y su coche desapareció; dos días después, lo encontramos con el cuerpo de tu marido dentro.

—¡Basta! Para, por favor —ruega Rosa mientras niega con la cabeza y con lágrimas en los ojos—. Tengo un dolor encima que me está matando. Mi marido ha muerto, y ni siquiera puedo ir a verlo ni despedirme de él.

—Tranquila, que irás. Yo me aseguraré de ello.

—Luisa dice que ni se me ocurra, que bajo ninguna circunstancia debo hacerlo.

—Pero tú no eres Luisa, eres Rosa, una mujer valiente que debe luchar por su vida y por sacar adelante a dos niños. Tienes que armarte de valor. ¿O acaso vas a quedarte confinada en esta casa el resto de tu vida?

—Quiero desaparecer.

—Es normal que tengas miedo. Además de los contratiempos, estás conmocionada por la muerte de tu marido y de tu cuñado. Aunque sea por ellos, para que sus sacrificios no sean en vano, necesito que me cuentes qué ocurrió en El Campello, qué hacía tu marido allí, qué pasó con Gilabert y por qué le robaste la llave del apartamento a un vecino.

A Rosa se le detiene el corazón y su mirada queda absorta en el infinito. Marta se atreve a contarle el presentimiento que tuvo desde que el propietario del apartamento mencionó que posiblemente perdió las llaves cuando una mujer le preguntó si tenía luz en casa. Para la inspectora, cada vez es más evidente que esa persona era Rosa.

—Todo sucedió tan rápido que no sé si hicimos lo correcto o no. En esos momentos, no eres tú misma, sino alguien impulsado por la emoción.

—Desde el principio, Rosa, por favor.

—Hace muchos años, el padre de Julián y de Diego cerró un acuerdo con el Marqués. Era una especie de pacto de por vida. Julián me contó que hubo años de muchas disputas por el control de territorios. —Rosa mira a Marta, quien la anima a continuar—. El negocio de las joyas genera mucho dinero. Así que los Canella se quedaron con las zonas de Alicante y Murcia. Años

después, el Marqués comenzó a exportar oro al extranjero, no me preguntes para qué, porque no quise saber más. El tema es que Gila actuaba de intermediario entre los Canella y el Marqués. Era como un agente libre que trabajaba para ambos, pero que también había jurado lealtad.

—Vi el tatuaje en la muñeca de Marc Gilabert —apunta Marta.

—Mi marido gestionaba las tiendas de compra y venta de oro, eran muchas. Entonces, tenía que negociar con Gila. Nunca tuvo problemas con él hasta que, hace más o menos un año, entró en escena el marroquí.

—¿Malik Alami?

—Sí, pero se refería a él como «el marroquí». Siempre tenía ese nombre en la punta de la lengua. Ese tipo se ensañó con Julián. Desde un principio, vio que mi marido era más influenciable que su hermano mayor, así que lo presionaba constantemente para que trabajaran juntos. Trataba de manipularlo, diciéndole cosas como «¿No ves que tu hermano te está explotando?», o «Conmigo vas a ganar más dinero». Luego aparecieron las amenazas, como «Qué bonita que es tu hija» o «No dejes sola a tu mujer por la calle, que algún degenerado podría abusar de ella». —Seca las lágrimas que asoman tímidamente en su rostro.

—Lo estás haciendo muy bien —la anima Marta, apoyando una mano en la rodilla de Rosa.

—Julián me lo contaba todo, incluso las cosas más terribles. Era muy bueno conmigo. —Toma unos segundos para recomponerse. Acordarse de su marido vuelve a emocionarla—. Me dijo que Gila le había contado que tarde o temprano tendrían que ceder y empezar a trabajar con el marroquí, aunque solo fuera un poco. Le advirtió que pertenecía a una familia peligrosa y que siempre iba acompañado de escoltas armados. Pero Julián se resistía a claudicar. Discutió esto con Diego, que pensaba lo mismo. También lo consultaron con el Marqués, y les aseguró que se encargaría de alejar al marroquí de aquí. Pero el marroquí lo tenía claro. Se había comprado un chalet en Cabo de las Huertas. Julián tuvo que ir en varias ocasiones. Me contaba que esa gente vivía entre excesos. La última vez que estuvo allí, vio una mesa llena de billetes de quinientos, y muchos más en el suelo. Alrededor de un millón de euros. El marroquí le dijo que ese dinero podía ser suyo, si aceptaba trabajar juntos. Pero Julián lo tenía claro y rechazó la oferta. Al marroquí no le sentó nada bien y fue entonces cuando lanzó su ultimátum.

Marta recibe una llamada del comisario. La rechaza y le envía un breve mensaje para tranquilizarlo.

—¿Qué tipo de ultimátum?

—Le dio una semana para aceptar la oferta, o nuestra hija pasaría a ser suya. Rosita era el ojito derecho de Diego, y cuando se enteró de la amenaza, fue en persona a la casa del marroquí. Julián no pudo detenerlo. Además, fue solo y sin armas. No le tenía miedo. Cuando aquel lo vio llegar, lo felicitó por su valentía y le dijo que era lo que apreciaba de los hombres. Le propuso trabajar juntos. Diego le respondió que la paciencia tenía un límite y que si quería una guerra, la iba a tener. Así fue como se despidió del marroquí, que lo amenazó diciendo que la próxima vez que se vieran, solo uno de ellos vería la luz al día siguiente.

Rosa toma un respiro, reflexionando sobre lo que ha compartido. Siente una sensación de desahogo y liberación. Olvida que está hablando con una inspectora de la Policía Nacional y continúa narrando aquellas vivencias.

—Diego era muy inteligente y preparó un plan. Pretendía envenenar al marroquí y a su gente. Quería invitarlos a cenar y poner veneno en sus bebidas, en la comida, drogarlos... En fin, acabar con ellos sin mancharse de sangre. Julián y Gila le insistían en que pensara en las consecuencias. Le decían que desataría un conflicto mucho mayor y que vivirían un infierno.

Gila no paraba de recordarle que esa familia era una de las más importantes del crimen organizado y que no era gente a la que se pudiera enfrentar sin consecuencias. Pero Diego estaba obcecado en hacer las cosas a su manera. Julián debía acatar las decisiones de su hermano mayor, así lo estableció su padre cuando les traspasó el negocio.

—¿Y qué pasó después? —pregunta Marta, consciente de que los niños podrían despertar en cualquier momento y no quiere que interrumpen a Rosa. La mujer está narrando los eventos como si los estuviera reviviendo.

—Aquella semana fue un infierno. Todos cambiamos de números de móvil. El marroquí puso a dos hombres a seguir a mi marido y otros dos en la puerta de nuestro chalet, día y noche. Julián no era una persona violenta, pero aun así, se enfrentó a ellos en varias ocasiones, sin conseguir que se movieran ni un solo centímetro. Aquellos mostraban sus armas y Julián daba marcha atrás. El día antes de que se cumpliera el plazo, logramos despistarlos y terminamos en la casa de Luisa. Ella nos acogió. Solo Diego y Gila sabían dónde estábamos escondidos. Al día siguiente, escuché a Julián y al francés discutir en la planta de arriba. Aquel insistía en que la única opción era negociar con el marroquí y que el plan de Diego iba a fracasar. Julián pensaba que debían obedecer a Diego, mientras que Gila insistía en poner a salvo a la niña porque sabía que el marroquí cumpliría su amenaza en algún momento. Rosita estaba en peligro. Cuando Gila bajó, subí a hablar con Julián. Me explicó que no se fiaba del francés, que lo veía demasiado insistente en poner a salvo a la niña.

Rosa toma un profundo respiro. Recordar esos momentos la incomoda, pero el valor de atreverse a contarle le da fuerzas para continuar:

—Cuando bajé al salón, mi hijo Joel estaba viendo la tele. Le pregunté por su hermana, pero no tenía ni idea de dónde estaba. Luisa tampoco recordaba haberla visto en los últimos minutos. Después de buscar por toda la finca, nos dimos cuenta de que el francés se había llevado a la niña.

8:50. Casa de campo de Rosa. Muchamiel.

Rosa entra a la casa a por un vaso de agua y a comprobar si los niños siguen durmiendo. Marta aprovecha este momento para enviar un mensaje de audio al comisario y decirle que la conversación va por buen puerto. También le pide que ponga a alguien de paisano a vigilar la casa de Luisa Carrizo y que informe de cualquier movimiento, aunque sea la vecina pidiendo perejil.

—Te he preparado un vaso de zumo fresquito —dice Rosa a Marta al regresar a la silla.

—Gracias. Pensaba en la desesperación que debisteis sentir al daros cuenta de que Marc Gilabert había secuestrado a Rosita.

—Mi marido se enfureció y lo llamó. Eran las doce del mediodía, y dos horas después, seguía sin responder. Luego habló con Diego y le explicó lo sucedido, que creía que Gila los había traicionado llevándose a la niña. Diego le dijo a Julián que se quedara en casa y que no se atreviera a moverse de allí, que él se encargaría de localizar a Gila y a la niña. Puedes imaginar los nervios que vivimos en aquella casa. Luisa también intentó llamarlo, pero Gila no respondía.

—Llevó a la niña al parque acuático de Benidorm —dice Marta.

—¿Cómo sabes eso?

—Tenemos grabaciones de él con Rosita en ese lugar.

—Con razón eché de menos su bañador y su toalla...

—¿Qué pasó después?

—Julián se volvió loco, estaba fuera de sí. Nunca lo había visto así. Recuerdo que Luisa le preparó una infusión de valeriana, pero él lanzó la taza al jardín y la hizo añicos. Luego descargó su rabia golpeando el cubo de basura con una tabla de madera. Traté de calmarlo, pero eso solo lo enfureció aún más, y comenzó a gritarme. —Marta recuerda que Puri, la vecina de Luisa, los vio discutir hace unos días—. A las cinco de la tarde, Julián llamó a Gila, pero el tono sonaba como si la línea estuviera ocupada. Siguió insistiendo, no sé cuántas veces más, hasta que el francés respondió. Julián comenzó a gritarle, a insultarle, a amenazarle... El otro le colgó. Julián reaccionó golpeando la puerta del baño. Le dejó un buen bollo. Gila no volvió a cogerle el teléfono, pero sí a Diego. Según le dijo el francés, el marroquí estaba decidido a cumplir su promesa. Alguien de la banda se lo había chivado. Diego le advirtió que no iba a ceder al chantaje y le exigió que le dijera dónde tenía a Rosita. Gila se negó por el bien de la niña y le recordó que los hombres del marroquí aparecerían a las bravas y sin piedad en cualquier momento.

—¿Y qué hicisteis?

—Yo, rezar. Recé mucho. Julián se fumó varios canutos de marihuana que Luisa le preparó. Pasamos toda la noche esperando, fue la más larga de mi vida. Luisa escribió varios mensajes a Gila, rogándole que reconsiderara lo que estaba haciendo, que actuaba mal. A la mañana siguiente, Julián volvió a encabronarse. El francés no respondía ni a él ni a su hermano Diego. Llegó el mediodía y al fin logramos saber dónde se ocultaba.

—¿En el apartahotel El Séptimo Cielo?

—Exacto.

—¿Cómo descubristeis su ubicación?

—En medio de nuestra desesperación, la tarde anterior, Julián echó mano de un amigo Policía. Le dio el número de teléfono de Gila y le pidió que averiguara su paradero.

Marta retiene la tentación de preguntar la identidad del contacto. Prefiere animar a Rosa afirmando con la cabeza, para así mostrar interés.

—El amigo le dijo en qué calle estaba. Así que nos subimos al coche y salimos pitando desde casa de Luisa hasta la playa de Muchavista. Allí nos separamos. Yo hice guardia en la calle y Julián caminó por los alrededores buscando en bares y terrazas. Enseguida encontró el Golf de Gila aparcado en la calle trasera del apartahotel, así que nos quedamos en una cafetería cercana esperando a que apareciera. Las horas pasaban lentas, hasta que, a las cinco y media, lo vimos salir del edificio cogido de la mano de nuestra hija. ¡Uf! —Rosa recrea el momento con mucha intensidad—. Julián cogió el cuchillo que había encima de la mesa del bar con la intención de correr hacia Gila. Pero logré detenerlo. Le dije que no hiciera nada extraño delante de la niña.

—¿Y entonces les seguisteis?

—Así es. Gila y Rosita entraron en una tienda a comprar una sombrilla y una bolsa con juguetes para hacer castillos en la arena. Luego fueron a la playa y allí se quedaron. El francés no quitaba los ojos de encima a Rosita mientras ella jugaba con otros niños. Estuvo horas pegado al teléfono. Julián lo llamó varias veces, pero siempre estaba comunicando. Nos preguntábamos con quién estaría hablando.

—¿Sabes cuál era el número de teléfono que Gila usaba en ese momento?

—Sí, lo tengo registrado en la agenda del móvil. Puedo dártelo.

—Perfecto. Así podremos averiguar quién era el contacto. ¿Y qué pasó después?

—Nosotros observábamos desde el muro del paseo. Esperábamos a que volvieran al apartahotel para abordarlos, pero Julián estaba cada vez más impaciente. El cielo se nubló y los turistas comenzaron a marcharse, pero Gila continuaba al teléfono. Para entonces, Rosita jugaba sola. En ese momento, mi marido me cogió de la mano y comenzamos a caminar hacia la sombrilla donde estaban ellos. Me dijo que tomara a la niña y esperara en el paseo, y que a ninguna se nos ocurriera mirar atrás. Se sentó junto a Gila, le preguntó el número del apartamento en el que se alojaba y después acabó con su vida. Me dijo que le había rajado el cuello. Regresamos al edificio y entramos al apartamento. Julián me pidió que lo dejáramos solo, así que fui al rellano. Rosita estaba nerviosa. Vi a un vecino abandonar su casa y aproveché la oportunidad para robarle las llaves. —Rosa dirige la mirada a Marta, con gesto de arrepentimiento.

—No te preocupes, que en momentos de crisis, las personas hacen cosas inusuales. Robar unas llaves puede parecer insignificante en comparación con lo que habéis vivido.

Rosa asiente, agradecida por la comprensión de Marta y continúa hablando.

—Allí esperé con Rosita mientras mi marido rebuscaba entre las cosas del francés. Pasados unos quince minutos, apareció en el apartamento donde yo estaba con una mochila en la espalda y una bolsa de basura. Dijo que había incendiado todo. Rosita se puso a llorar y él la tomó en brazos. Me dio la bolsa y las llaves del Golf y me pidió que lo condujera al Mercadona de San Vicente. Él me recogería en el supermercado con nuestro coche. Así fue como lo hicimos. Luego fuimos a la vivienda de Luisa.

—¡Mami! —se escucha desde el interior de la casa.

Rosa corre a su llamada y enseguida aparece en la terraza con Rosita entre los brazos. Dista

mucho de la niña que Marta vio llorando en las escaleras del edificio en llamas. Su mirada ahora es risueña y luce su larga melena rubia recogida en dos coletas.

—Esta mujer es amiga de mamá. —Marta le saluda—. Ha venido a hablar conmigo. ¿Qué te parece si te preparo los Kellogg's y los comes mientras ves *Peppa Pig*?

Un par de minutos después, Rosa vuelve al lado de Marta.

—¿Estás más tranquila? —pregunta la inspectora.

—Sí, la verdad es que necesitaba sacar esta mierda de dentro. Estoy aguantando por mis hijos, que si no...

—Fuera pensamientos negativos, confía en mí. ¿Qué pasó en la casa de Luisa?

—Todo empeoró. Julián se transformó. Matar a Gila fue como dar el primer paso hacia el precipicio. Su vida había perdido todo el sentido, y la culpa lo perseguiría día y noche, recordándole que era un asesino.

—¿Dijisteis a Luisa lo que pasó?

—No. Lo primero que Julián me pidió fue que no le contara nada. Le dije a Luisa que Gila nos había entregado a la niña en un parque, aunque sé que ella sospechó de nosotros en todo momento. Aun así, nos ha ayudado. Ya sabía que Gila estaba jugando a la ruleta rusa.

—¿Y qué hizo Julián?

—Se despidió de mí y de los niños. Me dijo que me esperaría en un lugar bonito del cielo. Traté de impedirle que se marchara, pero estaba poseído por la sed de venganza y no iba a ceder en su objetivo.

—¿A dónde fue?

—Sus últimas palabras fueron: «Me voy a cargar al marroquí». Luego besó su tatuaje de la muñeca y se fue para siempre.

—¡Mamá! —vuelve a escucharse; en esta ocasión la voz es de chico. Joel aparece descalzo y vestido con calzoncillos. Eleva el antebrazo hasta la cara para cubrirse de la luz que recién levantado le deslumbra.

—Cariño, buenos días.

—Hola, campeón —saluda Marta.

—Tengo que ocuparme de ellos —dice Rosa.

—Voy a hacer gestiones para acompañarte al Anatómico Forense. ¿Tienes con quién dejar a los niños?

—Mi madre podría venir. No sabe que estamos aquí.

—Vale, llámala. Y una última cosa: ¿puedes explicarme el significado de los cuadros con un faro que tenéis pintados?

Rosa se incorpora y acompaña a Joel al interior de la casa. Después regresa sola y responde:

—Es el faro de Cabo de Gata, en Almería. Allí, el padre de los Canella y el Marqués hicieron un pacto. La pintura simboliza el compromiso y la fidelidad que sellaron con sangre. Es algo que solo ellos entienden.

—¿Crees que Marc Gilabert los traicionó?

—Julián revisó todos los papeles y objetos que sacó de la mochila y de la bolsa de basura de Gila, pero no encontró nada que lo incriminara. Nunca lo sabremos —dice en voz baja—. Lo que sí es seguro es que se llevó a la niña.

—Quizás quiso protegerla.

—Pues metió la pata, porque aceleró que todo se fuera a la mierda.

12:40. Casa de Fran Vallejo. San Vicente del Raspeig.

—¿Cuánto tiempo tendremos que quedarnos aquí? —pregunta Lara en la piscina. Ella y Marta se dan un baño y charlan sobre lo ocurrido en los últimos días.

Marta piensa que si Julián Canella echó mano de un policía para averiguar el paradero del móvil de Marc Gilabert, la familia Alami puede hacer lo mismo con el teléfono de Marta. Por eso lleva el arma cerca, a mano. Además, ha estudiado con Fran una escapatoria por una puerta de metal que hay en la valla de detrás y que da a un camino de tierra estrecho. Por si llegara el caso, la moto de Marta está encarada hacia la salida y también han probado la manera de montarse los tres en ella sin acabar por los suelos.

—Dudo que los Alami se molesten en vengar a Malik —dice Marta—. Ahora que los Canella han desaparecido, los marroquíes tienen el negocio del oro servido en bandeja. Ni Luisa, ni siquiera Rosa, discutirán con ellos. Eso sí, son las únicas personas a las que les tocarán el timbre, así que no tardarán en contratar seguridad privada. En cuanto a nosotras, quién sabe, es posible que pronto nos olviden. Sobre todo a ti. Por mi parte, siento como si no hubiera estado involucrada en este caso. Al menos, mi nombre no aparecerá en los informes.

—Te mencionaron en las noticias —apunta Lara.

—No podemos hacer mucho al respecto, pero Teo ya ha contactado con los medios digitales que publicaron mi nombre para que lo eliminen. Ya me pasó algo similar una vez.

—¿En serio? Cuéntamelo.

—Menuda vergüenza pasé en la comisaría de Oviedo; subieron un vídeo en el que aparecía drogada y bailando.

—¡No me lo puedo creer! Vaya putada.

—Pues sí, maja, fue un auténtico desastre. Lo cierto es que me drogaron y, como no sé bailar, parecía un pato tratando de evitar minas explosivas.

—¿Puedo verlo?

—Lo borré. Aquella mujer no era yo ni por asomo. Mis colegas policías de Asturias se encargaron de eliminarlo de Internet, así que tendrás que quedarte con la curiosidad.

—Hablando de drogas. ¿Recuerdas aquel pedo que cogiste en el cumpleaños de Abel?

Abel era un vecino de la infancia con quien las hermanas se llevaban muy bien.

—Desde entonces, no volví a probar el vodka.

—Te encontré acurrucada en el escalón de la iglesia, rodeada de un charco de vómito.

—Odio las borracheras y los vómitos. ¿Cómo llevas tu tema?

—Ayer me entró el mono, no te voy a mentir. Me pongo muy alterada y fumo para calmarme. Pensaba que podía superarlo por mí misma, pero está claro que necesito ayuda profesional. Cuando todo esto pase, iré al médico.

—Me parece una decisión muy acertada. Si quieres, puedo acompañarte.

Fran se aproxima a ellas con una bandeja entre las manos.

—A ver si os gusta esto, está fresquito. —Reparte a cada hermana un vaso que contiene un líquido blanco—. No sé si lo conocéis, pero aquí es típico. Lo llamamos «paloma», ya veis lo

blanco que es.

—Huele a anís —dice Lara.

—Sí, anís seco y agua bien fría.

—Está rico —opina Marta.

—Os dejo este platito de frutos secos.

—¿No te quedas con nosotras?

—Estoy ocupado en la cocina preparando la paella. Vosotras aprovechad y hablad de vuestras cosas, que a mí cocinar me ayuda a relajarme.

—¿Se te ha pasado el susto de ayer?

—El recuerdo es tan vivo que no consigo acallar los disparos en mi mente. Se reproducen en bucle. Lo peor es la detonación de las granadas; a veces me hace saltar. —Fran regresa hacia la casa y da pequeños brincos mientras simula el ruido de una explosión. Las hermanas se desternillan de la risa.

—Qué gran sentido del humor tiene este Fran —dice Lara—. Me alegro por ti, creo que hacéis buena pareja.

Marta se sonroja. Todavía no lo considera una relación formal. Tiene tanto miedo al compromiso que no se atreve a dar ese paso.

—Vamos despacio, sin prisa —Marta extiende la mano para agarrar su teléfono, que acaba de sonar con una notificación.

—Dime que no es del trabajo —ruega Lara con las manos juntas, en posición de rezo.

—Es Teo. Me envía algunas fotos. Dice que son todas las que la Policía encontró en la casa de Malik. Han conseguido identificar a los implicados.

—¿Puedo verlos?

Marta está a punto de negarse a que Lara se involucre en sus asuntos, pero reconsiderándolo, su hermana ha tenido contacto con estos individuos, en la discoteca y durante el secuestro, así que podría reconocer a alguno de ellos.

—Ven aquí, toma el teléfono y ve pasando las fotos. Hay unas cuantas.

—¿Este está muerto? —pregunta Lara al ver la primera imagen.

—Este, en concreto, sí. En la esquina, en miniatura, verás la foto de su DNI o pasaporte cuando estaba vivo.

—Entiendo.

Lara reconoce a Dani y a cinco hombres que acompañaban a Canella en la discoteca. Marta también recuerda haberlos visto en el vídeo que ella misma grabó allí.

—¡Hostias! Este es el tipo que me acompañó en el autobús a Guardamar. ¿Está muerto?

—Déjame ver... Me temo que sí.

—Pues que se joda. —Lara continúa pasando imágenes mientras da un sorbo al refresco—. Está bueno esto que ha preparado Fran. Sí, señor. Oye, este creo que fue el que me puso la bolsa en la cabeza. ¿También está muerto?

—También.

—Pues que le den.

—Los dos son de la banda de Malik. Todos sus hombres han muerto. —Marta examina la siguiente fotografía en el teléfono y lo señala—. Espera, no pases esta. ¿A quién me recuerda? Se parece mucho al tipo que pasó a mi lado en el aeropuerto, justo antes de que dispararan a Claudine. Déjame el teléfono, que tengo que decírselo a Teo.

—¿Quién es Claudine?

—La mujer a la que fui a ver al aeropuerto.

—¿Le dispararon?

—¿No te lo he contado? —Marta se siente sorprendida por la pregunta de Lara.

—¿Fue ayer por la mañana?

—Sí, nos sentamos en una cafetería del aeropuerto, pero ella estaba muy asustada. Le ofrecí acompañarla a un hotel para hablar tranquilamente. Salimos de la terminal a tomar un taxi, y en ese momento un tío desde un coche nos disparó. La alcanzó en la cara y la chica murió minutos después.

—Casi te matan a ti. ¿Fueron los hombres de Malik?

—Así es. Ella me entregó un USB; su padre le había pedido que en caso de que él muriera, lo entregara personalmente a la Policía española. Malik me obligó a devolver el USB a cambio de tu liberación.

—¿Y cómo se lo devolviste?

—Me citó en un cruce de semáforos y allí dos tipos en moto me abordaron, se llevaron el USB y me dieron un golpe que casi me desnuca. —Marta gira la cabeza para mostrar el moratón en la base de su cuello.

Lara comprende el inmenso riesgo que su hermana asumió por su bien y le acaricia la hinchazón antes de darle un beso en la mejilla.

—Entonces, eres mi ángel de la guarda.

—Apunta en algún sitio que me debes una —responde Marta con el dedo índice en alto.

—Me quedo sorprendida con tu valentía —dice Lara, sosteniendo su vaso—. Y, por curiosidad, ¿qué contenía el USB de la chica que dispararon en el aeropuerto?

—Tiene un archivo encriptado. Estamos esperando al martes para contactar con un experto informático. Creo que es nuestra última pista pendiente. Pobre mujer... —Marta recuerda a Claudine, su mirada angustiada y su voz entrecortada—. ¿Quieres escucharla?

—¿Escuchar a quién?

—A Claudine.

—No te entiendo.

—Tengo la costumbre de grabar las conversaciones que puedan ser interesantes para la investigación. El caso de Claudine lo era. —Marta busca el archivo de audio en el teléfono—. Asesinaron a su padre de un corte en el cuello. A pesar de no llevarse muy bien con él, cumplió con su última voluntad y trajo el USB a España. Estaba aterrada, ahora lo comprobarás.

La grabación empieza a sonar, hay ruido de fondo, pero se distingue el saludo entre ambas. Marta recuerda a la francesa con su sombrero verde adornado con una flor blanca, sus ojeras y su mirada triste. Claudine menciona que no quiere involucrarse en los asuntos de su padre y se pone nerviosa cuando Marta se levanta a por agua, momento en que la inspectora le propone ir a un hotel. «Tengo mucho miedo de salir de aquí», dice Claudine.

—Esta mujer estaba acojonada, se nota en su voz —comenta Lara, atenta a la conversación.

Se escucha el sonido de movimiento, ambas caminan hacia la salida para tomar un taxi.

—Podías sentir cómo temblaba, la pobre.

—¡Chicas, en diez minutos venid para el aperitivo! —grita Fran desde la casa.

—Oído, cocina —responde Lara.

A través del altavoz del teléfono se escucha un ruido, como un golpe, y luego el sonido de una cremallera.

—Está abriendo el bolso —dice Marta a Lara.

Entonces, se escucha a Claudine:

—Mi padre me suplicó que le diera esto a la Policía. Confío en ti. No quiero saber nada.

—¿Qué es? —preguntó Marta.

—Casa de la media luna —dijo Claudine con voz temblorosa.

—¿Cómo dices?

—Sí, cuando mi padre vino...

En ese preciso instante, suena un disparo y la voz de la francesa desaparece de la grabación. Gritos, muchos gritos de personas asustadas inundan el audio. Después, se escuchan otros tres disparos y a una mujer diciéndole a su hijo que se quede quieto y no mire a la chica del suelo. Rápidamente, suceden sonidos de pasos, voces y nuevos gritos. El nerviosismo es palpable. Y la voz de Marta se hace presente:

—¡Dejadme, soy policía! Por favor, llamad a una ambulancia.

Dos agentes de seguridad aparecen y anuncian que los servicios médicos del aeropuerto están en camino.

La grabación llega a su fin.

—¡Jo-der! —dice Lara, emocionada.

Marta mantiene la respiración, angustiada al escuchar por primera vez el audio. Su mente está agitada por culpa de un detalle que ha percibido en la voz de Claudine y que parece no tener sentido. Selecciona los últimos tres minutos de audio y los reproduce nuevamente, le interesan los instantes previos al disparo.

Lara observa a su hermana concentrada y la deja trabajar.

La grabación vuelve a sonar:

—Mi padre me suplicó que le diera esto a la Policía. Confío en ti. No quiero saber nada.

—¿Qué es?

—Casa de la media luna.

Marta detiene la grabación y dirige la mirada hacia su hermana.

—¿Qué es la casa de la media luna? —pregunta Lara.

—No tengo ni idea, pero más que el mensaje en sí, me llama la atención el momento en que lo dijo; justo después de entregarme el USB.

—¿Podría ser la contraseña del archivo encriptado?

—«casadelamedialuna» —se apresura a decir Marta—. Lara, ojalá estés en lo cierto.

13:05. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

Teo prometió a su mujer que llegaría a casa a tiempo para la comida. Hoy es domingo y celebran el cumpleaños de su suegra. Acaba de imprimir unas fotografías que Albízar le ha pedido y se dispone a apagar los equipos, entre ellos un equipo de música donde suena un CD de Héroes del Silencio. A Teo le gusta escucharlo cuando está solo. En más de una ocasión, Silvia lo ha sorprendido cantando un estribillo a viva voz.

Su teléfono suena. Al leer en la pantalla que la llamada es de Marta, levanta las cejas, pensando que había sido apartada del caso y que probablemente estaría descansando con su hermana en un lugar discreto.

—¿Qué tal, jefa?

—¿No estarás por casualidad en la oficina?

Teo mira el reloj de pared y comprueba ya pasan de la una. Duda si mentir o no a su superior.

—Me pillas justo en el pasillo. He quedado para comer con mi mujer y...

—Tengo una corazonada —dice ella—. No te lo vas a creer, se trata de la clave del fichero del USB.

—Cuenta, cuenta —dice Teo, sentándose en su silla. El fichero encriptado le ha dado más de un quebradero de cabeza en los últimos días.

—He revisado el audio de la conversación con Claudine.

—¿El audio? —pregunta, desconcertado.

—Sí, grabé el encuentro que tuve con ella en el aeropuerto con mi teléfono móvil. Bien, justo en el momento en que me entregó el USB, dijo las palabras «casa de la media luna».

—¿Y qué quiere decir?

—No tengo ni idea, pero es muy extraño que mencionara aquello. No tenía nada que ver con la conversación. Es como si fuera la clave del fichero.

—¿La clave?

—¿Acaso he dicho un disparate? —pregunta Marta.

—Espera un momento. —Teo enciende el ordenador y anota las palabras de Marta en un papel. Cuenta las letras—. Son diecisiete letras. Es un código bastante complejo de descifrar. Podría ser. ¿Has averiguado si existe una casa de la media luna?

—No he tenido tiempo.

—No te preocupes, que lo miro yo. —Teo escribe en el buscador del ordenador—. Aquí la tengo. Es una casa que se alquila por semanas. Hostias, qué chula, tiene un diseño mediterráneo con bóvedas árabes. Está en Almería, en el camino al Cabo de Gata.

—¡Esa es! —dice Marta, emocionada.

—¿Qué te ha picado?

—Creo que es el lugar donde... Bueno... Ahora no viene a cuento. ¿Puedes probar la clave?

—Sí, por supuesto, dame un segundo. Será mejor hacerlo en el ordenador portátil, sin conexión a Internet, no sea que... A ver, que esto tarda... Mientras tanto, déjame contarte algo. ¿Recuerdas a Álvaro, el chaval que quemó el Mercedes y que tú interrogaste?

—Claro, el chico que esperaba que el abogado lo sacara del lío.

—¿Te acuerdas de que suponíamos que los honorarios del abogado correrían a cargo de la persona que contrató al chaval?

—Venga, Teo, acaba de una vez.

—Pues que lo ha dejado colgado. Me apuesto un chicle a que trabajaba para Malik Alami y, al ver la que se montó ayer, esta mañana ha decidido abandonar el caso. Así que imagina la que le espera al chico.

—Él mismo se lo buscó. Es una lástima, porque es muy joven.

—Ya tengo el ordenador en marcha. Voy a desactivar la red de Internet y a buscar el fichero. Aquí lo tenemos. Venga, doble clic y me pide el código. ¿Cómo lo escribimos, en minúsculas?

—Teo, por mí, como si lo escribes al revés y en mayúsculas.

—¡Espera! Joder...

—¿Qué pasa?

—Que se ha ejecutado. Todo seguido en minúsculas. Hostias, Marta, ¡acaba de abrirse una hoja de cálculo!

—¿De verdad? ¡Lara, te voy a comer! —grita Marta a su hermana con el puño en alto—. Era la contraseña, ¡tenías razón!

—Hay varias páginas con registros financieros, otra con contactos y números de teléfono, otra con direcciones... Esto parece importante, ¿no crees? Espera, en la última hay un escrito.

Este documento ha sido extraído del ordenador de Malik Alami y corresponde a la contabilidad y contactos de su negocio en España.

Hace unas semanas, me reunieron para ofrecirme formar parte de su negocio y me entrevisté con Malik y con Lolo, la persona que gestiona sus cuentas.

Me prometieron mucho dinero y un cargo de confianza si aceptaba sus condiciones. Jamás habría trabajado para ellos. Esta gente es muy peligrosa y creo que no deberían existir.

No voy a explicar cómo conseguí esta información, pero el caso es que la tiene la Policía y espero que puedan utilizarla para alejarles de España.

Solo les pido una cosa, que protejan a mi hija. Ella siempre ha estado al margen de mis asuntos y ahora puede verse involucrada.

Marc Gilabert.

—¿Ves cómo es una bomba? —comenta Teo—. Esto sí que es oro. Espera a que el comisario se entere. Marta, has conseguido algo muy valioso. ¿Sigues ahí? —pregunta Teo, ante el silencio de la inspectora.

Marta reprime la emoción. El sentimiento de culpa regresa después de escuchar la única súplica de Marc: que la Policía protegiera a su hija. Marta se culpa por no haber captado mejor la preocupación de Claudine. La expuso demasiado y fueron a por ella. Varias preguntas se repiten en su mente: ¿por qué la esperaban?, ¿cómo sabían que estaría en el aeropuerto aquella mañana? Entonces, la voz de Malik regresa con más fuerza: «Tengo oídos en todas partes».

—Teo, ¿has dicho que en esas páginas hay un listado de contactos?

—Sí.

—Busca si hay algún nombre relacionado con la Policía.

—¿Policía?

—Sí, compañeros. Antes de que esos datos lleguen a nuestros superiores, quiero saber si alguien de la comisaría está en la nómina de la familia Alami.

—Policía de Alicante. Aquí hay un contacto, Miquel Parrilla.

—¿Miquel Parrilla? ¿Quién es? —pregunta Marta—. No me suena.

—Un momento, voy a consultar nuestro directorio. Joder, esto se pone interesante.

—Veo que te emocionas, Súper Teo.

—Jefa, me pongo a cien cuando me llamas así.

—Hemos encontrado algo muy gordo —dice Marta a Lara, que no deja de preguntarle por la espalda.

—Aquí está. ¡Lo encontré! Miguel Parrilla trabaja en Delitos Informáticos.

—¿A quién si no metería Malik en nómina? Qué listo —opina Marta—. Pero ese tío no ha pisado nuestra oficina en la vida, ¿cómo pudo saber que Claudine vendría en avión aquella mañana?

—Yo lo sé —afirma Teo.

—¿Qué dices?

—Teníamos a alguien de Delitos Informáticos en nuestra oficina. Tu amigo Vicente Pagán pertenece a esa unidad, ¿recuerdas?

—¡Me cago en la madre que lo parió! Así que yo estaba en lo cierto, ¿ves? Si es que tenía cara de chivato. Debería haberle apretado el cuello más fuerte.

—Hay que hablar con el comisario —sugiere Teo.

—Déjame a mí. Antes de apagar todo, por favor, envíame el fichero al correo electrónico.

Fran Vallejo espera impaciente con un par de cervezas en las manos.

—Vamos, Marta, ven, que la paella se come caliente.

25 de agosto de 2015

20:30. Apartamento de Marta. Playa de San Juan. Alicante.

Marta y Fran descansan sobre el césped que bordea la piscina. Ella habla por teléfono con Quiroga, su antiguo compañero en la comisaría de Oviedo. Él le informa de que en breve saldrá el juicio sobre un caso que lideró Marta y que seguramente la llamen para testificar.

—Le tienes cariño a ese hombre —dice Fran—. Has estado más de media hora hablando con él.

—Sí, es un encanto y un magnífico compañero. Trabajamos juntos durante tres años y ahora lo han emparejado con un inspector que no tiene don de gentes. En fin, que está un poquito amargado. Por cierto, muy pronto tendré que subir a Asturias para testificar en un juicio. Podríamos aprovechar y pasar unos días allí.

A Fran se le ilumina el rostro. Anda en deseos de viajar con Marta y, aunque tenga que ser por trabajo, le parece un plan fantástico.

—¿Cuándo hacemos la maleta?

—Espera, no adelantemos acontecimientos... Aún no tengo la fecha exacta, pero me encantaría volver para visitar a viejos amigos y también mostrarte lugares asombrosos. Te encantará. El comisario se pondrá contento cuando le pida unos días libres.

—Él sí que necesita tomar un descanso. No sé cuántas comparecencias públicas ha dado desde el sábado. Ha habido demasiados disparos en poco tiempo. Oye, ¿cómo está Rosa?

—Justo hablé con ella esta mañana, era el funeral de su marido y su cuñado. Dice que ha delegado las gestiones del negocio a un abogado y le ha pedido que venda el chalet y el ático, porque va a mudarse de ciudad. Quiere dejar todo esto atrás y comenzar de cero con sus hijos en otro lugar.

—Qué pena que tenga que huir —opina Fran.

—En el fondo la entiendo. Quedarse sería convivir con muchos recuerdos, para ella y para sus hijos. Un cambio de aires siempre viene bien. Míranos tú y yo, ninguno somos de Alicante, y sin embargo, acabamos aquí buscando eso, un cambio. También le hablé del USB de Marc Gilabert y lo que contenía. Le alivió saber que el francés no traicionó a los Canella en ningún momento, que solo intentaba negociar una solución para todos. Se llevó a la niña porque sabía que iban tras ella y, mientras tanto, no paró de hablar por teléfono con Malik para encontrar una salida.

Marta y Fran se recuestan en sus toallas, mirándose intensamente. Permanecen así hasta que el último niño de la piscina se marcha con sus padres y el lugar queda en calma.

—Me encanta este sonido —dice Fran.

—¿Cuál?

—El silencio —responde él con los ojos cerrados, concentrado.

—¿Desde cuándo el silencio es un sonido? ¿No aprendiste en la escuela que el silencio es la ausencia de ruido? —reacciona Marta con tono nervioso.

—El silencio puede ser el sonido más hermoso. Ayuda a reconectarse y encontrar la paz.

—Pues a mí me incomoda. Las voces en mi cabeza surgen como un ordenador que no deja de procesar ideas en voz alta.

—¿Y te gusta vivir así?

La pregunta de Fran hace reflexionar a Marta.

—No es cuestión de si me gusta o no. Simplemente soy así. Date cuenta del trabajo que tengo, me obliga a estar atenta todo el tiempo. Los detalles surgen en cualquier lugar y momento, incluso en la cama. ¿Acaso nunca has tenido una idea mientras dormías y te has levantado a anotarla?

—¿Sabes a quién me recuerdas? —pregunta Fran.

—¿A quién? —Marta sonríe intrigada.

—A Whitney Houston hablando con su guardaespaldas. En la peli hay una escena, la del fular cayendo sobre la catana, en la que él le pregunta a ella si tiene momentos de paz. Es una mujer muy ajetreada que se pasa las veinticuatro horas del día en alerta, con multitud de «alicientes». ¿Por qué no te tomas tiempo para ti misma y tu salud mental? No eres nada espiritual.

—Algún día te hablaré de mis fantasmas. Siempre están ahí, esperando cualquier momento de calma para venir a molestarme.

—Pues cállalos de una vez. Desafíalos como haces con los delincuentes a los que te enfrentas. Háblales y diles que en tu mente mandas tú.

Marta se sienta y entrecruza las piernas, en posición de Buda.

—El silencio simplemente me incomoda, nada más.

—¿No será que tienes muchos ladrones de silencios dentro de ti?

—Es el miedo, Fran. Todo se reduce al miedo.

—Yo también tengo miedos. ¿O acaso crees que vivo sonriendo todo el tiempo? Tengo mis momentos de tristeza y de ponerme a llorar. Y, por supuesto, hablo con mis miedos, a veces soy yo mismo quien los crea, quien los invoca. Nadie es perfecto, ni tú ni yo. Date un poco de cuerda y deja que las cosas fluyan, poco a poco. Seguro que el viaje a Asturias te vendrá bien.

—Gracias, Fran. No sé si te lo he dicho antes, pero me encanta estar contigo porque me transmites calma.

—Así que es por eso... Yo pensaba que era por mis ojos verdes y este cuerpo serrano.

Ambos bromean, dándose pellizcos en los brazos.

—Y también porque me haces reír. Tienes dos cualidades que escasean en mi trabajo: la tranquilidad y el sentido del humor.

—Me alegra escucharlo. Pero en mi defensa, debo decir que también soy un aventurero, me gusta la acción y sé cocinar.

—Está bien, está bien... Aprovechas bien cualquier ocasión para vender tus virtudes —le dice sonriéndole.

—Dejemos las bromas a un lado. —Fran recupera la seriedad—. Reflexiona sobre la vida y busca actividades que contrarresten el estrés.

—Albizar me sugirió ir al balneario.

—Me gusta la idea. Aunque te aconsejaría que fueras sola, estoy seguro de que después de diez minutos, te agobiarias con tanta calma y saldrías corriendo. Así que me ofrezco como voluntario para acompañarte.

—Eres un pillo.

—También es una de mis cualidades.

—¿Cuál, ser un pillo?

—Querer estar a tu lado.

—Oh, ha llegado el momento película. Ahora sería cuando ponen la música y la chica corre a

los brazos del chico.

—No suena nada mal.

—Espera, quédate quieto, que voy a hacerte una foto, estás muy gracioso con ese posado. ¿Sabes que le das un aire a Kevin Costner en *El guardaespaldas*?

Marta se inclina para alcanzar el bolso, riendo a carcajadas. Busca el teléfono móvil, pero Fran empieza a bromear con ella y provoca que varios objetos, incluida la pistola, caigan sobre la toalla. Él reacciona rápidamente y recoge el arma. Marta mira a su alrededor, preocupada de que alguien pueda notar que está armada.

—Ahora me siento legitimado para afirmar que soy tu guardaespaldas.

—Venga, guasón, dame eso y dedícate a hacer fotos, que es lo tuyo.

La broma finaliza cuando el teléfono de Marta empieza a sonar y en la pantalla aparece una llamada con el número oculto.

El miedo la asalta, recordándole la amenaza de Malik, y su instinto protector la pone en alerta. Apenas han sonado dos tonos cuando Marta siente la angustia oprimiéndole el pecho.

—¿Quién es? —pregunta Fran, preocupado al ver la indecisión en el rostro de Marta.

Ella lo mira a los ojos y recuerda su consejo. Entonces, dirige la vista hacia el teléfono y pulsa el botón lateral.

El sonido de la llamada desaparece.

—Era solo un maldito ladrón de silencios —dice Marta, convencida de que hace lo correcto.

¿Te ha gustado la novela?

Te animo a dejar una reseña. Estoy seguro de que ayudará a futuros lectores.

[Escribir valoración](#)

Forma parte de mi Club de lectores VIP y llévate una novela gratis

[Apuntarse al Club](#)



El ladrón de letras.

Consíguela pinchando [AQUÍ](#)

Oviedo. Octubre de 2015.

Marta visita Oviedo para testificar en un juicio y disfrutar unos días alejada del trabajo.

Hace semanas que un imitador está llevando a cabo los asesinatos narrados por el novelista Leopoldo Cornejo en su última obra, *La pluma roja*.

La llegada de la inspectora es una oportunidad para explorar las profundidades de la mente del escritor, y se aloja en una pequeña aldea en las montañas asturianas.

La tranquilidad que Marta buscaba en su viaje se desvanece a medida que desentraña los oscuros secretos de las víctimas, revelando conexiones perturbadoras y pecados enterrados en lo más profundo de la psique humana.

En este inquietante juego, Marta se enfrenta a un enigma retorcido: ¿puede un libro desatar su propia forma de justicia para así salvaguardar el honor de la literatura?

Otras novelas del autor:

[La promesa de Ruth](#)

[El testimonio](#)

Bilogía Eduard Morillo:

[La voz de las cenizas](#)

[La llama del poder](#)

Serie inspectora Escudero:

[El ladrón de miedos](#)

[El ladrón de barro](#)

[El ladrón de silencios](#)

[El ladrón de letras](#)